



MI PRÍNCIPE LYCAN

GERTTY RUDRAW

MI PRÍNCIPE LYCAN



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)

CAPÍTULO 1



IVIE

—Es imposible que yo lleve esto —aseguré a mi mejor amiga.
Pero no podía apartar los ojos del espejo.

El vestido era de un delicioso verde bosque que se ceñía a mis curvas antes de ensancharse de forma maravillosa.

La chica del espejo era guapa, atrevida y audaz. No se parecía en nada a mí.

Mia agitó su larga melena rubia mientras me miraba de arriba a abajo desde su inestable posición en el borde de la cama.

—¿Por qué no? Te lo presto. Además, te queda como un guante.

De mala gana, me aparté del espejo y giré para mirarla.

—¿Qué importa cómo me quede si ni siquiera estoy invitada al baile?

Mia se levantó despacio y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Está abierto a todos los sobrenaturales elegibles que deseen asistir.

—Todos los sobrenaturales elegibles de alto rango —corregí antes de señalarme a mí misma—. Soy omega, por si lo has olvidado.

Era una regla tácita del llamado baile sobrenatural inclusivo. No tenía nada de inclusivo.

Desde el precio de las entradas hasta los desorbitados precios de los vestidos exigidos por el código de vestimenta del baile sobrenatural, era obvio que estaba dirigido a la élite de la élite.

Como omega, yo era lo contrario de la élite.

—No importa. —Mia no se dejó desanimar—. Tenemos una entrada y un vestido. Además, el tema de este año es una fiesta de máscaras. Con un poco de spray disimulador, nadie se enterará.

Me quedé boquiabierta al ver el minúsculo spray que tenía en la mano.

Allure, una niebla que podía eliminar por completo el olor de un sobrenatural. Era tan eficaz para enmascarar olores, sobre todo en eventos de grupo, que había sido prohibida.

—Eso es ilegal. ¿Cómo lo has conseguido? —pregunté, boquiabierta.

—Eso da igual —repitió Mia, clavando sus ojos avellana en los míos—. Lo único que importa es el hecho de que tú, Ivie Morgan, vas a ir al baile.

—Mia, Adeline te regaló la entrada a ti. Deberías ir tú. Yo no puedo —aparté la mirada, con una sensación punzante en la boca del estómago.

Querer cosas que estaban por encima de mi nivel era peligroso.

Yo evitaba el peligro.

—Ivie, mírame. —Mia me cogió por las mejillas para obligarme a mirarla—. Irás a este baile porque no puedes seguir condenándote a vivir a medias sólo porque te asusta lo desconocido.

Ella tenía razón. Estaba atrapada por mi rutina. Mi rutina de agachar la cabeza y pasar desapercibida.

Me mantenía a salvo, pero ¿a qué precio?

El vestido parecía seda líquida que se deslizaba por mi cuerpo.

Tal vez... sólo tal vez podría dejar de lado mis temores por una noche.

Le ofrecí a Mia una débil sonrisa nerviosa.

—¿Puedo al menos llevar un vestido menos... llamativo?

—¡No! —frunció el ceño, pero pude ver la alegría brillando en sus ojos.

Oh, Dios.

Todavía no había llegado al baile y ya me sentía abrumada.

Cuando llegué, no me atrevía a separarme de la mesa del buffet. A pesar de llevar el vestido más impresionante que jamás había me había puesto, era obvio que yo no pertenecía a ese mundo.

Ningún Allure podría imitar a aquellos sobrenaturales, con sus elaboradas máscaras, sus intrincados atuendos y su aire sofisticado. Tampoco su estilo práctico, sus conversaciones desenfadadas y sus risas educadas que a ellos no les suponían ningún esfuerzo.

Nunca debí dejar que Mia me convenciera, tenía que irme y...

—¿Quiere bailar, señorita?

Miré al hombre enmascarado que estaba frente a mí con la mano extendida y luego miré detrás de mí para ver a quién se dirigía.

No había nadie detrás de mí.

Me hablaba a mí.

La ansiedad inundó mis venas. Abrí y cerré la boca sin emitir ningún sonido.

El hombre siguió mirándome, expectante, y me ardieron las mejillas.

—Estoy bien, gracias —conseguí balbucear antes de darme la vuelta y salir corriendo del salón.

Se acabó la diversión por esta noche. Diana bostezó dentro de mí. Era mi loba y fiel compañera.

Caminé aún más rápido. Lo único que quería era esconderme. Para siempre.

Estaba tan nerviosa que me equivoqué de camino y acabé en un balcón apartado con vistas al salón en lugar de en la escalera que conducía al exterior. Respiré hondo para tranquilizarme y me quité la máscara.

Quería volver a casa.

Diana se agitó en mi interior, pero esta vez permaneció en silencio.

Mia no debió haber renunciado a venir aquí por mí, Ivie Morgan, la omega huérfana, que se asustaba hasta de su propia sombra. Ni siquiera podía bailar sin tener un pequeño ataque de pánico.

La dirección del viento cambió y le olí un segundo antes de sentir su mano en mi culo.

Di un respingo y me giré para encontrarme con unos ojos marrones dorados, crueles y familiares.

Martin se quitó la máscara y me sonrió.

—Vaya, vaya, pero si es la pequeña Ivie.

Era Martin Teal, el Beta en prácticas e hijo del actual Beta de mi manada, posiblemente el lobo más cruel que conocía.

Había oído historias y visto cómo trataba a las omegas que tenían la desgracia de llamar su atención, cómo las destrozaba.

Martin me hizo azotar un par de veces por algún desaire que aseguraba que yo le había hecho. Pero en los diecinueve años que yo llevaba viviendo en la manada Sombra, nunca me había mirado como lo hacía ahora.

Con hambre.

De repente me di cuenta de lo alejados que estábamos del baile y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Enana, casi no te reconozco. Pareces... diferente —sonrió, con su mirada lasciva fija en mis curvas—. Me gustas. Mucho.

—Por favor, discúlpame —me incliné ligeramente, y luego corrí tan rápido como me permitieron mis piernas para alejarme a toda prisa de Martin.

Pero era más rápido que yo. Su mano de acero se cerró alrededor de mi muñeca, obligándome a detenerme.

—No he terminado de hablar contigo, Ivie —gruñó.

Mi cuerpo empezó a temblar contra mi voluntad.

Sentía que Diana intentaba luchar contra el dominio de Martin en mi cabeza, pero era inútil. Yo no era lo bastante fuerte.

Martin me acercó más, pegó mi espalda contra su pecho, apoyó su nariz en mi pelo y mi trasero estaba pegado a él. Estábamos tan cerca que pude sentir su erección.

Me entraron náuseas y empecé a forcejear para que me soltara.

—¡Suéltame! —grité, clavando mis codos en sus costillas.

Me soltó, pero me golpeó antes de que pudiera escapar. Caí al suelo y mi visión se volvió borrosa.

—¿Cómo te atreves a rechazarme? —gruñó amenazante, entornando los ojos—. Es un honor para una don nadie como tú que un Beta se interese por ti.

Sentía la parte posterior de la oreja húmeda y pegajosa, el sabor metálico de mi sangre en los dientes y mi visión seguía borrosa.

Martin se desabrochó la hebilla del pantalón, y la rabia de su voz cambió rápidamente a un tono empalagosamente dulce.

—Serás mercancía dañada, pero si me satisfaces, podría tomarte como una de mis amantes.

Sentí cómo Diana cedía al dominio de Martin, cómo su lucha se extinguía y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Ser omega en un mundo construido sobre la fuerza significaba ser esclavo de los deseos de los demás. Un destino condenado para siempre a la sumisión. Por eso nunca corrí riesgos. Toda mi vida era un maldito peligro constante.

Martin sonrió ante mi inmovilidad. Me cogió la nuca y me guio más cerca de él.

—Buena chica —canturreó—. Tómalo como una buena pequeña omega.

Allí, de rodillas ante un hombre que iba a abusar de mí porque me había atrevido a ir a una fiesta, a dejarme ver y simplemente porque podía, algo dentro de mí se rompió.

Miré la cara de suficiencia de Martin, con su erección a escasos centímetros de la mía, y le clavé las garras en su entrepierna.

Gritó como una niña y lo empujé a un lado.

Entonces eché a correr, ignorando el desgarrón de mi vestido por donde él había intentado agarrarme. Corrí tan rápido como pude.

Martin era un Beta y, a diferencia de los omegas, se curaba bastante rápido. Si me pillaba después de lo que le había hecho, con lo que quedaría de mí no se podría llenar ni una caja de zapatos.

Llegué a una intersección, un camino que bajaba hacia el salón de baile y la salida que subía. Martin supondría que yo intentaría salir.

Saqué el Allure, me eché una buena rociada y subí.

No sabía lo que había en el piso de arriba, pero con suerte, encontraría algún sitio donde esconderme hasta que Martin se hubiera ido y...

Choqué con alguien que acababa de salir de una habitación, lo derribé y caí sobre él en el suelo.

—Lo siento, yo... —empecé a disculparme hasta que me golpeó el más embriagador aroma de canela y clavo con un trasfondo de algo animal, crudo y de alguna manera... mío.

Compañero. Compañero. Compañero. Diana se estaba volviendo loca dentro de mi cabeza.

Apoyé mis temblorosas manos en sus anchos hombros y me aparté lo suficiente para poder contemplar a mi compañero.

Creo que me enamoré de él en ese instante.

Era guapo. Del tipo irreal que sólo aparecía en los libros.

Tenía unos ojos grises claros que me recordaban al invierno, un pelo negro como la noche que enmarcaba los pómulos más cincelados que jamás había visto. Mi mirada bajó hasta sus labios entreabiertos, y algo se encendió dentro de mí.

—¿Compañero? —parecía tan confuso como yo.

Aunque la confusión por sí sola no bastaba para describir cómo me sentía.

Estaba paralizada, fascinada, cautivada y confusa por la intensidad de mis emociones. Ese debió ser el motivo de lo que hice a continuación.

Le pasé un dedo por la cara, como si quisiera comprobar que era real, pero apenas pude contener un grito ahogado ante la repentina oleada de deseo que inundó mi cuerpo.

Sus pupilas se dilataron tanto que parecían negras, y su mano en mi cintura se tensó casi imperceptiblemente.

La atracción del vínculo me estaba golpeando demasiado fuerte y rápido.

Me aparté, ignorando los agudos gemidos de Diana en mi cabeza suplicándome que volviera a los brazos de nuestro compañero, para dejar que nos abrazara, que nos tocara, que nos marcara.

Me levanté, pero con las prisas tropecé con la cola del vestido.

Mi compañero me cogió antes de caer el suelo. Su mano me rodeó la cintura. Le miré, incapaz de respirar por la intensidad de su mirada...

Recuperé el equilibrio, me enderecé y su mano se separó de mi cintura.

Quizá fuera porque no le conocía lo suficiente, pero me pareció que se alejaba de mí.

Entonces, para mi sorpresa me acarició la mejilla, de forma parecida a como yo le había tocado antes. Su tacto me quemó como una marca, y me derretí.

Su mano se apartó rápidamente de mi mejilla, como si se hubiera dado cuenta del efecto que tenía en mí, pero ya era demasiado tarde.

Acorté la distancia que nos separaba y le besé.

Con ese beso fue como si una supernova de deseo estallara entre nosotros. No podríamos separarnos, aunque hubiéramos querido.

Jadeé en nuestro beso, su lengua se deslizó contra la mía y lo siguiente que supe fue que mis piernas estaban enroscadas alrededor de su cintura y mi espalda apoyada contra la puerta de su habitación.

No recordaba haber salido del pasillo, ni haber entrado en su habitación, ni siquiera haberme desabrochado el vestido, que ya estaba en el suelo.

Sus labios se separaron de los míos y gemí en señal de protesta y luego de deseo creciente mientras me besaba las mejillas, sus labios recorrían mi nuca dejando un rastro brillante de besos que me hacían arquearme contra él.

Jadeé, mis pezones se estremecieron bajo su toque exquisito, mis uñas se clavaron en su espalda, mi cuerpo estaba resbaladizo de sudor, excitación y deseo incontenible.

No podía recordar una época en la que no lo conociera, en que no ardiera de deseo por él. Todo lo que existía en ese momento éramos nosotros y el deseo que amenazaba con consumirnos con cada roce.

Le deseaba a pesar de no saber su nombre, pero no me hacía falta cuando nuestras almas se conocían.

Me tomó despacio, fuerte, sensualmente y cuando me separé, me envolvió con sus brazos sosteniéndome, anclándome a él.

Nunca me cansaría de esto. De estar con él.

Los brillantes rayos del sol me despertaron a la mañana siguiente. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba sola en la cama.

Presa del pánico, abrí los ojos y vi a mi compañero de pie junto a la ventana abierta, vestido y de espaldas a mí.

Incluso con la ropa puesta, era un espectáculo para la vista. De pronto me di cuenta de que llevaba contemplando su espalda varios minutos, como una obsesa.

«Pregúntale por qué no nos ha marcado», exigió Diana, pero su tono era tan lánguido como yo me sentía. Me sentía cansada y dolorida, pero en el buen sentido.

Me sonrojé y apreté las sábanas contra mi cuerpo desnudo, buscando las palabras.

—Buenos días —musité en voz tan baja que no me habría oído si la habitación no estuviera en absoluto silencio.

—Fuera. — La voz de mi compañero era implacable y fría.

Me quedé helada.

—¿Qué?

Mi compañero se volvió hacia mí con aquellos hermosos ojos grises ahora fríos como el hielo.

—¿No he sido suficientemente claro?

¿Cómo podía irme? ¿Por qué quería que me fuera?

—Pero somos compañeros y ...

Me cortó, con el rostro pétreo.

—Mi ceremonia de apareamiento es en una semana, y no tengo intención de abandonar a mi novia por una simple omega que se hace pasar por quien no es.

Fue entonces cuando me fijé en el frasco de Allure sobre su mesilla. El efecto debió de desaparecer durante la noche y reveló mi aroma omega natural.

Había sido un gran malentendido, pero lo único en lo que podía concentrarme, aparte de en los aullidos de dolor de Diana en mi cabeza, era en lo que había dicho.

—¿Estáis prometidos? —Mi voz se quebró y mi corazón se rompió cuando él no lo negó.

Se limitó a tirarme el vestido.

—Confío en que conozcas la salida.

Luego abandonó la habitación. Simplemente se fue.

Cogí mi bolso sintiéndome como una cáscara vacía, como una versión rota de mí misma.

Mi compañero podría no haberme rechazado, pero lo había hecho. Iba a elegir a otra loba como su compañera. La tocaría, la marcaría, se aparearía con ella.

Los aullidos de dolor de Diana en mi cabeza alcanzaron un nivel casi insoportable y mi visión se nubló.

—¡Ivie!

Levanté la vista y vi a Mia corriendo hacia mí.

—Llevo horas intentando localizarte. Te he dejado como una docena de mensajes.

Mensajes en el teléfono que había olvidado en la habitación de mi compañero. El compañero que no me quería.

La mano de Mia en mi brazo me hizo volver en mí, sus ojos color avellana abiertos de preocupación.

—Ivie, ¿estás bien?

Mis labios se entreabrieron, pero no pude hablar. Rompí a llorar con fuerza.

Me abrazó, desconcertada.

—Ivie, ¿qué pasa?

—Él..., él... —Intenté responder, pero sólo pude seguir llorando con tanta fuerza que en aquel momento me sentí como si estuviera hecha de lágrimas.

¿No podría una cosa en mi vida, sólo una, salir bien?

—Ivie, necesito que te calmes —pidió Mia en voz baja—. Te ocurra lo que te ocurra, puede esperar. Tienes que irte ahora mismo.

¿Debía irme?

—Este lugar no es seguro —continuó—. Martin ha estado difundiendo rumores obscenos sobre ti...

Se cortó cuando nos rodearon los guerreros de nuestra manada.

—Ivie Morgan, has sido convocada por el Alfa —anunció Stein, el jefe de los guerreros.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué rumores había difundido Martin en represalia por lo de anoche?

Daba igual. No podría ser peor de lo que había ocurrido. Los seguí hasta la sala del consejo de la Manada.

—Se ha descubierto que has violado las leyes de honor, y como tal has sido degradada al estatus de criadora hasta que la manada considere que estás redimida.

Me quedé mirando a mi Alfa, incapaz de asimilar lo que acababa de decir.

Las leyes del honor eran un conjunto de leyes anticuadas a las que pocas manadas se adherían en esta era moderna. La nuestra, la Manada de la Sombra, era una de ellas.

Leyes que castigaban a las lobas por deshonorar a su manada al perder la virginidad antes de aparearse o recibir el permiso de un miembro masculino de su familia.

En caso de ausencia de un macho en la familia, la autoridad recaía en el alfa de la manada.

En mi caso, sería nuestro Alfa, extremadamente anticuado. Tanto que sólo hacía cinco años que nos permitió tener teléfonos móviles.

Convertirse en criadora de la manada significaba unirse a la camarilla socialmente condenada al ostracismo de las mujeres que no podían rechazar a ningún lobo de primera capaz de fecundarlas.

Se apareaban durante todo el año hasta que concebían y se las dejaba solas durante todo el periodo de gestación. Después del parto, volvían a aparearse.

Era un destino horrible reservado a las hembras pertenecientes a familias traidoras para fomentar la lealtad en la manada. Una práctica muy anticuada.

Caí de rodillas, rezando en silencio para que nadie me hubiera visto con mi compañero la noche anterior, ya que no tenía nuestra marca para demostrar que no había violado las leyes del honor.

—Alfa, nunca he hecho nada que viole nuestras leyes de honor.

Martin dio un paso adelante, con su característica mueca de desprecio en los labios, pero la rabia en sus ojos dejaba claro que no había olvidado lo que le había hecho y que iba a hacérmelo pagar.

—Te vi salir de su habitación, puta —arrugó la nariz—. Además, apestas a Licántropo.

Mis ojos se abrieron de golpe.

¿Mi compañero era un Licántropo?

Nunca había conocido a ninguno y aunque había notado que su olor diferente, pensé que era por el vínculo de pareja. Pero si era un Licántropo... ¿Por eso no me quería?

—Alfa, por favor, ten piedad —opté por confesar toda la verdad—. Es mi compañero. No pude resistir la atracción del vínculo de pareja.

Mis palabras fueron recibidas con un silencio absoluto.

Levanté la cabeza y vi que el Alfa Zane, el Alfa Heredero Quen, el Beta Reid y el Beta Heredero Martin me miraban con diferentes grados de incredulidad en sus rostros.

Martin se recuperó primero.

—Mentira. Todos sabemos que los Licántropos se emparejan por obligación y rara vez tienen auténticas compañeras. Una omega no puede aparearse con un Licántropo. Es obvio que está mintiendo, Alfa.

—No miento. Yo... —protesté pero Alfa Zane no me dejó terminar.

—¡Basta ya! Mi decisión es definitiva. Ivie Morgan es a partir de ahora parte de las criadoras de la Manada Sombra. —Hizo una señal a los guerreros de la manada que permanecían de pie en la parte trasera de la habitación—. Detenedla.

Me rodearon en segundos y me arrastraron fuera de la habitación.

—Alfa, por favor —supliqué—. Alfa...

Mis palabras murieron en mis labios cuando aquel potente aroma me golpeó de nuevo.

—Quitadle las manos de encima —gruñó mi compañero y los guardias que me rodeaban retrocedieron.

Me quedé paralizada, incrédula, al ver al hombre que me había dejado de lado hacía apenas unas horas entrar en la sala del consejo de la Manada de la Sombra, con varios hombres, Licántropos, junto a él.

Alfa Zane se situó a mi lado en una fracción de segundo. Entonces se inclinó. Se inclinó ante mi compañero.

—Príncipe Licántropo Dante. ¿Qué te trae a esta humilde manada?

Él... Él era... ¿Mi compañero era el príncipe Dante?

Los ojos grises de Dante se clavaron en los míos.

—He venido a reclamar a mi compañera, Ivie Morgan.

CAPÍTULO 2



IVIE

— **T**rae los pétalos de rosa.

El aire resultaba tan empalagoso que apenas podía respirar. El agua a mi alrededor parecía tirar de mí y arrastrarme hacia abajo.

Estaba cansada. Muy cansada.

—No será necesario —repliqué saliendo de mi bañera climatizada del tamaño de una piscina.

—Pero princesa... —Sofía parecía horrorizada, pero yo ya estaba a medio camino de vuelta a mi habitación, mis criadas cubriéndome con albornoces y toallas calientes mientras me movía.

Me detuve frente al espejo y casi no me reconocí.

Mi pelo castaño oscuro, más sano que nunca, me llegaba justo por debajo del trasero. Mi piel estaba más pálida pero suave y mimada. Pero mis ojos, muertos y cansados, contaban otra historia.

—Será mejor que ahorres fuerzas. Mi compañero no me mirará cualquiera que sea mi aspecto —respondí en voz baja.

Estaba harta de esto.

Mi dormitorio quedó en completo silencio. Mis sirvientas, las doce, se inclinaron, con un silencioso gesto de reproche.

—Princesa.

Bien.

Yo era la princesa Licántropa Ivie Morgan, felizmente apareada con el príncipe Licántropo Dante Orion, y con toda seguridad la hembra más envidiada entre los Licántropos.

Estaba viviendo el sueño de muchas.

—Ahora tu vida va a cambiar, Ivie —me había dicho Mia entusiasmada al despedirme tras mi apresurada ceremonia de apareamiento con Dante.

Si hubiéramos sabido cuánto.

Estaba conmocionada. En un momento estaba casi obligada a ser una criadora y al siguiente

estaba apareada con un príncipe Licántropo.

Los licántropos eran similares a los lobos en el hecho de que sólo tenían una compañero. Si Dante había vuelto a por mí significaba que había cancelado su compromiso para estar conmigo.

La excitación de Diana en mi interior era palpable, pero yo era más cauta. Tras las palabras hirientes que me dijo en el hotel, ¿qué ocurriría ahora?

El viaje en coche lejos de la Manada Sombra lo hicimos en silencio hasta que me aclaré la garganta.

—Gracias —murmuré.

Dante apartó la vista de la ventanilla el tiempo suficiente para lanzarme mi teléfono.

Algo hizo clic. Los mensajes que Mia había dejado para avisarme. ¿Era así como se había enterado de mi situación?

—Ahora eres mi responsabilidad —respondió él con frialdad, su expresión dura. Sus palabras estaban teñidas de un odio que no se molestó en disimular.

Estaba confusa. ¿Por qué actuaba así? ¿Por qué me había salvado para comportarse tan fríamente después?

Estaba tan desconcertada que apenas me di cuenta de la magnificencia del palacio al que me llevó, más aún cuando Dante me dejó en mi habitación.

Me quedé mirando la puerta unos antes de apresurarme a seguirle. Él ya se alejaba.

—¿Nos alojamos en habitaciones separadas? — pregunté, pero Dante se limitó a ignorarme, con los puños apretados a los lados y las zancadas cada vez más largas.

Corrí, me puse delante de él y bloqueé su camino, obligándole a detenerse.

—Dante —dije y extendí mi mano para coger la suya—. Sé que todo esto es muy precipitado, pero de verdad, estoy tratando de entenderte y...

De pronto me estampó contra la pared, con su mano alrededor de mi cuello, estrangulándome.

Me estaba asfixiando, mientras yo luchaba por soltarme.

—Ni se te ocurra tocarme sin mi permiso —gruñó con los ojos negros de rabia—. Con tus intrigas, has destrozado mi relación con Miranda. Lo único que conseguirás es el título de ser mi compañera.

Su mano apretó un poco más mi cuello y comencé a ver manchas oscuras que se hacían más grandes. Entonces me soltó y se alejó, mientras yo, en el suelo, tosía y trataba de que el aire entrara en mis pulmones.

Iba a ser su compañera sólo de nombre.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas, incontrolables y la intensidad de los aullidos de dolor de Diana en mi cabeza amenazaba con deshacerme. Me toqué la tierna piel del cuello. ¿Así sería la vida en este palacio extranjero?

¿En qué me había metido exactamente al aparearme con Dante Orión?

Una sombra se cernió sobre mí. Levanté la vista para ver a una mujer de aspecto afable, como una matrona, que me miraba preocupada, con la cabeza inclinada.

—Bienvenida. Soy Sophia Carter, su dama de compañía. La acompañaré a su habitación, princesa.

No me sentía como una princesa cuando cogí la mano que me tendía. No sabía que lo peor estaba por llegar.

La vida en el palacio era tan cruel como solitaria. Como era la única mujer lobo, estaba aislada. Como compañera del príncipe Dante, nunca me faltaron al respeto ni la corte ni el personal, al menos no directamente.

En cuanto a mi compañero, nunca lo volví a ver después de aquel día.

No, eso no era cierto. Lo veía en cada evento oficial que requería nuestra aparición como pareja. Pero él se mantenía alejado de mí, como si yo no existiera. Nunca me miró, nunca me abrazó, nunca me besó. Ni siquiera una vez.

Sophia siempre decía que estaba ocupado haciendo crecer su empresa, pero ambas sabíamos que era mentira. Dante me odiaba y creo que yo también a él.

Entonces el Rey enfermó por envenenamiento de la sangre. Una rara enfermedad Licántropa incurable.

Yo iba a visitarle a su habitación cuando oí una conversación que no debía.

—Tenemos los mejores médicos y la última tecnología. Se curará, aunque tenga que traer médicos humanos.

Me quedé helada al oír el melodioso sonido de la voz de Dante, sorprendida de que aún me afectara de aquel modo.

—Debemos prepararnos para lo peor, príncipe Dante. —El tono del Anciano era solemne.

—No necesito un heredero —replicó él como si la sola idea le repugnara, y yo me morí un poco más por dentro.

Siempre quise tener hijos algún día. Había oído que era extremadamente difícil concebir para los Licántropos.

—Incluso un mestizo servirá —insistió el Anciano—. El consejo no dejará que un Licántropo sin descendencia reine y...

Dante gruñó, amenazador, y se hizo un silencio.

—Olvidas tu lugar, Anciano. Vuelve a insinuar algo así y perderás la cabeza.

Hizo una profunda reverencia.

—Le pido disculpas, príncipe Dante. Por favor considere...

Me di la vuelta, incapaz de escuchar el resto de la conversación. Como si ignorar lo que había oído fuera a hacerlo desaparecer.

Me estaba volviendo demasiado buena en eso, en ignorar cosas como las miradas de reojo y los susurros sobre mí en los actos de la corte. En no hacer caso de las miradas de lástima que me lanzaban mis criadas y guardias cada vez que intentaba hablar con Dante, sólo para que él me ignorara y se alejara de mí.

Hasta que no pude más.

—Esta noche visitarás al príncipe —me informó Sophia dos días después, con los ojos llenos de compasión y tristeza.

Empecé a temblar. Más tarde me daría cuenta de que no era sólo por el dolor y la humillación, sino también por la rabia. Después de casi seis meses de ignorar mi existencia, Dante quería que tuviéramos un heredero para asegurar su derecho al trono.

No habría ido, pero era una oportunidad de hablar con él a solas. Una que no había tenido desde que llegué a palacio. No podía desperdiciarla.

Así que dejé que me lavaran, me embadurnaran la piel con aceites y esencias y me alisaran el pelo. Después, mientras caminaba hacia la habitación de Dante, me sentí como un cordero listo para el matadero.

Tuve que esperar más de una hora sentada al borde de su cama antes de que apareciera.

Llevaba un sencillo batín con pantalones de seda hasta los tobillos y el pecho desnudo. Su pelo negro como la tinta le caía sobre la frente y, aunque podía oler el alcohol desde tan lejos, sus ojos grises eran nítidos y claros.

Su bata cayó al suelo y por alguna razón, mis pulmones se negaron a funcionar correctamente. El corazón se me aceleró en el pecho mientras Dante caminaba hacia mí.

Todas las palabras que tenía que decirle, toda mi rabia y mis protestas desaparecieron.

Llegó a mi lado y me arrastré hacia atrás en su cama, luchando por mantener la distancia entre nosotros. Permaneció en silencio, con sus ojos grises fijos en mí, mientras me agarraba de una pierna y tiraba de mí hacia él.

Su mano en mi muslo me quemó y me encontré temblando.

—No puedo hacer esto —protesté débilmente.

La mano de Dante subió por mi muslo arremangando mi camisón mientras su otra mano me desnudaba el hombro, tirando de mi bata y del fino tirante de mi camisón hacia un lado.

Mis uñas se clavaron en el edredón y un gemido no deseado se acumuló en el fondo de mi garganta.

—No puedo —repetí.

Dante ignoró mis protestas, y se inclinó para dejar caer un beso sobre mi hombro descubierto.

El repentino subidón de adrenalina y deseo que corrió por mis venas me hizo luchar contra el

impulso de someterme a él. Un impulso que creía borrado por la crueldad de Dante.

—Por favor, Dante —supliqué con voz temblorosa y una lágrima solitaria recorrió mi mejilla.

Él se detuvo y me miró. Su rostro era totalmente inexpresivo.

—No necesitas fingir. Sé que escuchaste la conversación entre el Anciano Hardt y yo. —Su voz era suave pero no menos fría.

Frialdad que contrastó con la calidez de sus caricias cuando me pasó el dorso de la mano por la mejilla, me secó las lágrimas y se detuvo en mi barbilla. Su pulgar me rozó los labios, pero sin llegar a tocarlos.

—Cumpliré con mi deber hacia mi pueblo, aunque signifique estar con alguien a quien desprecio, Ivie. Alguien como tú.

En ese momento me di cuenta de que mi compañero me odiaba.

Me ardían los ojos de lágrimas que no podía derramar.

—¿Por qué me odias tanto?

—Eres una humilde omega indigna de ser mi compañera —respondió sin vacilar—. Me engañaste y sedujiste para escapar de tu manada, y tuve que romper el corazón de la mujer que amo por tu culpa.

Por primera vez percibí algo más que desprecio en la voz de Dante, percibí su dolor.

Realmente amaba a Miranda, su ex prometida. Todavía la amaba.

Me eché a llorar.

—Pero no tengo control sobre el vínculo, ninguno de los dos lo tiene. Esa noche... —murmuré, estrangulando un sollozo.

No me dejó terminar.

—Aquella noche fue el mayor error que he cometido en mi vida —replicó sin inmutarse.

Sus palabras me golpearon con fuerza, el pecho me dolía como si alguien me hubiera apuñalado. Diana no quería creer las crueles palabras de nuestro compañero mientras yo me quedaba allí sentada, temblando, completamente perdida.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —pregunté.

—Hoy es tu día más fértil, según los médicos, y mi deber está por encima de mis emociones. —Se encogió de hombros, sus insensibles ojos grises fijos en mí—. Pero no voy a forzarte, Ivie.

Ladeó ligeramente la cabeza.

—Sólo dime que pare.

Dante me besó. Debería haberme sentido fatal. Debería haber sentido nada más que repulsión, pero el vínculo de pareja no me lo permitió.

Sabía a hogar. Sabía adictivo. Y cuando su lengua entró en mi boca, lo olvidé todo y separé mis labios para él.

Dante gruñó y cortó bruscamente nuestro beso, sus labios se hundieron en mi nuca como un hombre con una misión, cada lametón, beso y mordisco suyo era tan urgente que supe que estaba luchando contra su instinto de marcarme.

Le puse las manos en los hombros con la intención de apartarle, pero lo único que conseguí fue acercarle más, mi cuerpo suave y flexible bajo él.

¿Decirle que parara? Para eso habría tenido que hablar y ninguno de los sonidos que era capaz de emitir era inteligible.

Era demasiado. El áspero deslizamiento de su palma contra el interior de mis muslos, la sensación de su aliento caliente sobre mi piel, la presión de sus labios, el mordisco de sus caninos.

Dante se apartó y no pude leer la mirada de sus ojos oscuros.

—Eso es lo que pensaba.

Me ardían las mejillas. A pesar de mi reticencia inicial, no le dije que parara, tal y como él había predicho. Entonces sus labios volvieron a estar sobre los míos y olvidé mi vergüenza.

En mi siguiente respiración, ya no tenía bata, mi camisón me rodeaba la cintura y Dante estaba entre mis piernas, con la mano en mi pecho.

Sentí que me descontrolaba, mis manos acariciaban sus hombros desnudos, bajaban por su espalda y entonces Dante me cogió las dos manos empujándomelas por encima de la cabeza.

No quería que le tocara.

Me dolió. Oh, Dios, como me dolió.

Tal vez si sólo hubiera sentido dolor, yo hubiera sido lo suficientemente fuerte como para alejarlo de mí.

Pero era más. Era la sensación de plenitud entre sus brazos, el placer visceral, la atracción enloquecedora e intensificada con cada roce del vínculo de pareja.

El olor de su profundo aroma masculino que me nublaba la mente, su peso sobre mí, sus expertos dedos dentro de mí, la ondulación irreflexiva de mi cuerpo contra el suyo y mi reacción a cada una de sus caricias.

Me besaba, me mordía el cuello y la garganta, me chupaba los pezones y me penetraba tan fuerte y rápido que sólo podía derrumbarme entre sus brazos.

Me corrí tan fuerte que vi estrellas. Mis gemidos y quejidos se escapaban de mi garganta a pesar de todos mis esfuerzos.

Dante lo hizo un segundos después. Con un último empujón de castigo y un estremecimiento, terminó dentro de mí.

Luego, se apartó y se fue directo a la ducha.

Quizá si me hubiera ido entonces, las cosas habrían sido diferente.

Pero ese fue el principio de nuestras citas conyugales.

Siempre una vez al mes, en mis días más fértiles, según dictaban los curanderos y médicos reales.

Llegué a odiar aquellos días y la mirada de Dante cuando estábamos juntos. Pero más que eso, odiaba la forma en que mi corazón se aceleraba en aquellos instantes en que su fría personalidad desaparecía, aunque sólo fuera durante un segundo.

Era enfermizo.

Porque cuando esas noches terminaban, volvíamos a nuestra rutina de ignorar la existencia del otro.

No importaba cuánto me esforzara por evitarlo, por compartir otros momentos entre nosotros. Dante nunca me lo permitió.

Había pasado poco más de un año desde mi ceremonia de apareamiento con Dante, y hoy era otro día fértil.

Pero mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación, me sentí mal.

Quizá fuera porque había vuelto a saltarme las comidas, pero en aquel momento me sentí agotada tras un año de fingir.

Cada vez que salía de su habitación después de nuestras visitas mensuales, me moría por dentro un poco más. Y me preguntaba si realmente me había salvado de mi destino como criadora.

Empujé la puerta de Dante y mi mundo se hizo añicos.

Dante estaba besando a otra mujer, abrazándola con una dulzura que nunca mostró conmigo.

Se me partió el corazón, y debí de hacer algún ruido, porque el dúo se separó de inmediato, aunque la mano de él seguía rodeando la cintura de la mujer.

Los ojos azules de ella se clavaron en mí, con el odio ardiendo en sus profundidades, e inmediatamente supe quién era.

Miranda.

Dante ni siquiera tuvo la delicadeza de fingir que estaba avergonzado.

—Me alegro de que estés aquí. Te estábamos esperando. Ya es hora de que pongamos fin a toda esta pantomima.

Yo estaba lívida de rabia, ese tipo de rabia fría que te consume desde dentro hacia fuera, lenta y silenciosamente. Y dolida, con ese tipo de dolor que se encona dentro de ti.

—¿De qué estás hablando?

Miranda se acercó más a Dante, que la abrazó con aire posesivo. En ese momento noté el bulto en el vestido negro de ella.

¿Era...? ¿Era...? No. No.

—Miranda está embarazada de mi heredero —afirmó Dante, confirmando mis sospechas—. Mi heredero no nacerá bastardo.

Las náuseas me obstruyeron la garganta y sentí como si el mundo girara sin control a mi alrededor. Pero más que eso, me estremecí al comprender poco a poco lo que Dante quería decir.

—Tú... tú quieres repudiarme. —Lo miré con fijeza esperando que lo negara, pero no lo hizo.

—Siempre me he sentido atraído por Miranda, ya lo sabías.

Cierto, lo sabía, pero no podía aceptarlo. Quería que dejáramos de fingir, sí, pero... no podía dejarlo ir.

—Soy tu COMPAÑERA, Dante. Nuestra relación está predestinada, no puedes terminarla así.

Era enfermizo, lo sabía, pero no estaba segura de poder vivir sin él.

Sus ojos grises se encontraron con los míos y, por un segundo, me pareció que sólo estábamos solos nosotros dos en la habitación.

Nosotros, y todo daño que nos habíamos hecho y el dolor que nos habíamos infringido. Por un momento, sentí como si Dante realmente me viera de verdad.

Entonces la voz temblorosa de Miranda cortó la tensión y el momento se esfumó.

—Ella tiene razón, Dante. No debería haber venido aquí. Criaré a este bebé yo sola.

Intentó apartarse, pero Dante la retuvo.

—No —gruñó, y me dirigió una mirada de odio—. Tu manipulación no funcionará esta vez, Ivie. Yo, Dante Orion, te rechazo a ti, Ivie Morgan, como mi compañera.

Las palabras de Dante me produjeron un dolor tan atroz que nuestro vínculo se rompió. Diana se replegó sobre sí misma, pero eso no impidió que la intensidad de su dolor me abrumara. Mi tenue control de la gravedad se quebró y caí de rodillas sin poder contener un grito de angustia mientras el mundo se desdibujaba a mi alrededor.

A través del dolor en el que estaba sumida, oí un fuerte golpe y la voz de pánico de Dante llegó a mis oídos.

—¡Miranda! —gritó asustado—. ¡Guardias, traigan a los médicos reales!

Abrí los ojos el tiempo suficiente para ver cómo Dante sacaba de la habitación a una Miranda inconsciente mientras yo seguía tendida en el suelo, destrozada.

No sé cuánto tiempo permanecí allí antes de reunir las fuerzas suficientes para salir de la habitación de Dante.

A cada paso sentía como si caminara sobre agujas con los pies desnudos, y oía los susurros a mi alrededor a medida que se corría la voz.

—Sabía que era sólo cuestión de tiempo...

—Una omega. Y estéril, en qué estaría pensando el príncipe...

—Miranda es una de nosotros. Será una reina mucho más fuerte...

—Mezclando nuestra sangre con especies inferiores...

Avancé a trompicones, con las lágrimas nublándome la vista. Si me detenía, no estaba segura de poder continuar.

Mi compañero me había rechazado. Me engañó cuando aún éramos novios e iba a tener un hijo con su exprometida.

Las náuseas que me habían sentido durante todo el día llegaron a su punto álgido y vomité en los parterres que había a las afueras del palacio.

Me enderecé con el amargo sabor de la bilis en la boca. Di otro paso adelante, pero el mundo se movía conmigo y tropecé.

Entonces todo se volvió deliciosamente oscuro y silencioso.

Volví en mí. Me zumbaban los oídos y sentí mi cuerpo pesado y agotado.

—Está severamente deshidratada. Sus niveles de nutrientes también son peligrosamente bajos, especialmente en su estado actual.

Hubo una pausa.

—¿No hay duda entonces de que está embarazada?

Esa voz. La reconocería en cualquier parte. Era la de Mia.

—Ninguna, está embarazada. —El hombre sonaba seguro, y a Mia se le escapó un áspero jadeo.

—Oh, Ivie —susurró.

Siguió hablando con él, pero yo ya no la oía.

No. No. No. No puede ser. Tenía que haber alguien más en esta habitación, aunque sólo podía oírlos a los tres.

No podía estar embarazada precisamente ahora. La Diosa no podía ser tan cruel.

Volví en mí en un mundo que, de algún modo, era más despiadado que aquel en el que había perdido el conocimiento.

Mia llegó a mi lado en cuestión de segundos, con lágrimas brillando en sus ojos, aunque intentó esbozar una sonrisa temblorosa.

—Ivie —susurró—. Sophia me llamó.

Claro que sí. Sophia siempre me fue leal, incluso cuando eso le trajo problemas.

—Mia —mi voz era ronca y débil—. ¿De verdad estoy embarazada?

Mia asintió una vez, con las lágrimas derramándose por sus mejillas.

—Lo siento mucho, Ivie.

Me estrechó en un cálido y reconfortante abrazo, pero mis ojos seguían secos.

—Dante no puede enterarse nunca de esto —dije, y me sentí hueca por dentro.

CAPÍTULO 3



DANTE

Cinco años después

La criada sangraba. Tenía la espalda desgarrada, el uniforme colgaba de su cuerpo hecho jirones y su sangre goteaba sobre el suelo de mármol mientras el acre aroma de la ansiedad y el miedo inundaba nuestra habitación.

—Por favor, princesa, tened piedad —suplicó a gritos.

¿Cómo habíamos llegado a esto?

Miranda estaba de pie, de espaldas a mí, con la mirada fija en el guardia que había dejado de azotar a la doncella cuando se lo ordené mentalmente.

—¿Por qué te detienes? —gruñó, su melodiosa voz estrangulada por la rabia—. ¡Azótala!

¿Cuándo se convirtió mi compañera en una extraña a la que apenas reconocía?

—Ya basta, Miranda —intervine, alejándome de la puerta.

Se quedó inmóvil al oír mi voz, y luego se volvió despacio hacia mí. Palideció al darse cuenta de que yo había estado observando en silencio lo que había hecho.

—Dejadnos. Todos vosotros —ordené, sin dejar apartar la vista de mi compañera.

Las demás sirvientas ayudaron a la chica herida a levantarse y a salir de nuestra habitación, seguidas de cerca por los guardias.

En cuanto nos quedamos solos, Miranda acortó la distancia que nos separaba, me abrazó y enterró su cabeza en mi pecho.

—Dante —ronroneó—. ¿Cuándo has vuelto?

No sonaba como la tirana manipuladora sedienta de sangre que la corte susurraba que era. Sonaba como la chica de la que me enamoré incluso antes de saber su nombre.

Miranda no esperó mi respuesta antes de empezar a desabrocharme la camisa, besándome alrededor del cuello y el pecho.

El aroma de su excitación me golpeó casi tan fuerte como el de la sangre de la criada.

—¿Qué ha hecho para merecer semejante castigo? —pregunté en un tono mucho más neutro de

lo que mis emociones me pedían.

Ella me desabrochó el último botón de la camisa.

—¿Quién? —preguntó, distraída, mientras sus dedos bajaban hasta mis pantalones.

La cogí de la mano con tanta fuerza que gimió. Sus ojos azules me miraron, confundidos.

—¿Qué había hecho la criada a la que casi matas a latigazos?

—Estás exagerando, Dante —protestó—. Había que disciplinarla. Me tiró demasiado del pelo, y ya sabes lo sensible que soy.

Me la quedé mirando, completamente atónito. ¿Se oía a sí misma? ¿De verdad la había hecho azotar de forma tan despiadada por eso?

Miranda se acercó más a mí, ignorando mi mano, que seguía sujetando con fuerza su muñeca. Su mirada se clavó en mis labios y sus caninos tiraron seductoramente de su labio inferior.

—Te he echado tanto de menos. —Suspiró con suavidad antes de ponerse de puntillas para besarme.

Cinco años atrás, si alguien me hubiera dicho que sus caricias sólo me harían sentir repugnancia, habría pensado que mentía.

Solté su muñeca y me aparté de su abrazo.

—Ella es nuestro súbdita, Miranda. Tenemos el deber de hacer lo correcto —repliqué con voz dura e inflexible—. ¿Cómo has sido capaz de castigarla con tanta severidad por ese pequeño error?

Me miró con la boca entreabierta por el asombro. Después su expresión se endureció.

—¿Por qué sigues hablando de una doncella don nadie? —Entrecerró los ojos—¿Me he perdido algo? ¿Te la estás tirando?

—Miranda... —me sentí tan aturdido que no pude decir nada más.

Ella se llevó las manos a los cintura, enfadada.

—Haré que la destierren —aseguró, furiosa y se dirigió hacia la puerta.

Le cerré el paso y la agarré por los hombros.

—Miranda, ¿qué crees que estás haciendo?

Sus ojos azules se cruzaron con los míos y me sorprendió ver que estaban llenos de lágrimas. Sus hombros empezaron a temblar y agachó la cabeza, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Yo... no puedo perderte, Dante —murmuró en un susurro entrecortado—. Te daré otro heredero, te lo prometo. Por favor, no me rechaces.

Sus palabras me golpearon justo en la herida que creí cicatrizada en estos cinco años y mi ira se desvaneció.

—Miranda.

Sus lágrimas se habían convertido en sollozos desgarradores.

—No me has tocado en más de un año, Dante. ¿Nunca me perdonarás por perder a nuestro hijo?

La abracé y me impregné de su familiar aroma a rosas.

—Nunca te culparía por eso, Miranda. No hiciste nada malo. Lo siento si te he hecho sentir lo contrario.

Se aferró a mí con fuerza, sus sollozos el único sonido en nuestra gran habitación vacía.

Desde que perdió al bebé poco después de nuestro apareamiento, Miranda se había vuelto mucho más sensible e increíblemente voluble.

Quizá la culpa fue mía al traerla a esta vida. Quizá habría estado mejor sin mí.

Cuando la conocí en la gala de inauguración de una de las filiales de Decadent, Miranda estaba impresionante. La mezcla perfecta de elegancia, compasión y confianza. Después de una conversación con ella, me enamoré.

Estaba seguro de que sería mi compañera.

Hasta *ella*.

No, no quería pensar en ella ahora. Pero ya lo estaba haciendo.

La pareja predestinada que nunca esperé ni pedí había irrumpido en mi vida en el momento en el momento más inesperado, y destruyó la vida que había planeado.

Si algo aprendí del catastrófico apareamiento de mis padres fue que hasta la diosa Luna cometía errores a veces.

La pareja predestinada no era siempre la mejor elección.

Mis padres eran Licántropos de alto rango, pero sus personalidades encajaron tan bien como el agua y el aceite. Se habían enfrentado e intrigado mutuamente hasta que mi madre falleció envenenada.

Nunca se atrapó al culpable, en gran parte porque padre prohibió que se investigara el asunto. Durante mucho tiempo creí que él era el culpable, hasta que me cogió de la mano en su lecho de muerte.

—Sé feliz con Ivie —murmuró en voz baja. Parecía haber envejecido años en cuestión de semanas debido a su enfermedad—. Quizá si lo hubiéramos sido, tu madre no se habría suicidado sólo para escapar de mí.

Pero Ivie y yo nunca podríamos ser felices. Mi corazón ya pertenecía a otra persona, a pesar de la adictiva atracción que el vínculo había creado entre nosotros.

Ivie.

Sólo pensar en su nombre encendió algo dentro de mí, y por un momento todo lo que pude ver

fue su pelo castaño oscuro cayendo por su espalda en deliciosas ondas y esos expresivos ojos verde esmeralda que atormentaban mis sueños y pesadillas.

Su aroma a vainilla y jazmín me perturbaba más de lo que hubiera deseado, al igual la forma en que me miraba sin pudor para sonrojarse con la más suave de mis caricias.

Miranda me tocó el pecho desnudo, me conectó con el presente y, de repente, sentí que era demasiado.

Deshice nuestro abrazo con brusquedad, separándome de ella.

—Tengo que volver al trabajo —dije abrochándome la camisa.

—Pero si acabas de llegar —protestó, mirándome con fijeza.

Cogí mi maletín.

—Estamos iniciando los planes de expansión de la corporación. Debo estar allí.

Frunció el ceño.

—Eres el príncipe Licántropo, Dante. No necesitas trabajar.

Fue mi turno de mirarla fijamente.

La Miranda que yo había conocido nunca habría dicho algo así. Algo tan cierto y deliberadamente obtuso. Pero yo empezaba a sospechar que quizá nunca la había llegado a conocer de verdad, tan sólo la persona que ella quería que conociera.

—Como sobrenaturales, debemos mantener un control estricto sobre las principales industrias económicas mundiales —repliqué con voz acerada.

Compartíamos el mundo con los humanos, aunque vivíamos completamente separados de ellos, al menos la mayoría de nosotros. Sólo unos pocos vivían entre ellos.

Y aunque en la comunidad sobrenatural teníamos sus diferencias, en lo que todos estábamos de acuerdo era en que debíamos vigilar el desarrollo de los humanos.

No sólo superaban en número a la mayoría de las especies sobrenaturales de la Tierra, sino que una y otra vez habían demostrado lo mal que reaccionaban al cambio.

Por ello, entre bastidores, guiamos sus innovaciones, tecnologías y descubrimientos y nos aseguramos de que nuestra existencia quedara limitada a la literatura y las series.

Miranda se encogió de hombros.

—Somos los depredadores superiores. No deberíamos tener tantos miramientos con especies menores.

De nuevo me pregunté si alguna vez había la había conocido de verdad.

—Volveré tan pronto como pueda.

Estaba a medio camino de la puerta cuando ella apareció de repente detrás de mí.

—¿Sigues pensando en ella? —preguntó con voz baja y algo insegura.

Hice una pausa.

—¿Pensar en quién?

En ese momento, ambos supimos que estaba mintiendo. ¿Cómo podía no pensar en ella?

—No importa —repuso en tono despreocupado mientras me abrazaba por detrás—. Te amo, Dante.

Ojalá hubiera podido responder, pero las palabras me pesaron en la garganta al darme cuenta de que no recordaba la última vez que le había dicho a Miranda que la quería.

Tras comprobar el estado de salud de la criada a la que ella había hecho azotar, me dirigí al trabajo. Pero no fui a la empresa.

La situación en la corte era peor de lo que esperaba. Llamé a Frey.

—No se puede retrasar la sucesión más de lo necesario. El consejo se está reuniendo en estos momentos —me informó él con tono apresurado.

Era uno de los Ancianos del consejo y uno de los hombres de confianza de mi padre. Lo que fuera que lo ponía nervioso no podía ser bueno.

Vaciló antes de continuar.

—Hay rumores de que tu primo vuelve a la corte.

Hice una pausa.

—Quieren nombrarle heredero en mi lugar —deduje.

—Sólo como último recurso —se apresuró a tranquilizarme—. La continuidad de la línea real Licántropa debe ser asegurada.

Por supuesto, la línea real tenía que prevalecer. Incluso si el heredero al trono que había fracasado en tener un heredero tuviera que ser reemplazado.

Y era obvio que este no era el momento adecuado para informar al consejo de que ni siquiera podía intentar tenerlo porque mi compañera me repugnaba y porque no podía dejar de pensar en una omega que no me importaba.

En aquel momento pude ver cómo todos mis años de esfuerzo y duro trabajo al servicio de la corona se iban al garete.

—Gracias, Anciano Frey.

Terminé la llamada.

¿Cómo había ocurrido todo esto?

En un lapso de cinco años, había visto cómo mi pareja se transformaba lentamente en una extraña, había perdido a mi hijo, a mi padre, y ahora incluso mi trono estaba en juego.

Tal vez este fuera mi castigo por todos mis errores del pasado.

De repente, me vino a la cabeza la imagen de Ivie.

—Príncipe Dante, es hora de la reunión de la junta —anunció Aiden, mi ayudante, devolviéndome al presente.

Estaba pensando mucho en Ivie estos días y no podía permitírmelo, no ahora. Necesitaba centrarme en el trabajo, en mi trabajo, en lo único que podía controlar.

Pero ahora no podía controlar ni siquiera eso.

Miré a mi consejo de administración, formado por un grupo de la mentes empresariales más poderosas de toda Norteamérica.

Todos humanos excepto Aiden, pero eso nunca les había impedido hacer un trabajo excepcional. Ahora, sin embargo, ninguno de ellos se atrevía a mirarme a los ojos.

—¿Qué quieres decir con que el trato con Delacroix no ha salido bien? —pregunté, enfadado.

Se trataba de un trato abierto y cerrado, un trato prácticamente hecho que debería habernos reportado millones de dólares de beneficios sin esfuerzo. Una operación que, de algún modo, salió mal.

Elvis, uno de mis asesores financieros, habló primero.

—Otra empresa se nos adelantó.

—¿Delacroix se atrevió a faltar a nuestro acuerdo después de años de trabajar juntos? —repliqué, ahora furioso

Mis directores intercambiaron miradas asustadas entre ellos, pero al final fue Aiden quien habló.

—No fue Delacroix. Fuimos nosotros —respondió con sequedad—. No pudimos conseguir los terrenos.

Otro obstáculo.

Cierto que aquellos últimos días había estado distraído con la creciente temeridad de Miranda y la corte Licántropa en general, pero no tanto como para descuidar mis asuntos.

Ya habíamos adquirido los terrenos donde se construiría el complejo de lujo. Lo único que quedaba eran unas formalidades administrativas que no deberían haber supuesto ningún problema con la buena reputación que yo había forjado para Decadent.

—Westfield consiguió los derechos de exclusividad para el desarrollo inmobiliario en la isla —continuó Aiden—. Por eso nos vimos obligados a ceder nuestra reclamación.

¿Derechos exclusivos de promoción inmobiliaria? No sabía que aquello fuera posible en la isla.

Pero tenían razón. Fue un fracaso por nuestra parte debido a mi distracción y a no haber investigado lo suficiente.

Fue entonces cuando me di cuenta.

—Westfield —mururé. De pronto, a medida que lo pronunciaba, el nombre me resultó familiar —. ¿No fue la misma empresa que nos ganó en la licitación de nanotecnología?

—Sí, señor Orion.

Era la segunda vez que Westfield conseguía un contrato que a todos los efectos era mío.

Si hubiera sido una vez, podría dejarlo pasar, pero dos... Yo no creía en las coincidencias.

Me levanté, me estiré la chaqueta del traje y di por terminada la reunión.

—Quiero un informe completo con todo lo que puedas conseguir sobre Westfield —ordené a Aiden.

—Por supuesto, señor.

En dos horas, tenía un dossier detallado sobre la Westfield Corporation.

Fundada varias generaciones atrás por un tal Westfield, la empresa había experimentado un gran cambio respecto a la firma de inversión inmobiliaria que fue en sus inicios.

Al principio prosperó y se expandió a otras áreas, pero tras unos cuantos directores generales imprudentes con más excesos que avances, la empresa prácticamente se había hundido.

Hasta hace tres años.

Aiden me deslizó un archivo más pequeño. No, ni siquiera era un expediente. Sólo unas páginas de papel con dos fotografías.

—La señorita Westfield —dijo, como si eso lo explicara todo.

La mujer vestía un anodino traje negro, con el pelo y más de la mitad de la cara ocultos bajo un sombrero y gafas de sol en ambas fotos.

—Es una persona muy reservada, no se sabe mucho de ella, pero mis fuentes de confianza dicen que parece ser la impulsora de la mayoría de los últimos proyectos de Westfield —continuó Aiden mientras yo examinaba su expediente.

Los documentos no decían nada sobre su vida personal, sólo los proyectos en los que había trabajado. Para llevar sólo tres años como directora general, había acumulado bastantes contratos, y yo tenía la corazonada de que eso no lo era todo.

—Quiero conocerla —exigí a Aiden.

Él hizo una pequeña mueca.

—Hemos intentado concertar reuniones con ella antes, pero su agenda siempre está llena.

Me recliné en la silla, mientras la tensión que se había ido acumulando en mí se relajaba ante el desafío que tenía por delante.

—No me importa. Ella me hará un hueco —aseguré, confiado.

Los negocios se me daba bien, independientemente de mi condición de miembro de la realeza.

Por esa razón no había contratado a quien me sustituyera y asumiera mis tareas directivas para, de ese modo, yo limitarme a estar en la corte.

Pero, además, yo era Dante Orion y, de un modo u otro, siempre conseguía lo que quería.

Westfield me llamaría en cuestión de horas para disculparse por su error y este asunto se resolvería fácilmente.

Me equivoqué.

Westfield me dejó colgado durante dos semanas. Dos semanas. Ignoró las llamadas de mi equipo y las mías. Las mías.

No recordaba la última vez que me había enfadado tanto.

—¿Es que no sabe quién soy? —pregunté a Aiden, furioso.

Él mantuvo el gesto serio a pesar de que no era la primera vez que se lo preguntaba.

—Haremos todo lo posible por incluirle en la lista de espera —respondió en tono conciliador.

Así que yo, Dante Orion, intentaba entrar en una lista de espera para conocer a un pez gordo humano. Era ridículo.

Dos semanas atrás, me habría reído de una idea tan absurda. Ahora ya no me reía.

Aiden estaba buscando algo en su tablet.

—Hay rumores de que la señorita Westfield está interesada en asociarse con Sublime.

Sublime era la empresa de Fort. Con importantes activos y una liquidez que hasta yo envidiaba, era una de las principales opciones financieras para grandes proyectos.

Algo hizo clic en mi cabeza.

—¿No se celebra una gala para la nueva línea de ropa de Sublime en dos días? —pregunté.

—Así es. —Aiden me miró sin comprender—. Dijiste que no podías asistir.

Sonreí.

—He cambiado de opinión.

Tenía la corazonada, muy cierta, de que Westfield estaría allí.

Fort no asistía a muchos actos públicos, pero a este sí acudiría. Si Westfield realmente tenía intención de asociarse con él, asistiría a la gala para mostrar su interés por Sublime.

Sabía que me estaba obsesionando con este asunto sólo porque era más fácil que centrarme en los problemas de la corte y en Miranda, a quien no veía desde el día del incidente con la criada. Pero no podía evitarlo.

Dos días después, cuando llegué a la gala, ya estaba en pleno apogeo. La jugada inicial parecía haber ido bien.

Aiden estuvo a mi lado en segundos.

—Tenías razón. Acaba de llegar.

Señaló hacia una zona acordonada donde se encontraba Fort. A su lado, de espaldas a nosotros, había una mujer menuda y curvilínea con el pelo recogido en un sencillo moño y vestida de negro.

Sonreí con satisfacción. Por supuesto, mi corazonada era cierta.

—Buen trabajo.

Le di una palmada en el hombro a Aiden antes de dirigirme hacia Westfield y Fort.

Me gustaría verla tratar de ignorarme ahora y ponerme en una maldita lista de espera...

El aroma a vainilla y jazmín me golpeó sin previo aviso, deteniéndome en seco.

Eso fue...

No, no podía ser ella.

Había pasado los últimos cinco años buscándola, percibiendo su olor en cada grieta del palacio y viéndola en cada morena de pelo largo.

Ivie se había ido. Todo estaba en mi cabeza.

Pero el olor se intensificaba cuanto más me acercaba a Fort.

La conversación de la señorita Westfield y Fort se detuvo cuando llegué hasta ellos, y lo único que pude hacer fue mirarla.

Mirar fijamente a la señorita Westfield. Mi antigua compañera. Ivie.

CAPÍTULO 4



IVIE

Dicen que nunca puedes escapar de tu pasado por mucho que lo intentes, pero yo estaba decidida a escapar del mío.

Sonreí a Ethan Fort. Él era mi clave para salir de Norteamérica lo antes posible.

—Esperaba que pudiéramos hablar, señor Fort.

—Por supuesto, señorita Westfield —respondió con afabilidad, y sus patas de gallo se acrecentaron al sonreír—. He estudiado su propuesta. Es bastante convincente, por no decir otra cosa. Quizá podríamos ultimar los detalles aquí y arreglar los aspectos legales más tarde.

Mi sonrisa se amplió.

—Me halaga. Una alianza entre nosotros sería muy...

Mis palabras se cortaron bruscamente al sentir una presencia detrás de mí.

No era una presencia cualquiera, era él. Su olor me llegó un momento después, confirmando mis sospechas.

Oh Diosa, era demasiado pronto.

Pensaba que tendría tiempo para prepararme o, simplemente, para evitar encontrarme con él cerrando mis negocios a tiempo.

Diana se agitó dentro de mí, pero esta vez estaba preparada, y la retuve antes de que hiciera alguna locura.

Cuando me volví hacia él, lo hice con la expresión más despreocupada que pude fingir.

Dante miró primero a Fort y luego a mí y vi cómo sus ojos se abrían ligeramente.

—Señor Fort —saludó por fin, tendiéndole la mano.

A pesar de todos mis esfuerzos, no estaba preparada para escuchar su voz.

El áspero timbre melódico me golpeó como una bofetada en la cara y un escalofrío recorrió mi espina dorsal al mismo tiempo. Inspiré para calmarme, pero solo conseguí oler aún más su aroma.

Pensé que con el vínculo roto entre nosotros todo esto desaparecería. Me había equivocado.

Estaba apagado, pero seguía ahí.

Fort sonrió a Dante y le estrechó la mano como si fueran buenos amigos.

—Señor Orion, pensé que no podría venir hoy.

Dante le devolvió la sonrisa.

—Para asistir a su lanzamiento no he dudado en despejar mi agenda.

Fort se rio y luego hizo un gesto hacia mí.

—¿Conoce a la señorita Westfield? Es nueva en estas lides.

Los ojos grises como el acero de Dante se cruzaron con los míos por segunda vez aquella noche, pero no bajé la mirada. En lugar de eso, le tendí la mano para estrechársela.

—Encantada de conocerle, señor Orion —sonreí.

Para mi sorpresa, Dante me cogió la mano sin dudarlo un instante, sin apartar sus ojos de los míos.

—La escurridiza señorita Westfield.

Ignoré la descarga eléctrica que me recorrió al sentir su contacto, irritada por la atracción que sentí, por aquel vestigio del vínculo de pareja que él había roto.

Era injusto.

Era injusto que, a pesar de que todo lo que sentía por Dante era una intensa aversión hacia él, su tacto aún pudiera provocar algo dentro de mí.

Era injusto que siguiera teniendo buen aspecto, mucho más alto que yo a pesar de mis tacones, y llenando su traje a la perfección como si cada centímetro hubiera sido hecho a medida. Probablemente lo había sido.

Llevaba el pelo negro más largo, recogido en una coleta, y los mechones más cortos enmarcaban sus rasgos aristocráticos.

Lo observé durante unos segundos, lo justo para satisfacer los deseos primarios de Diana, pero nada más.

Nunca más volvería a caer en su juego.

Terminé nuestro apretón de manos y me volví hacia Fort. Lo último que quería era exponer mi idea delante de Dante, pero si esa era mi única oportunidad, la aprovecharía.

—Sobre la propuesta... —comencé, pero Meredith, la secretaria de Fort, apareció de la nada y le susurró algo al oído.

Él la miró con dureza antes de volverse hacia nosotros con una sonrisa de disculpa.

—Por favor, discúlpeme, parece que hay un pequeño problema. Enseguida vuelvo.

No. No quiero quedarme con...

Pero Fort ya se estaba alejando con Meredith a su lado mientras discutían. Dejándonos solos a Dante y a mí.

Todavía estábamos en la fiesta, así que estábamos lejos de estar solos, pero no lo habrías imaginado por la forma en que Dante me miraba.

—Ivie. —Su voz era nítida e impasible como siempre—. No esperaba verte aquí hoy.

Luchando contra mis impulsos de golpearle o irme de allí, hice girar mi copa de vino entre el pulgar y el índice.

Si me iba, pensaría que estaba huyendo. Me condenaría antes de que eso ocurriera.

—Yo tampoco le esperaba, señor Orión —repuse y, para mi sorpresa, sonrió.

—Realmente no tenías que organizar todo este lío para llamar mi atención —su sonrisa se llenó de satisfacción y yo parpadeé, intentando comprender lo que quería decir.

—¿Para llamar tu atención?

—No te hagas la inocente ahora —replicó con voz suave pero afilada—. Desde superarme en la puja de forma anónima hasta quedarte con los derechos de exclusividad, ¿de qué va todo esto exactamente, Ivie? ¿Venganza?

¿También quería la oferta nanotecnológica y los derechos de exclusividad? No tenía ni idea, o le habría dejado tenerlos sólo para evitar que fijara su atención en mí. No podía averiguar lo de Mace.

Me miró con fijeza, como esperando una respuesta a su acusación.

¿Cómo había olvidado lo arrogante que era Dante Orión? Por supuesto, él asumiría que yo había vuelto por él.

Posé mi copa de vino en la bandeja de un camarero que pasaba y me incliné para encontrarme de frente con su mirada gris.

—Señor Orion, con el debido respeto, madure. El mundo no gira a su alrededor.

Tras eso me marché. Fort y yo tendríamos que continuar nuestra reunión en otro lugar. Nada bueno podría salir de quedarse alrededor de Dante Orion.

Me había alejado dos pasos cuando Dante me alcanzó, me agarró del brazo y me impidió seguir.

Le miré con recelo, pero sus siguientes palabras me descolocaron.

—¿Bailamos?

¿Bailar? ¿Con él? Jamás. ¿Cómo podría siquiera proponerlo?

—No —respondí cuando me recuperé del shock, pero él ya tiraba de mí hacia la pista de baile.

Podría tumbarlo en el suelo con facilidad, gracias a todo lo que entrenaba ahora, pero forcejear con Dante sólo provocaría una escena y llamaría la atención sobre nosotros, aunque quizá ya fuera demasiado tarde para preocuparme por eso.

Ya podía ver a Fort observándonos con una expresión de ligera perplejidad en el rostro. Había pasado años cultivando mi imagen de viuda multimillonaria distante, y en una noche, Dante había echado por tierra todos mis esfuerzos.

Tiró de mí hacia él y comenzamos a bailar un vals.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruñí entre dientes.

En el año que estuvimos apareados, a pesar de que me enseñaron etiqueta en palacio, Dante nunca bailó conmigo. Ni una sola vez.

Se acercó más a mí. Su mano en mi cintura era una distracción inquietante, y puso sus labios en mi oreja.

—Desapareciste. No pude encontrarte por más que busqué.

Me zumbaron los oídos y, por un segundo, me tambaleé.

¿Me había buscado?

No. Sólo lo decía para meterse en mi cabeza. Dante nunca se había preocupado por mí y dudaba que hubiera cambiado mucho desde entonces.

—¿Qué piensa tu compañera de eso? —pregunté con una delicada sonrisa, girando en los brazos de Dante antes de encontrarme con su mirada—. Además, ¿qué esperabas? ¿Qué me quedara después de que me rechazaras, suspirando por ti y arrastrándome por las migajas de tu afecto?

Sus hombros se pusieron rígidos y supe que mis palabras le habían dado justo donde le dolía. En su ego.

Su mano volvió a rodear mi cintura.

—El negro te sienta bien. —Era evidente que quería distraerme—. Pareces diferente.

Enarqué una ceja.

—¿Debo sentirme halagada por sus palabras, señor Orion?

Las comisuras de los labios de Dante se crisparon. Si hubiera sido otra persona, podría haberlo confundido con una sonrisa.

Dante se acercó mucho más de lo que requería el vals, y su olor inundó mis sentidos. Intenté no reaccionar.

Era sólo un movimiento de Dante para ponerme nerviosa. Reaccionar significaría aceptar que me había afectado. Y no había sido así.

Nos balanceábamos al ritmo de la música, y me di cuenta de que me excitaba con cada paso, cada roce, cada movimiento coordinado.

La mano de Dante en mi cintura parecía quemarme a través de las capas de tela y sus ojos grises mostraban tantas emociones que, de haber sido menos cauta, podría haberme ahogado en ellas.

Inclinó ligeramente la cabeza, apretó la nariz contra mi nuca e inhaló profundamente.

La piel se me puso de gallina y mi cuerpo y mi mente dejaron de funcionar por un momento.

Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿Qué estás haciendo?

No respondió. Sus ojos grises se mantuvieron fijos en los míos y sentí que me pasaba el dorso de la mano por la mejilla.

Instintivamente di un paso atrás, justo cuando la música terminó.

Su mano se apartó de mi mejilla y me miró a los ojos durante unos instantes. Luego apretó la mandíbula y aquel delicado instante se perdió en el tiempo.

—En los negocios no me gusta la gente que me desafía, Ivie —advirtió—. Me has traicionado dos veces.

Esto era mejor. Podía enfrentarme a su hostilidad.

—Apártese de mi camino, señor Orion, y le devolveré el favor —repliqué, burlona, y abandoné la gala sin mirar atrás.

Mi oportunidad se había esfumado. Tendría que organizar otra reunión con Fort.

Mientras mi chófer me llevaba a casa, el enfado bullía en mi interior, con las uñas mordiéndome la palma de la mano y la mejilla todavía me hormigueaba donde Dante me había acariciado.

Hoy nada había salido según mis planes. ¿Encontrarme con Dante en mi primer día tras mi regreso? En serio, ¿cuál era la probabilidad de que eso sucediera?

Pensé en la advertencia de Dante y mi ira creció aún más. Él iba interferir en mi trato con Fort. Lo sabía. Por qué no podía centrarse en su familia en lugar de incordiarme, no lo sabía.

Aunque, según él, yo le había desafiado primero. Ciertamente mi asistente me había informado de algunas llamadas de Decadent, pero hice que las contestaran porque no quería tener nada que ver con Dante.

Si hubiera investigado a fondo las propiedades, habría podido evitarlo.

Pero si Dante Orion pensó que me quedaría quieta mientras él llegaba y arruinaba mis planes, iba a ocurrir justo lo contrario.

—¡Mamá!

Salí del coche y Mason me abrazó, sacándome de mis pensamientos.

Por puro instinto, desarrollado tras años de auparle, lo cogí con facilidad, equilibrándolo sobre mi cadera y le llené la cara de pequeños besos.

—¿Cómo está mi pequeño alborotador? —pregunté, divertida.

Mason gimió intentando zafarse.

—Mamá, basta. Ya no soy un bebé.

Naturalmente, tuve que besarle un poco más hasta que Mason soltó un agudo gemido de queja.

—¡Mamá!

Me eché a reír y le dejé que se separara de mí.

Mason hizo una mueca y me lo quedé mirando. Tenía el pelo castaño oscuro ondulado como yo, pero esos ojos grises y esa amplia sonrisa eran de su padre.

Algunos días no podía creer que hubiera creado algo tan perfecto, puro y hermoso. Mi corazón se enternecía con más amor del que jamás había creído que pudiera sentir.

Hubo ocasiones en las que sentí una punzada de culpabilidad por ocultar su existencia a Dante, sólo una punzada, pero al final supe que mi decisión fue la correcta.

Había estado en aquel palacio, había vivido aquella vida. Y no quería nada de eso para mi hijo. Él merecía más. Merecía una vida mejor que la que yo había tenido. Merecía sol, felicidad y mucha libertad, no el juicio, el castigo y el abandono de su propio padre.

—¡Mason! —Nora, la niñera de Mace, salió corriendo al patio gesto nervioso, y enrojeció cuando se dio cuenta de que yo había llegado a casa.

—Bienvenida a casa, señora —saludó inclinando ligeramente la cabeza.

Era una ayudante muy recomendada por Mia, que me había estado bombardeando mi teléfono desde el momento en que volví a pisar esta ciudad.

Miré a Mason, que parpadeó con aire inocente.

—Mace, ¿qué dije sobre molestar a tu niñera?

Él miró a un lado con un pequeño puchero jugando en sus labios.

—Sólo estábamos jugando.

De repente sentí que alguien se acercaba por detrás.

—Espero no molestar.

Me giré, con una sonrisa ya en la cara al oír su voz.

—Jordan —sonreí.

Con su ropa informal, su actitud relajada, su pelo negro corto y sus amables ojos castaños, Jordan encajaba más en el estereotipo del chico guapo de la puerta de al lado que en el del multimillonario Licántropo de perfil bajo que era.

—Ivie. —Me devolvió la sonrisa inclinándose para dejar caer un beso en mi mejilla antes de ponerse en cuclillas a la altura de Mason.

—Hola, pequeñín —sonrió, alborotándole el pelo.

Mi hijo se lo quedó mirando un momento.

—Hola —saludó finalmente, antes de echar a correr de nuevo por el jardín.

—Por favor, discúlpeme, señora —pidió Nora, su expresión exasperada mientras corría tras mi hijo. —¡Mason, tu almuerzo se está enfriando!

El sonido de la risita de Mason se desvaneció hasta desaparecer por completo.

Jordan se enderezó y se encogió de hombros con una sonrisa burlona.

—No creo que vaya a encariñarse conmigo pronto.

—No seas así —repuse, dándole un codazo en los hombros juguetonamente—. Sabes que es un poco... reservado.

Justo en aquel momento, la voz aguda de Mason llegó hasta nosotros.

—¡No puedes atraparme!

Jordan enarcó una ceja como diciendo «¿qué decías de reservado?» y los dos nos echamos a reír a carcajadas.

Si alguien me hubiera dicho que alguna vez me haría amiga de un Licántropo después de mi tiempo en la corte, habría pensado que estaba loco.

Pero eso fue antes de que Jordan apareciera en mi puerta sangrando y medio muerto, y decidiera ayudarlo. Cuidé de él hasta que se recuperó y, en ese tiempo, nos hicimos amigos.

Buenos amigos.

Mi buen amigo sonreía demasiado y lo fulminé con la mirada.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tramando algo?

Jordan rió entre dientes.

—¿Invitar a mi amiga a comer para celebrar su éxito cuenta como un plan?

Al oír sus palabras, recordé mi encuentro con Dante esa misma tarde y mi buen humor decayó.

—No logré convencer a Fort —repliqué— Nos interrumpieron.

Aunque interrumpir ni siquiera se acercaba a lo que había ocurrido.

—Levanta la barbilla. Sí, así, eso está mejor. —Jordan me sonrió—. Entonces celebraremos tu prolongada estancia aquí.

Aunque una estancia prolongada era lo último que deseaba, me encontré devolviéndole la sonrisa.

Comprendió que ya me había machacado yo suficiente por no haber conseguido el acuerdo comercial. En lugar de preguntarme por ello, prefirió centrarse en otra cosa.

Ladeando la cabeza, asentí como si estuviera decidiendo si aceptar su sugerencia.

—¿Y cómo sería esa invitación? —pregunté.

Jordan extendió los brazos para crear un efecto exagerado y sus ojos marrones centellearon con

humor.

—Imagínate: una cena privada, con una orquesta en directo de fondo y lo más importante, comida deliciosa.

Hice una pausa. Todo eso sonaba bien, pero también sonaba como... una cita.

Jordan y yo no éramos así. Al menos no por mi parte. Aunque había superado cómo me había tratado Dante, una gran parte de mí no estaba preparada para abrirme así a otra persona.

—Yo... Yo... —intenté hablar, pero las palabras no salían.

—Es una simple cena entre dos amigos, Ivie —repuso en voz baja, como si me hubiera leído la mente. Después me golpeó con su hombro, juguetón—. Además, me lo debes.

Cierto. Le había prometido muchas veces ir a cenar juntos.

—Bien —sonreí.

* * *

Definitivamente, algo no iba bien.

Pasé demasiado tiempo eligiendo qué ponerme.

¿Qué vestido negro decía noche de cita, no un evento de trabajo, pero al mismo tiempo noche de cita sin cita?

Al final, me quedé sin tiempo y opté por un sencillo vestido negro con el pelo apartado de la cara en lugar de mi moño habitual.

Jordan me miró como si me hubiera sometido a un gran cambio de imagen.

—Estás... estás impresionante —dijo por fin y, por alguna razón, mis mejillas ardieron.

—Gracias —dije antes de sentarme en la silla que él había separado de la mesa en el restaurante.

No había nadie más que nosotros dos. Era un local urbano, con una decoración llena de colores y una orquesta en directo, tal como Jordan había prometido.

Era lujoso.

—El marisco es un no-no para mí —dije reprimiendo un pequeño escalofrío ante lo que había pedido Jordan.

Sus hombros temblaron cuando rio en silencio.

—Eres todo un enigma, ¿verdad? Un lobo que no puede comer marisco. Seguro que hay un chiste sobre eso.

Dejé de comer mi arroz con curry el tiempo suficiente para mirarle.

—Ríete todo lo que quieras, Jordan, pero no voy a arriesgarme a un virus estomacal.

—No me estoy riendo—sonrió y señaló la comisura de mis labios—. Tienes un poco de algo ahí.

Intenté limpiarme la boca con la servilleta de la mesa, pero no lo conseguí. Lo siguiente que supe fue que Jordan me estaba limpiando el borde de los labios con el pulgar.

Me tensé cuando su pulgar se detuvo allí y me encontré mirándole con fijeza, especialmente cuando su mirada se sumergió en mis labios.

¿Qué estaba...?

Jordan apartó el pulgar y me golpeó la nariz con la salsa de su dedo, untándomela.

Me quedé con la boca abierta.

—¡Eh! —le di un golpe en el brazo, pero él se limitó a carcajearse.

Me uní a la carcajada, pero se cortó bruscamente cuando el aire a mis espaldas se cargó de repente.

No necesité girarme para saber que Dante acababa de entrar en el restaurante.

CAPÍTULO 5



DANTE

De un manotazo tiré al suelo las carpetas y papeles que tenía sobre la mesa. Clavé mis garras en la madera, pero eso no ayudó a calmar mi ira.

Mi cuerpo temblaba y me costaba no dejarme llevar por mi lado bestial.

Su aroma a vainilla y jazmín, aún pegado a mi ropa, me provocaba sin piedad.

Bailar con Ivie había sido un error.

Incluso ahora podía sentir su toque fantasmal en mis hombros, la presión de su suave cuerpo contra el mío.

Sin el vínculo que nos unía, no debería haberla encontrado hermosa. No debería haber querido tirar de ese moño y ver su pelo caer por su espalda. No debería haber deseado besar el carmín de sus labios.

No.

No me sentía atraído por ella. Eran los restos del vínculo, que me confundían.

La odiaba.

La odié desde el momento en que me manipuló para aparearme con ella. Desde el momento en que me hizo romper el corazón de Miranda.

Criado como el heredero al trono Licántropo, ella era mi antítesis. Por muchas razones no era apta para pertenecer a la realeza Licántropa, pero la diosa Luna nos había emparejado.

Ahora había vuelto y con un solo baile me tenía a punto de perder el control a pesar de que había sido yo quien lo empezó todo.

Odiaba la facilidad con la que llegaba a mí, incluso sin pretenderlo.

Sólo tenía un modo de acabar con esto: Hundir a Ivie tan profundo que nunca se atreviera a cruzarse conmigo de nuevo.

—Hay poca o ninguna información sobre ella en cualquier lugar —Aiden parecía desconcertado.
—Si no supiera que es imposible, diría que la han borrado toda.

Era muy inusual que Aiden no encontrara nada, incluso con una pequeña búsqueda.

En cuanto a haber borrado toda su información, era posible para los humanos, pero había poco que pudiera ocultarse de los canales de información de la realeza Licántropa.

Pero no importaba. Incluso así conseguiría llegar hasta ella.

Me recliné en la silla y me invadió aquella calma mortal que solía sentir al adoptar una determinada línea de acción.

—No me importa cuántos favores tengas que pedir —miré a Aiden con severidad—. Quiero saber cómo una omega huérfana se convirtió en una Westfield. Ya.

Hizo una pequeña reverencia.

—Sí, príncipe Dante.

En horas, quizá menos, averiguaría exactamente qué había estado tramando Ivie estos últimos cinco años.

—La reunión del consejo con respecto al proceso de sucesión se celebrará mañana —informó el Anciano Frey.

Por su tono cauteloso, pude adivinar que la decisión que iban a tomar podría no sería favorable para mí.

—Bien —me limité a decir antes de colgar.

Liderar la raza Licántropa era mi derecho de nacimiento. Lo que los Ancianos decidieran no podía cambiar eso.

Abrí la puerta de mi habitación en el palacio.

Lo primero que me llamó la atención fue la tenue iluminación de la habitación, alumbrada sólo por la luz de las velas.

Lo siguiente fue Miranda saliendo de nuestra cama, completamente desnuda.

Estaba despampanante, cada centímetro de su piel parecía de porcelana y era perfecta. Se acercaba a mí despacio, acechante, cada paso una mezcla de confianza y sensualidad.

En otro tiempo, eso habría bastado para que me abalanzara sobre ella y la tomara con brusquedad, como a ella le gustaba. Pero eso fue antes de darme cuenta de que ya no era la mujer de la que me había enamorado, o que quizá nunca había existido.

Llegó hasta mí. Sus elegantes y delgadas manos se apoderaron rápidamente de la chaqueta de mi traje, y sus ojos azul océano se clavaron en los míos.

Poniéndose de puntillas, Miranda se apretó contra mí mientras me besaba.

No sentí nada. Ni siquiera una milésima de lo que había sentido al coger la mano de Ivie en aquella pista de baile. Y descubrí que volvía a pensar en ella.

La besé con rabia y ella gimió dentro de mi beso. Sus garras desgarraron mi camisa.

Borraría a Ivie de mi mente costase lo que costase.

Los labios de Miranda se abrieron ansiosos bajo los míos y su lengua se deslizó dentro de mi boca.

La imagen de los labios rojo cereza de Ivie curvados en una sonrisa burlona surgió en mi cabeza sin que yo pudiera impedirlo.

¿Esperabas que me quedara atrás y me arrastrara por las migajas de tu afecto?

Sujeté con fuerza el pelo de Miranda y ella jadeó al besarnos, malinterpretó mi gesto y me cogió los pantalones.

La levanté con facilidad y llegué a la cama en pocas zancadas antes de dejarla caer sobre ella.

Miranda me miró, sus ojos azules llenos de deseo, todo lo contrario al desinterés de la enigmática mirada esmeralda de Ivie en aquel maldito baile.

Volví a besarla con más fuerza, intentando apartar a Ivie de mi mente, pero fracasé una vez más.

El aroma a vainilla y a delicioso jazmín afrutado flotaba en el aire y, por un momento, era a Ivie a quien estaba besando.

Su cabello castaño oscuro ondulado se esparcía por mis sábanas, su cuerpo temblaba bajo mis caricias con esos pequeños estremecimientos que notaba siempre que la tocaba.

Eran sus manos entrelazadas con las mías guiándome entre sus piernas abiertas y sus gemidos guturales en mi oído.

—Dante, sí. —Miranda gimió cuando la rocé con los dedos y la frágil ilusión se hizo añicos, devolviéndome a mi cruda realidad, donde Ivie no era más que mi pasado.

Me separé de ella. Me temblaban las manos.

Ella se incorporó y me miró con el ceño fruncido por la confusión.

—Dante, ¿qué pasa?

Mi excitación había desaparecido por completo cuando me levanté de la cama, confundido por la culpa que sentía en lo más profundo de mi corazón.

—Esto ha sido un error. —Solté sin poder evitarlo.

—¿Un error? —me miró boquiabierta—. ¿Qué quieres decir?

Me aparté de ella y cogí otra camisa del armario. No la miré mientras me la ponía.

—Tengo que irme —dije, lo que la sacó de su estupor. La ira sustituyó a la incredulidad.

Me arrancó la chaqueta de la mano antes lanzarla lejos, soltando un gruñido.

—¡No puedes irte así!

Miré la chaqueta en el suelo junto a ella.

—Contrólate, Miranda.

—¿Controlarme? —repuso, burlona, alzando el tono de su voz con cada palabra—. Si no me tocas, ¿cómo vamos a conseguir un heredero que reclame el trono?

El trono.

Por supuesto, eso era lo que más preocupaba a Miranda.

—A estas alturas, nuestros problemas son mayores que la creación de un heredero al puto trono —repliqué en tono inexpresivo antes de salir de la habitación.

Apenas me había alejado unos metros cuando oí los gritos de frustración de Miranda y el estallido de cristales en la habitación.

Me di cuenta de que prefería la soledad de mi loft en la ciudad. No sabía si lo que me gustaba era la tranquilidad o si simplemente evitar a Miranda, cuyas rabietas iban en aumento.

Si he de ser sincero, este cambio en su comportamiento comenzó incluso antes de que perdiera el bebé, pero yo lo atribuí a su sensibilidad debido al embarazo junto con la inestabilidad que reinó en palacio tras rechazar a Ivie.

Estaba seguro de que ahora, enfurecida, Miranda buscaría una criada o un guardia con quien descargar su ira. Y todo lo que yo podía hacer era compensarlas y tratar de reparar lo que ella había hecho.

No era suficiente.

Apenas me había instalado en mi loft cuando llamé a Aiden.

—¿Tienes algo sobre ella ya? —pregunté, sintiéndome más desesperado de lo que debería.

Ivie. Ivie. Ivie.

La omega en la que no debería pensar.

—Acabo de enviarte el informe —respondió.

Estuve leyéndolo mucho más tiempo de lo aconsejable.

Quizá porque contenía más fotos de ella. Era preciosa y vestía de negro en todas ellas, menos en una.

En esa lucía un vestido verde inquietantemente parecido al que llevaba la noche que nos conocimos.

Resultaba curioso que hubieran pasado casi siete años desde entonces y, sin embargo, yo pudiera recordar todos y cada uno de los detalles de aquella noche.

Me había marchado pronto del baile sobrenatural, harto de que gente que apenas me conocía me adulase. Pero incluso en la intimidad de mi habitación, mi inquietud no había hecho más que crecer con el paso de las horas. Algo muy extraño.

Por eso salí con la intención de dar un paseo cuando Ivie se tropezó conmigo.

Una inhalación de su aroma me dejó tambaleándome de sorpresa.

Había encontrado a mi compañera.

En mi interior, la indignación luchaba contra la incredulidad. Nunca esperé encontrarla. Era un fenómeno tan raro entre los Licántropos que el apareamiento de mis padres había sido calificado como una bendición de la Diosa.

Pero para mí fue mi peor pesadilla hecha realidad. No quería una pareja predestinada. No podía elegir una pareja predestinada antes que a Miranda.

Con sólo tocarla, me quedé con ganas de más, aunque sabía que no podía romperle el corazón a Miranda por una compañera a la que apenas conocía.

Decidí marcharme, pero no pude evitar sentir su piel por última vez. Entonces Ivie me besó y mi mundo se hizo añicos.

Creo que fue entonces cuando empecé a odiarla.

Al día siguiente me desperté con el el amargo sabor del arrepentimiento en la garganta. Si de algo me había enorgullecido era de mantener siempre mi palabra.

Un líder que no cumplía su palabra no era alguien en quien su pueblo pudiera confiar.

Sin embargo, había roto la mía de permanecer al lado de Miranda con un solo beso de una desconocida de la que ni siquiera sabía su nombre.

Ivie seguía profundamente dormida, con la cabeza apoyada en mi pecho. Mis dedos ansiaban recorrer su suave piel. Quería oírla gemir. Oírla gritar mi nombre. Quería sentir cómo se deshacía en mis brazos.

Y su olor, Diosa, era como un puto afrodisíaco, enviado para atormentarme y... Entonces fue cuando me di cuenta. Su olor. Mi compañera era una omega.

No había olido como una la noche anterior. Estaba seguro. Tardé un momento en encontrar el frasco de Allure entre sus cosas y entonces supe que me había engañado.

Había ido hasta aquí con la intención de seducir a un príncipe Licántropo disfrazándose con el aroma de Licántropa, pero resultó que era mi auténtica compañera porque la diosa de la luna tenía un sentido del humor jodidamente retorcido.

Ella era igual que todas las demás que trataron de llevarme a la cama sólo para entrar a formar parte de la realeza Licántropa.

Mi rabia fue incontenible. Por eso la eché como la basura que era.

Entonces tomé una decisión. No le ocultaría la verdad a Miranda. Le contaría lo ocurrido y le pediría perdón. Si ella podía perdonarme, tal vez, sólo tal vez, nuestro compromiso aún podía salvarse.

Volví a la habitación a recoger mis cosas cuando escuché el zumbido del teléfono de Ivie.

Después de oír los mensajes que Mia había dejado para ella, perdí la calma por segunda vez en un lapso de pocas horas.

La Manada de la Sombra iba a convertir a mi compañera en criadora.

Mi compañera.

Me volví loco de ira. Mentirosa omega intrigante o no, era mía, ¿Cómo se atrevían a pensar que podían usarla como reproductora de la manada?

Llamé a Miranda.

—He encontrado a mi compañera —fue la única explicación que le di antes de romper nuestro compromiso.

Mi compromiso con la mujer de mis sueños. La mujer que me había robado el corazón desde el momento en que nos conocimos con sólo una mirada atrevida a través de la habitación, su ingenio y compasión.

Entonces fui a buscar a Ivie aun sabiendo que nunca aceptaría de verdad a la manipuladora omega que se había acercado a mí a propósito y muy posiblemente también decidió dejarse el teléfono en mi habitación.

Pero tenía un deber para con ella, y lo cumpliría.

Mientras revisaba el expediente que me había enviado Aiden, sentí una rabia parecida a la que sentí cuando descubrí el plan de la Manada Sombra para convertir a Ivie en una reproductora.

Se casó con un humano después de dejarme. Era el hombre que estaba a su lado en la foto en la que llevaba ese maldito vestido verde.

Según el expediente, él murió dejando Westfield para ella, así como una tonelada de dinero. Él era la razón por la que ahora vestía de negro. Para llorarle.

El negro te sienta bien, le dije, estúpido de mí, cuando se lo había puesto para otro hombre.

Todo mi cuerpo temblaba de rabia cuando mi teléfono zumbó con una llamada de Aiden.

—Príncipe Dante, el señor Wallace está en el restaurante.

¿Cómo había podido olvidarlo?

Llevaba seis meses preparando aquella reunión, pero la había olvidado por culpa de Ivie.

Estaba casado con Miranda, pero la idea de que Ivie se hubiera casado con otro me estaba volviendo loco.

Era mía.

No. No lo era.

Aun así, ¿cómo había podido casarse con otro?

Llegué al restaurante de muy mal humor.

—Mis disculpas por el retraso —dije a Wallace, haciendo todo lo posible para que no se notara mi irritación.

Él se encogió de hombros quitándole importancia, a pesar de que yo sabía que su agenda era aún

más apretada que la mía.

—Cosas de los negocios —respondió con brusquedad.

Entré en con Wallace a mi lado, pero me detuve al instante, asaltado por la fuerte fragancia del olor de Ivie.

Sólo con oler esa tentadora mezcla de vainilla con notas florales y el sensual aroma único de Ivie sentí una punzada de necesidad y deseo.

Fue fácil dar con ella. Eran las únicas personas que había allí. Cuando lo hice, mi rabia se duplicó.

Ivie no estaba sola. Estaba sentada con Jordan Orion.

Mi primo y el probable candidato con el que el consejo quería reemplazarme como heredero del reino Licántropo.

Como si Ivie sintiera mi mirada, se puso rígida. Pero no se apartó de Jordan.

El camarero nos acompañó a Wallace y a mí a nuestra mesa, pero apenas escuché nada de lo que Wallace decía.

Ivie volvía a vestir de negro, pero en lugar del atuendo corporativo que había llevado en la gala, éste se ceñía a sus curvas de forma casi pecaminosa a pesar de ser largo hasta el suelo.

Entre eso y su cabello artísticamente arreglado en rizos que caían por su espalda, era obvio de qué se trataba.

Ivie tenía una cita.

En mi pecho luchaban los celos y la rabia.

Ivie se reía de alguna tontería que decía Jordan. Nunca la había visto sonreír, y mucho menos reír.

Siguió sonriéndole y tuve que recurrir a toda mi sangre fría para no levantarme e ir a preguntarle qué le hacía tanta gracia.

Wallace estaba diciendo algo sobre las reservas de divisas cuando Ivie se levantó de la mesa en dirección a los aseos.

Debería haber concluido mi reunión con Wallace, sellado mi trato y marcharme de una puta vez, pero entonces Jordan captó mi mirada a través de la sala antes de levantar un vaso hacia mí, con una sonrisa en la cara.

Sabía que los había estado observando todo el tiempo.

Puto cabrón.

Le arreglaría la cara, pero antes Ivie y yo tendríamos unas palabras.

—Discúlpeme, por favor —dije a Wallace, y sin esperar su respuesta me dirigí a la zona de aseos. Sabía que estaba siendo grosero, pero tenía prisa.

Llegué justo a tiempo para ver a Ivie saliendo del de mujeres.

La puse contra la pared en segundos, con las manos a ambos lados, aprisionándola mientras su cuerpo se apretaba deliciosamente contra el mío.

—¿Tienes una cita con otro Licántropo? —pregunté, mis ojos fijos en los suyos.

Aquellos ojos verdes en los que había pensado demasiado se clavaron en mí con una mirada de odio. Observó mis manos que la mantenían inmóvil y luego volvió a mirarme a la cara.

—Quíteme las manos de encima, señor Orion.

Orion. Orion. Orion.

Estaba harto de que Ivie usara mi apellido. Quería oírla decir mi nombre. Gritarlo.

Mi mandíbula se apretó y se desencajó.

—¿Es cierto que te casaste con otro hombre?

Vi la incredulidad florecer en esos orbes esmeralda.

—¿Me has investigado? —preguntó atónita.

—Sólo responde a la maldita pregunta —gruñí.

Ivie se burló y puso los ojos en blanco.

—Mi vida personal no es de su incumbencia, señor Orion.

Ella no lo negó. Así que era verdad.

No me importaba que su exmarido ya estuviera muerto. Quería hacerlo pedazos.

La ira inundó mis venas y no fui consciente de que había golpeado la pared hasta que Ivie se estremeció.

Miré fijamente a esa compañera mía que poco a poco se iba apoderando de todos mis pensamientos, incluso cuando me sólo me hacía sentir ira.

Tiré de un mechón de su pelo entre mis dedos, sin poder evitar tocarla.

—¿Es esta cita un medio para buscar un sustituto para tu difunto marido? —pregunté en tono condescendiente y ligeramente burlón.

Para mi sorpresa, Ivie dio un paso hacia adelante cerrando el poco espacio que quedaba entre nosotros de modo que quedó apretada contra mí.

Estaba tan cerca que podía sentir su respiración acelerada por la ira, pero mi ira ya se estaba disipando sin que yo pudiera evitarlo.

Todo lo que podía sentir, oler y ver era Ivie, que seguía mirándome.

—Si estuviera buscando un sustituto para mi marido, no sería de su incumbencia —replicó con desdén.

Mi ira volvió tan rápido como se había ido, un gruñido se me escapó antes de que fuera consciente de ello.

—No puedes elegir a Jordan como compañero. Apenas lo conoces.

Vi lo que podría haber sido un destello de sorpresa cruzar la cara de Ivie antes ladear la cabeza mirándome como si estuviera loco.

—Sé más de Jordan que de ti cuando nos apareamos.

El dolor de la traición floreció en mi pecho. Había pensado que Ivie acababa de conocerle y que él había aprovechado la reunión que se celebraría mañana para tontear con mi excompañera.

Pero si le conocía tan bien como decía...

—Entonces sabes que es mi primo y el siguiente en la línea de sucesión al trono Licántropo.

Los ojos de Ivie se abrieron de par en par.

CAPÍTULO 6



—Entonces sabes que es mi primo y el siguiente en la línea de sucesión al trono Licántropo.

Las palabras de Dante reverberaron dentro de mí, y por un momento no pude procesar lo que acababa de oír.

¿Jordan era miembro de la familia real Licántropa?

Era imposible que me hubiera ocultado algo así al igual que yo no me hubiera enterado si me lo hubiera dicho.

¿Verdad?

¿Cuántas veces más me traicionaría y mentiría la gente que me rodea?

Me quedé mirando a Dante un momento tratando de controlarme. No podía dejar que notara cuánto me habían conmocionado sus palabras.

Intentaba meterse en mi cabeza como había hecho antes en la gala y, si caía en la trampa, estaría acabada.

Me encogí de hombros.

—No veo la relevancia que tiene la relación de Jordan contigo en esta conversación.

Dante se apartó de mí, con los labios torcidos en una sonrisa sardónica.

—Por supuesto, lo sabías. —Sus ojos eran fríos como el hielo—. ¿Cómo he podido olvidar lo astuta que eres?

¿Astucia? ¿De qué iba Dante?

Daba igual. Lo importante era que ya no me retenía, dándome la oportunidad de abandonar esta conversación.

Di un paso para alejarme de él, pero me bloqueó el paso tan suavemente que ni siquiera le vi moverse.

Luego, con esos ojos grises depredadores fijos en mí, avanzó despacio, arrinconándome contra la pared.

No le tenía miedo, pero el corazón se me aceleró tanto que me sentí mareada.

Aparté la mirada de él esperando que no pudiera leer la mía y adivinar aquel confuso deseo que había surgido de la nada.

Mi espalda chocó con la pared, pero Dante se acercó un paso más, metiendo su pierna entre las mías y levantándose ligeramente el vestido.

Su mano pasó por debajo de mi barbilla, la inclinó hacia arriba y me obligó a mirarle.

—¿Es este tu equivocado intento de venganza? —preguntó, su voz suave como el terciopelo—. ¿Sabotear mis negocios y convertirte en reina Licántropa yendo descaradamente a por mi primo?

La debilidad de mis rodillas desapareció ante su insulto. Por supuesto, él pensaba que mi relación con Jordan era un intento de alcanzar el poder. Siempre pensó así.

Que yo tenía hambre de poder.

—Aquí sólo hay un sinvergüenza y no soy yo —repliqué con firmeza, negándome a que mi tono trasluciera la más mínima emoción—. Me engañaste cuando aún estábamos apareados, y ahora estás aquí, acosándome, mientras tu pareja y tu hijo están en casa esperándote. —Giré un poco la cabeza—. Además, si tu derecho al trono Licántropo es tan frágil que la mera presencia de tu primo lo amenaza, sólo puedes culpar de ello a tu ineptitud.

Pude sentirle temblar de rabia y por un momento pensé que volvería a golpear la pared, pero cuando levantó la mano, fue para hacer algo aún más peligroso.

Me acarició la mejilla casi con ternura.

Diana comenzó a ronronear dentro de mí. Traidora.

Era otro juego de sus juegos de dominación para demostrarme el poder que aún tenía sobre mí, incluso en ausencia de nuestro vínculo.

—¿Acosándote? —Su voz era apenas un susurro áspero mientras me acariciaba lentamente la mejilla con el pulgar—. ¿Así es como quieres llamar a esto?

Con cada roce de su pulgar contra mi piel, sentía que mi control se deshacía. Tragué con fuerza, los impulsos de Diana se entrelazaban con mi creciente deseo.

Diosa, no.

La mano de Dante recorrió mi mejilla y luego se inclinó hacia mí. Sus labios se cernieron sobre mi nuca, sin llegar a tocarme, pero pude sentir su aliento en mi piel.

—Eres mía. —Me acarició la nuca mientras hablaba, antes de tirarme del pelo con fuerza, descubriéndole mi cuello—. Mía.

Pero yo no era suya. Ya no. Ahora sólo me pertenecía a mí misma.

No sé de dónde saqué fuerzas, pero le empujé tan fuerte como pude, haciendo que me soltara y distanciándose de él, lo que destrozó la atmósfera que se había creado entre nosotros.

Con las manos de Dante fuera de mí cuerpo, mis pensamientos se aclararon.

—Estás delirando. —No me tembló la voz al hablar a pesar de que lo único que me mantenía erguida era la sólida pared que tenía detrás—. Incluso antes de que me rechazaras, nunca fui tuya.

Las fosas nasales de Dante temblaron, sus ojos se oscurecieron de rabia. Un segundo después su expresión se apagó, y sentí como si me lo hubiera imaginado todo, pero al menos no intentó tocarme de nuevo.

—No tendrás una relación con Jordan. —Su voz era gélida de nuevo—. No lo permitiré.

¿Que no lo permitiría? ¿Quién demonios se creía que era?

Me encogí de hombros y luché contra las ganas de golpearle en la cara.

—Buena suerte con eso. Usted no dirige mi vida, señor Orion.

Con eso giré sobre mis talones, alejándome de Dante Orion y volviendo a la cafetería.

—¿Estás bien? —preguntó Jordan, preocupado.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Puede que Dante y él tuvieran distinto color de ojos, pero compartían el mismo pelo y ese porte orgulloso, casi aristocrático, de los miembros de la realeza.

Quería enfrentarme a él, preguntarle por qué me había ocultado algo tan importante, pero no estaba dispuesta a darle a Dante la satisfacción de vernos discutir.

Sin embargo, no podía seguir con la cena como si no pasara nada.

—Estoy bien —forcé una sonrisa antes de coger mi bolso—. Recibí una llamada en el baño, y hay un problema que tengo que solucionar.

Su mirada de preocupación se acentuó.

—Te llevaré. Déjame pedir la cuenta y luego podemos...

—Estoy bien —le corté antes de que pudiera terminar, poniéndome de pie—. Luego hablamos.

No esperé a que respondiera antes de alejarme sintiendo el calor de la mirada de Dante durante todo el camino.

Mientras mi chófer me llevaba a casa, me pregunté de nuevo cómo no me percaté de que Jordan era de la realeza.

En mi estancia en palacio, nunca me visitó, y yo había estado demasiado ocupada evitando la corte como para prestar atención a los cotilleos. ¿Por eso no lo sabía?

Entonces otra idea acudió a mi mente. En mi ausencia, ¿qué más había sucedido en la corte que yo ignoraba?

Mia no había dejado de preguntarme cuando podíamos vernos desde el día en que volví, y parecía que había llegado el momento de aceptar su invitación.

—¡Ven a darle un abrazo a la tía Mia!

Mia no dio a Mason tiempo suficiente para aceptar su petición antes de alzarlo del suelo.

—Ya nadie puede salvarte —le acarició, haciendo que Mason chillara.

—¡Mamá! ¡Socorro! —gritó y no pude evitar sonreír ante sus payasadas.

Pronto nos quedamos solas en el salón mientras Nora llevaba a Mason a su nuevo colegio.

Mia estaba radiante de felicidad y el inextinguible resplandor de haber encontrado a su pareja y compañero de vida era evidente.

Abandonó la manada Sombra poco después de que yo dejara a Dante, con el pretexto de ir a la universidad y hacía dos años que había encontrado a su pareja, Ronald. Por lo mucho que me había hablado de él, sabía que era un buen hombre lobo. Un poco callado, pero me pareció que combinaba bien con la personalidad más extrovertida de Mia.

También procedía de una familia bastante acomodada que no sólo estaba bien relacionada en la sociedad de los hombres lobo y los humanos, sino también en la de los Licántropos.

Que era la única razón por la que yo había quedado con Mia.

—No creía que fueras a volver —dijo sentándose a mi lado mientras me observaba con atención.

Me encogí de hombros.

—Todavía no estoy segura de si ha sido la elección correcta.

Mia suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No puedes huir para siempre, Ivie, tendrás que enfrentarte al pasado en algún momento.

Desvié la mirada.

—No voy a huir. Esa vida simplemente ya no es mía. Ya no quiero tener nada que ver con ella.

Pensé en la facilidad con que Dante me había inmovilizado contra la pared, manteniéndome cautiva de mi propio deseo, y reprimí un estremecimiento.

—Cuando termine mis asuntos aquí, volveré a casa —afirmé con rotundidad.

Mia asintió, aunque yo sabía que aún tenía sus reservas. Era una buena amiga, una amiga de verdad que yo aún dudaba merecer a veces.

—Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado en la corte Licántropa en mi ausencia —pedí.

Mia se quedó en silencio y por su expresión supe que no esperaba mi pregunta, pero se limitó a asentir.

—De acuerdo.

Mucho después de que Mia se fuera, sus palabras seguían estremeciéndome.

Mientras estuve fuera, a pesar de los numerosos intentos de Mia por mantenerme al tanto de la situación en la corte Licántropa, siempre me negué.

Pero ahora desearía haber preguntado, aunque sólo hubiera sido una vez.

El trono estaba en juego sin un heredero, y Jordan podría estar en la línea de sucesión desde que Dante y Miranda perdieron a su hijo, apenas un mes después de que él me rechazara.

Según Mia, Miranda había perdido la cabeza desde entonces, actuando como una tirana manipuladora y sedienta de sangre.

Pero en el fondo yo no pude evitar la sensación de que, incluso antes de la pérdida de su hijo, Miranda había sido exactamente así.

Recordé cómo fingió desmayarse en el momento exacto en que el dolor del rechazo de Dante casi me hizo perder la conciencia.

Recordé el fuego en sus ojos cuando dijo que se iría con su hijo nonato para evitar romper el vínculo de apareamiento entre Dante y yo. Quizá fue cosa mía, pero sentí que en sus palabras no había ni una gota de sinceridad.

Sentí una punzada de lástima por Dante. Sólo una punzada. No podía imaginar lo que sería perder a Mason.

De haberlo sabido inmediatamente después de haber dejado el palacio, quizá habría pensado que era el karma, por todas las cosas terribles que me había hecho.

Pero entonces yo era otra persona.

Una persona vacía y hueca antes de conocer a Eric.

—Quiero que te hagas cargo de mi negocio. —La voz de Eric era áspera, el hedor de su sangre pesaba en el aire.

—No puedo. —Negué con la cabeza, sin poder evitar las lágrimas—. No sé nada de eso.

Se estaba muriendo. Se estaba muriendo incluso antes de que él mismo lo supiera, podía olerlo en él.

El humano que había descubierto que yo era un hombre lobo al pillarme cambiando de forma en su extenso coto de caza, poco después del nacimiento de Mason.

No podía quedarme con Mia en la manada de Sombra, así que me había movido mucho, trabajé e intenté valerme por mí misma y ahorrar para Mason.

Eric Westfield me contrató para cuidarle y hacerle compañía en sus últimos días. A cambio, él guardaría mi secreto.

Centrado en el negocio familiar, nunca se casó ni tuvo hijos y ahora ni todo el dinero del mundo podría curarlo.

—Me has ayudado numerosas veces, Lo harás bien.

Eric intentó sonreírme, pero su rostro se encogió en una mueca de dolor, lo que me hizo llorar aún más.

No podía imaginarme al frente de una empresa familiar, la de Westfield.

—Ayudar no es lo mismo que llevar un negocio —protesté—. Tienes numerosos sobrinos y...

—No me niegues esto. —Su tos parecía salir del fondo del pecho—. Ya he redactado el testamento. Quiero morir sabiendo que el negocio está en buenas manos, que continuará después de mí.

Miré al humano que nos había acogido a Mason y a mí en el momento en que más lo necesitábamos, y no pude negarle lo único que me pidió.

—Lo haré.

Eric murió seis meses después y yo estuve a su lado hasta que expiró.

La relación entre nosotros había sido la de un hermano mayor y su hermana, aunque me habían confundido con su amante las pocas veces que habíamos salido juntos. Como requisito para dirigir la empresa, tuve que adoptar el apellido Westfield, ya que sólo un Westfield podía dirigir el negocio. Por eso lo tenía.

Como alguien que había crecido rodeada de gente pero sin una familia, una de verdad, él fue mi primera familia y cuando lo perdí, sólo la presencia de Mason me ayudó a centrarme.

Tenía que ser fuerte por mi hijo.

Me vestí de negro por Eric, por dos personas que no se parecían en nada pero que durante un breve periodo de tiempo fueron familia.

—¿Seguirás escondiéndole a Mason? —preguntó Mia antes de que nos fuéramos.

Si Dante se enteraba de la existencia de Mason, haría cualquier cosa para retenerlo y así asegurar su derecho al trono.

Nunca dejaría que eso ocurriera.

—Mi hijo es un niño. La corte Licántropa es un foso de víboras sin piedad. Lo harán pedazos. No quiero que experimente lo que yo tuve que pasar.

La expresión de Mia era ilegible.

—Él es un Licántropo de la realeza, Ivie. Nació para gobernar.

El miedo se apoderó de mí con fuerza y rapidez porque Mia tenía razón. Era un miembro de la realeza y, a medida que creciera, sería mucho más difícil ocultarlo.

Sólo había una cosa que podía hacer, terminar mi trabajo aquí tan rápido como pudiera antes de que nos metieran en esta trifulca de herencia Licántropa.

Pero tuve el presentimiento de que ya era demasiado tarde.

* * *

—Cincuenta y cinco, cuarenta y cinco —dijo Everson con voz suave, pero no me inmuté.

—Setenta, treinta —repliqué.

Habíamos estado negociando durante los últimos veinte minutos en aquel café. Para ser multimillonario, Thorne era un lobo muy, muy tacaño.

Me sonrió mostrando los dientes.

—Westfield, eres una negociadora muy dura.

—Es un negocio rentable para ti. —No sonreí. —Con una rebaja del setenta y treinta, obtendrás fácilmente más del trescientos por cien de beneficio.

Everson hojeó el contrato, aunque ambos sabíamos que era sólo para aparentar. Había memorizado el contenido mucho antes de esta reunión.

—Si tu plan de negocio funciona —concedió finalmente—. ¿Cómo va esa asociación con Fort?

—Muy bien —mentí sin inmutarme.

La verdad era que no le había visto desde el día de la gala.

Me crucé de brazos.

—Setenta y treinta es mi oferta final, Thorne, sabes que es un gran trato.

Su sonrisa se ensanchó.

—Ya lo veremos.

Terminé mi capuchino, con la mente trabajando a toda velocidad. Thorne había cedido por fin, pero yo aún tenía que reunirme con Fort y conseguir ese acuerdo de colaboración o todo esto habría sido en vano.

Me levanté, y estaba a punto de salir del café, cuando entró la última persona que podía esperar.

Era Miranda. Pelo rubio, perfectamente peinado, como si acabara de salir de la pasarela, y esos ojos azules ardiendo con tanto odio que me quedé clavada en el suelo.

Se me acercó como si hubiera venido a verme. Entonces me abofeteó. Con fuerza.

Me sorprendió tanto que no pude reaccionar, tan sólo mirarla.

—Zorra —gruñó—. ¿Cómo te atreves a entrar de nuevo en nuestras vidas?

Miranda dio otro paso hacia mí, su dominio presionándome en un evidente intento de intimidarme.

—Dante es mío, no puedes tenerlo ni a él ni al trono.

Me limité a enarcar una ceja, sin que me afectara su actitud.

—Así que los rumores son ciertos, has perdido la cabeza.

Volvió a levantar la mano, pero esta vez la cogí por la muñeca; manteniendo el contacto visual con ella, se la retorcí.

Vi aparecer el dolor y la sorpresa en sus ojos. No había pensado que me defendería.

Sorpresa, sorpresa.

—Una vez ha sido suficiente, Miranda. No tienes a la suerte.

Intentó, sin éxito, librarse de mi mano.

—No importa lo que hagas, no eres más que una omega despreciable que Dante nunca podría elegir por encima de mí —escupió con veneno—. Incluso cuando estabas apareada, él estaba conmigo. Tú eras su deber. Yo soy su esposa.

Sus palabras calaron hondo en una parte de mí. Una parte muy pequeña. Al resto de mí, en cambio, no podría haberle importado menos.

—Sólo diré esto una vez, así que escucha con atención, Miranda —repliqué, impasible—. A diferencia de ti, no tengo ningún interés en romper una pareja apareada o el trono. Puedes quedarte con Dante. Por lo que a mí respecta, ambos os merecéis el uno al otro.

Solté su muñeca.

Me miró como si quisiera arañarme, pero no hizo ademán de tocarme.

—No olvidaré este insulto —replicó en un gruñido amenazador antes de salir hecha una furia.

La seguí con la mirada, deseando que hubiera luchado conmigo un poco más. Así habría tenido una excusa para golpearla hasta hacerla papilla. Pero eso habría sido tan impulsivo como tonto. Lo último que necesitaba era enemistarme con la posible futura reina Licántropa.

Como si mi día no pudiera ir peor, cuando volví a casa, Jordan me estaba esperando.

—Ivie —comenzó, inseguro—. Creo que deberíamos hablar.

Parecía que se había dado cuenta de que algo andaba mal, aunque mi comportamiento no había sido precisamente normal.

—Me mentiste —le espeté sin rodeos.

Su rostro se descompuso. Miró al suelo, avergonzado.

—Lo siento —repuso en voz baja—. Es que... no quería que te distanciaras de mí. Realmente valoro tu amistad, Ivie.

Una amistad que se basaba en una mentira. Le había contado a Jordan todo sobre mi pasado. Casi todo. Lo único sobre lo que había mentido era que el padre de Mason era Eric en vez de Dante.

Confié en él y me había estado mintiendo todo este tiempo.

—Me mentiste —repetí, incapaz de decir otra cosa.

—Ivie.

Jordan alargó la mano para intentar acortar la distancia entre nosotros, pero me aparté.

—No me toques —repliqué con dureza— No quiero tener nada que ver con ningún miembro de la realeza Licántropa.

Jordan me miró con una súplica silenciosa en sus ojos color chocolate.

—Ivie, yo...

Me aparté de él antes de que mi determinación flaqueara.

—Por favor, Jordan, vete.

Lo sentí dudar detrás de mí pero, como siempre, hizo lo que le pedía.

—Como quieras —musitó.

Se fue y volví a quedarme sola.

CAPÍTULO 7



DANTE

Ivie estaba increíble con el rojo, pero el camisón quedaría mejor en el suelo.

Sus labios se entreabrieron y un pequeño jadeo salió de ellos mientras su cuerpo se tensaba más contra mí, sus manos buscándome pero sin llegar a tocarme, su rostro ruborizado por el deseo y la vergüenza. La embriagadora mezcla de inocencia y deseo siempre me hizo perder la cabeza, incluso cuando quise evitarlo.

Dejé caer otro beso por la esbelta columna de su cuello, mis labios se demoraron en el pulso de su garganta y mis caninos mordisquearon su cuello mientras luchaba contra el impulso de marcarla, de hacerla mía. Cada vez que estábamos juntos, el deseo de marcar a Ivie se hacía más y más intenso.

Pero mi fuerza de voluntad era más fuerte, tenía que serlo.

Subí los labios por su nuca hasta la línea de la mandíbula, y le acaricié los pezones a través de su fino camisón transparente.

Ivie se estremeció entre mis brazos, con el pecho ligeramente agitado, la sus pupilas dilatadas por la lujuria y los dientes mordiéndose el labio inferior como para no gemir. Verla así me hizo ponerme tan duro que me dolía.

Le saqué el labio inferior de entre los labios con el pulgar, introduje la lengua entre los suyos e Ivie me devolvió el beso con avidez, al tiempo que se le escapaba un pequeño gemido.

Sabía dulce y ácida a la vez, sabía a adicción. Cada vez que intentaba dejarla, tenía que volver a por una última dosis.

Le subí el vestido, metiendo la mano entre sus muslos, su piel deliciosamente cálida y...

Ivie me cogió la mano antes de que pudiera tocarla, poniendo fin al beso mientras apartaba su rostro del mío antes de volverse a mirarme con lágrimas brillando en sus ojos.

—Has vuelto a beber —murmuró—. ¿Necesitas estar borracho para tocarme?

El quiebre en su voz, la suavidad de su mirada y el pequeño escalofrío que la recorrió fueron casi suficientes para hacer tambalear mi determinación.

Era buena fingiendo, amigo mío.

Algunos días casi podía creer que me quería a mí, no al poder que conllevaba ser mi pareja.

Acaricié su mejilla y ella se inclinó hacia mí casi de inmediato, olvidando su protesta.

Pensé en su pregunta. No se equivocaba. Cada noche antes de nuestra cita conyugal, bebía. Bebía con la esperanza de adormecer mi mente para poder cumplir con mi deber.

Pero nunca era suficiente. Estar con Ivie siempre era demasiado. Demasiado real.

—¿Y qué importa si lo hago? —repliqué, y ella se apartó bruscamente de mí. Sus ojos verde esmeralda se abrieron de repente, buscando en mi cara algo que yo desconocía—. ¿Qué importa si necesito emborracharme para soportar tocarte, Ivie?

Un gemido ahogado salió de sus labios y una sola lágrima rodó por su mejilla.

—Por favor, discúlpame —replicó envolviéndose en su bata de seda mientras se levantaba de la cama.

Extendí la mano, la agarré de la muñeca y tiré de ella hacia mi regazo, donde debía estar.

Intentó levantarse, pero yo la obligué a acercarse a mí.

—Suéltame —pidió, pero le temblaba la voz.

No dije nada. Puse mis manos en sus rodillas y separé sus muslos.

Oí un suave jadeo escapar de sus labios cuando le arranqué las bragas. No luchó más y clavó sus uñas en las sábanas a ambos lados para no perder el equilibrio.

La toqué una vez y su espalda se arqueó, su culo se frotó contra mi erección en un giro instintivo que casi me hizo perder la cabeza.

Pero no la perdí. Aún no.

Lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, rocé su clítoris. Otro gemido salió de los labios de Ivie, con la espalda pegada a mi pecho, la cabeza apoyada en mi hombro y el cuerpo flácido por el deseo mientras se entregaba a mí.

Con una mano rodeé su pezón y con la otra acaricié su clítoris. Mis dedos estaban resbaladizos por su excitación cuando los deslicé dentro de ella, que levantó las caderas y las giró, incitándome en silencio.

Incliné un poco la cabeza.

—¿Pelear conmigo te hace sentir mejor persona? —le susurré al oído.

Ivie se congeló en mis brazos antes de moverse sobre mi regazo y volverse hacia mí. Tenía la cara sonrojada y, aunque sus pupilas estaban completamente dilatadas, había en sus ojos verdes un leve destello de confusión. Como si su inocencia fingida no fuera un modo de conquistarme como su verdadera pareja.

Pero no podía engañarme.

La agarré por la nuca y tiré de ella hacia delante antes de pegar mis labios a los suyos.

Ivie podría haberme apartado si hubiera querido, pero no lo hizo. Sus manos se cerraron en un puño sobre mi pecho, pero me devolvió el beso con tanta fuerza como yo a ella.

Volví a presionar su clítoris con el pulgar, tiré con más fuerza de su pelo y la obligué a echar la cabeza hacia atrás, poniendo fin a nuestro beso para poder bajar por su cuello. Las uñas de Ivie se clavaron en mi pecho y de sus labios salieron jadeos suaves y ásperos en una cacofonía de sonidos que me pusieron tan duro que me molestaban los bóxer.

Momentos así me hacían sentir culpable. Culpable porque en esos momentos me olvidaba de Miranda. Olvidaba cómo había llegado a estar apareado con Ivie. Olvidaba que ella era una omega y que alguna vez yo estuve dispuesto a estar con alguien que no fuera ella.

Ivie se echó hacia atrás y sus caderas empezaron a balancearse contra mis dedos. Me miraba fijamente, con aquellos ojos verdes que brillaban en la penumbra, como si pudiera sentir que mi determinación de apartarla de mi corazón se desvanecía poco a poco.

Introduje dos dedos en su interior e Ivie echó la cabeza hacia atrás.

—Por favor... Dante, por favor —gimió. Suplicó.

Escuchar mi nombre en sus labios no debería haberme gustado tanto. Sentir cómo aumentaba la presión en su interior, cómo sus paredes palpitaban alrededor de mis dedos y cómo su cuerpo se tensaba sobre mí debería haberme repugnado, pero no era así.

La quería de rodillas. Quería follarme esos hermosos labios y ver cómo le daba arcadas, aunque sabía que no era un método viable para concebir.

Joder.

Ivie me estaba volviendo loco.

De un empujón dejé que cayera sobre la cama y luego la tomé por detrás.

Ivie se retorció cuando me introduje en ella, con sonidos guturales apenas reprimidos saliendo de sus labios. Luego se echó hacia atrás, y frotó descaradamente sus nalgas contra mí, incitándome en silencio a seguir.

La tomé por detrás la mayor parte de las veces, como si eso pudiera quitarle lo personal que se había vuelto, pero no fue así. Ni por asomo.

Sin poder contenerme, le apreté el culo, subí la banda del camisón que rodeaba su cintura y recorrí con los dedos la extensión de su espalda por su piel suave y aterciopelada.

Ivie se arqueó ante mis caricias y su cuerpo tembló debajo de mí. Buscó mi mano a su lado, pero no dejó que me tocara. En lugar de eso, busqué su pelo oscuro esparcido por la espalda y las sábanas como tinta derramada.

Agarrándola del pelo y forzando un arco más cerrado entre nosotros, empecé a empujar dentro de ella.

Sus caderas chocaban implacables contra las mías mientras yo me movía en su interior con largos y meticulosos empujones que pronto dieron paso a embestidas apresuradas y menos controladas a medida que me perdía en ella.

Ivie resoplaba con cada una de mis profundas caricias, su cuerpo se tensaba más y más a mi alrededor hasta que se estremeció mientras la follaba durante su primer orgasmo, sus gruñidos transformados en exclamaciones sin aliento.

Al escucharla, perdí el mínimo control que me quedaba y la penetré con más fuerza, más deprisa, con la polla palpitando en su estrecho canal, mientras le agarraba las caderas con tanta fuerza que sabía que le dejaría moratones.

Entonces me corrí dentro de ella sintiendo sus paredes palpar a mi alrededor en otro orgasmo.

Permanecí sobre Ivie unos segundos más, aunque debería haberme alejado de inmediato. Apreté los labios contra la unión de su cuello y su hombro, y le dije en voz baja dónde debía estar mi marca.

La mano de Ivie cubrió la mía, aferrándose a mí como si fuera a desaparecer en ese mismo instante.

Eso fue lo que me sacó de mi trance.

¿Qué estaba haciendo? Odiaba a Ivie. ¿Cómo lo había olvidado?

Me aparté de ella alejando su mano de la mía. Ivie se sentó erguida, con el pelo cayéndole sobre los pechos.

—Dante. —Su voz era temblorosa—. No te vayas... hoy no.

Ella también lo había notado. El cambio gradual entre nosotros.

Mi mandíbula se apretó y sentí que se desencajaba.

—Coge tu ropa y sal de mi habitación —ordené y me fui al baño para quitarme su olor.

Mantener la distancia entre nosotros evitó que las cosas se complicaran demasiado.

—¿Príncipe Dante?

El cortesano me miraba como si no fuera la primera vez que intentaba llamar mi atención.

Parpadeé, anclándome en el ahora en lugar de en un pasado que debería haber borrado de mi mente en el momento en que descarté a Ivie.

No importaba que se hubiera mostrado tan indiferente a mis caricias en la cafetería en lugar de rendirse a mis pies como siempre había hecho. No importaba que su nueva actitud se debiera probablemente a que estaba saliendo con Jordan.

No.

Lo único que importaba era que la puerta de la sala de conferencias estaba entreabierta.

El consejo había tomado una decisión. Por fin.

—Gracias por acudir a esta reunión. —La voz del anciano Hardt recorrió la sala.

Se colocó a la cabeza de los miembros del Consejo, con Jordan y yo sentados frente a ellos.

No miré a mi primo. Lo último que quería era perder los nervios delante del consejo.

El anciano Hardt se aclaró la garganta y siguió hablando.

—Hoy, tras una cuidadosa deliberación, el consejo hablará con una sola voz, y yo encabezaré esta reunión. Me gustaría ir directamente al asunto que nos ocupa. El trono Licántropo ha estado vacante durante los últimos dos años y ha llegado el momento de tomar una decisión para asegurar la continuación de nuestra especie.

Se volvió, inclinó ligeramente la cabeza, y sus ojos se posaron en mí mientras hablaba.

—Príncipe Dante, has servido bien a esta corte como lo hicieron tus padres antes que tú y por eso, este consejo está eternamente agradecido, pero la línea de sangre real debe ser asegurada.

Escuché lo que no dijo.

Querían meter a Jordan en la carrera por el trono por su fuera necesario reemplazarme.

Aunque me lo esperaba, sentí rabia, mi mitad Licántropo luchando por la superioridad.

—Soy el heredero al trono —respondí en un gruñido bajo.

Observé cómo los miembros del consejo intercambiaban miradas entre sí.

El anciano Hardt frunció el ceño.

—Las leyes establecen claramente que sólo un príncipe con heredero puede convertirse en rey.

—Soy la realeza, soy la ley —les recordé.

Puede que a alguien de fuera le sonara arrogante, pero era cierto. Ser rey no era sólo una cuestión de nombramiento, sino de linaje. Y yo, Dante Orion, había nacido para ser rey. Cualquier otra decisión era inaceptable.

Todos sabíamos que Jordan no podía gobernar.

No sólo llevaba la sangre de un traidor en sus venas, sino que además no sabía casi nada de nuestro pueblo y sus necesidades. Estaba tan ocupado mezclándose con los humanos y saciando sus deseos que había olvidado sus raíces.

—Dante tiene razón —la voz de Jordan atravesó mi muro de ira, y casi no pude creer lo que dijo a continuación—. No sé nada sobre el trono Licántropo. Soy totalmente inadecuado para heredar el trono en lugar de Dante sólo por una cuestión de fertilidad.

Estaba admitiendo su incompetencia, pero por las miradas de admiración de los miembros del consejo, me di cuenta de que se los había ganado al no luchar por ello.

Por supuesto, preferirían un rey fácil de manipular.

Malditos vejestorios.

Esta política mezquina era una de las razones por las que algunos días prefería el despiadado mundo del mercado internacional a mi corte.

—La cuestión de la herencia aún no está zanjada —intervino el Anciano Hardt—. Dado que

ambos cumplís el requisito de linaje, el consejo ha decidido que el primero de los dos que tenga un heredero accederá al trono.

¿Cómo?

Miré al anciano Frey, que apartó la mirada de inmediato. Creía que, como confidente de mi padre, podía fiarme de él, pero lo sabía y me lo había ocultado.

Para ser sincero, debería habérmelo esperado.

Con el estado actual de la relación entre Miranda y yo, podría despedirme de mi trono. No podía permitirlo.

La severa mirada marrón del anciano Hardt se posó en mí como si pudiera leer mis pensamientos.

—Si continuás resistiéndote a nuestra decisión, príncipe Dante, descubrirás lo que ha tenido que hacer el consejo para sofocar el creciente descontento del pueblo con respecto a tu gobierno, en particular por los excesos de tu compañera.

Me senté más recto en la silla. ¿Qué demonios había hecho Miranda esta vez?

Para cuando terminó la reunión, ya había ordenado mentalmente a mi espía de la corte que investigara qué había hecho Miranda, lo que el consejo había silenciado.

Jordan me esperaba fuera de la sala de conferencias.

—Cuánto tiempo sin verte, primo —sonrió.

Luché contra el impulso de romperle los dientes.

¿Era una estratagema para hacerme perder los estribos con los miembros del consejo a nuestro alrededor? Si lo era, lo estaba consiguiendo.

Ladeé la cabeza.

—No tendrías por qué haber representado el papel de niño bueno ahí dentro. Te conozco, Jordan.

Siempre fue un poco problemático. Al llegar a la adolescencia, le prohibieron acudir a la corte por sus... excesos.

Una forma educada de referirse a sus hábitos perturbadores. Comenzó rompiendo cosas, torturando animales porque sí y luego fue más allá. Hizo daño a gente.

Su sonrisa se desvaneció y miró hacia otro lado, casi arrepentido.

—No estaba actuando, soy una persona diferente ahora —repuso—. En serio espero que conserves el trono, Dante. No es lo mío.

Como si fuera a creérmelo.

Enarqué una ceja.

—Alguien sin interés en el trono no habría venido a la reunión del consejo.

—Estaba por aquí. Pensé que debía pasarme —se encogió de hombros como quitarle importancia.

Estaba harto de sus mentiras.

Avancé un paso más hacia él.

—¿Qué tienes con Ivie? —espeté.

Desvió la mirada

—Ivie es una amiga —respondió en voz baja, pero su expresión decía que quería más.

—Buen intento —repliqué tratando de refrenar mi enfado, pero mi voz se había convertido en un gruñido—. Ambos sabemos que la estás utilizando para llamar mi atención. Ya la tienes. Aléjate de ella.

Jordan frunció el ceño.

—Acéptalo, Dante. Tú no eres la razón por la que Ivie y yo somos amigos.

Otra mentira que no me creía.

—¿Fue casualidad que conocieras a mi compañera y te hicieras amigo de ella? Por casualidad —repetí con sorna.

—Tu excompañera —corrigió con los ojos brillantes—. Por fortuna, las coincidencias no requieren tu creencia para existir, Dante. Simplemente existen.

Iba a matar a Jordan. Sólo era cuestión de cuándo.

—Aléjate de Ivie o vamos a tener un problema —ordené en voz baja.

Sonrió. Su sonrisa era fría.

—No puedes amenazarme para que deje de verla.

—No es una amenaza, sino una promesa —gruñí—. Ivie es mía y si vuelvo a verte husmeándola o llevándola a alguna estúpida cita, juro que te mataré.

—Ivie es una mujer libre, capaz de tomar sus propias decisiones, pero no puedo decir lo mismo de ti —repuso Jordan acercándose a mí, su dominio empujando contra el mío. Su voz se transformó en un susurro burlón—. Tú, por el contrario, eres un príncipe Licántropo apareado con una psicópata, por quien fuiste tan estúpido como para rechazar a tu verdadera compañera. Si quieres alguna oportunidad de mantener tu preciado trono, tendrás que centrarte en tu compañera, no en Ivie.

Mi puño golpeó la cara de Jordan y le rompí la nariz.

No, no fue exactamente así. Creo que decidí matarlo allí y preocuparme de las consecuencias después.

Volví a levantar el puño para golpearle cuando los miembros del consejo salieron en tropel de la sala de conferencias, terminada su pequeña reunión.

Se quedaron en silencio al vernos a mi primo ensangrentado y a mí. Una vez más, había conseguido hacerme quedar mal.

Jordan inclinó la cabeza hacia ellos y se marchó sin decir nada más, pero oí su voz en mi cabeza a través del enlace mental.

—Que gane el mejor, primo.

Sabía que no hablaba del trono.

Salí de la enfermería con el estómago revuelto. Acababa de ver lo que Miranda había hecho. O, para ser precisos, lo que había estado haciendo. Al parecer, la vez que la sorprendí disciplinando a una de sus criadas había sido una de sus acciones más suaves.

Desde doncellas a damas de la corte, o a cualquiera que susurrara algo desfavorable sobre ella, los había desterrado, mutilado y herido gravemente.

Sabía que se ensañaba con sus criadas en sus días libres, pero esto... esto era inaceptable. Una de las mujeres en la enfermería nunca volvería a ver.

Pensar en lo que debió hacer para causar tanto daño a un Licántropo con grandes capacidades regenerativas resultaba escalofriante.

Me habría enfrentado a ella en aquel momento, pero no estaba en palacio. Me conformé con ordenar que la recluyeran sola, además de cortar todas sus asignaciones y congelar todas sus tarjetas.

Miranda tenía mucho por lo que responder y eso ni siquiera arañaba la superficie de lo que tendría que hacer para expiar sus errores.

—Esta zona del centro comercial se renovará según los planes preexistentes —dijo Arnold, señalando el suelo bajo nosotros.

Mi negocio no podía esperar a que la crisis del palacio y mi vida personal se resolvieran por sí solas.

Miré los planos que tenía en la mano y la sección del centro comercial que había señalado y asentí.

—¿Qué plazo tenemos para la reforma? —pregunté.

—Dado que el centro comercial permanecerá semi-operativo, seis meses por lo menos —respondió.

Sacudí la cabeza. Ese plazo no nos convenía.

—Haré que cierren completamente el centro comercial. Termínalo en tres meses.

—Por supuesto, señor Orion.

Arnold se excusó y desapareció entre la gente que pululaba por las tiendas de ropa rebajada.

Aiden corrió a mi lado, y me tendió su teléfono.

—La princesa Miranda desea hablar con usted —dijo.

—Que espere —repliqué y seguí caminando.

Si hubiera sido cualquier otra persona, la habría ejecutado o exiliado. Pero era mi compañera, la que yo había elegido. Y juntos habíamos superado la pérdida de nuestro hijo. Le debía al menos la oportunidad de escuchar su versión de las cosas.

—¡Mason!

La voz aguda me resultó familiar, pero antes de que pudiera pensar demasiado en ello, un niño se abalanzó sobre mí.

Le cogí antes de que cayera y levantó la cabeza, con sus rizos castaño oscuro pegados a la frente y los ojos grises brillantes por la travesura.

Luego me sonrió.

—Hola.

CAPÍTULO 8



IVIE

Mi corazón dejó de latir por un momento al ver cómo mi peor pesadilla se hacía realidad.
Mason estaba en los brazos de Dante.

Diosa, esto no podía estar pasando.

El día había empezado bastante tranquilo. Mason no tenía colegio y como hacía tiempo que no salíamos los dos solos, le di el día libre a Sophia y fuimos al centro comercial.

Caminamos hacia la juguetería favorita de Mason, pero mi mente no dejaba de divagar.

La agenda de Fort estaba ocupada los próximos dos meses y yo necesitaba firmar el acuerdo con él antes de esa fecha o todo mi plan de negocio se iría al traste.

No debí permitir que Dante saboteara mi encuentro con Fort en la gala. ¿Qué iba a hacer ahora?

Mi teléfono vibró. Era la secretaria de Fort.

Intenté no emocionarme demasiado al coger la llamada.

Mis ojos se abrieron de golpe al escucharla.

—¿El señor Fort me puede recibir mañana? —repetí, incapaz de creer mi suerte.

Al parecer, su agenda se había liberado de repente y ella me llamaba para confirmar si era plausible una reunión al día siguiente.

—No, por supuesto que no es demasiado pronto. Allí estaré —me apresuré a decir.

Mason tiraba insistentemente de mi mano, pero yo seguía concentrada en la llamada.

—Muchas gracias por esta oportunidad, nos vemos mañana —me despedí con rapidez, para ver qué había excitado tanto a Mason.

Pero entonces él se soltó de mi mano y cruzó corriendo el centro comercial atestado de gente.

Colgué de inmediato.

—¡Mason! —lo llamé, pero él seguía corriendo.

Fui tras él y doblé la esquina justo a tiempo para verlo chocar con Dante.

Vi a Dante acunar a nuestro hijo, con una mirada inusualmente suave, y se me cayó el alma a los pies.

Si se daba cuenta de que Mason era suyo, me lo quitaría. No podía dejar que eso pasara.

—Hola.

No dejé que Dante terminara lo que tenía que decir antes de arrancar a Mason de sus brazos, arrastrándolo detrás de mí con firmeza.

—Aléjate de él —grité.

Dante, que estaba en cuclillas, se levantó. Su mirada fue desde donde Mason había estado de pie a mí.

—Mamá —se quejó Mason desde detrás de mí—. Me duele el brazo.

Aflojé la presión de mi mano pero no le solté, lo que no impidió que intentara asomarse para mirar a Dante, quien se había quedado completamente inmóvil.

—¿Tienes un hijo? —Su voz nunca había sonado tan inquietante. —¿Quién es su padre?

Mierda. Mierda.

—Mi difunto marido —respondí, fulminándole con la mirada—. No es asunto tuyo.

Giré sobre mis talones para marcharme, pero la voz de Dante, llena de sospechas, me detuvo.

—¿Me estás mintiendo, Ivie?

Lo miré por encima del hombro, mientras sujetaba con fuerza la mano de Mason.

—No tengo ninguna razón para hacerlo, Dante. No eres tan importante como te crees.

Me aparté de él y salí con Mason a mi lado.

—¡Adiós, tío Dante! —gritó Mason, volviéndose hacia atrás sólo para despedirse.

Caminé más deprisa, con el corazón a punto de salirse del pecho. No podía creer que se lo hubiera tragado. Sentía como si en cualquier momento Dante se daría cuenta de que le había mentido y vendría a por nosotros.

Ni siquiera cuando subimos al coche se calmó mi miedo.

No debería haber sacado a Mason hoy.

—Mamá, ¿ya no nos dan coches de carreras? —preguntó él, pero mi mente seguía a la deriva.

¿Y si Dante le investigaba a fondo como había hecho antes conmigo? ¿Funcionaría todo el engaño que yo había creado certificando a Mason como hijo de Eric?

La mano de mi hijo se posó sobre la mía, trayéndome a la realidad una vez más, con aquellos ojos grises observándome casi con demasiada seriedad mientras hablaba.

—Mamá, ¿el tío Dante es tu amigo?

¿Cómo había pasado de preguntarme por los coches de carreras que no conseguimos a preguntarme por él?

Le cogí las manos y mi voz sonó más fuerte de lo que pretendía.

—¿Qué te dije sobre hablar con extraños? —pregunté.

Mason apartó la mirada, culpable, con las mejillas sonrojadas.

—Dijiste que nunca debía hablar con extraños... pero el tío Dante es tu amigo.

No sabía qué me molestaba más, si que Mason se refiriera a él como mi amigo o lo rápido que le había cogido cariño, *tío Dante*, cuando todavía se refería a Jordan por su nombre.

No dejé de regañarle.

—No lo sabías antes de abrazarle —puntalicé.

Mason levantó la mirada y negó con la cabeza, indignado.

—Sí. Olía familiar... huele igual que tú.

Me quedé helada.

Era imposible. Por lo general, cuando los cambiaformas se apareaban, se mezclaban los olores de ambos para que la pareja compartiera un aroma distintivo. Pero eso desaparecía cuando se rompía el vínculo de apareamiento entre dos compañeros. Era imposible que Dante y yo pudiéramos seguir compartiendo un olor cuando él ya estaba apareado con Miranda.

Pero si, por casualidad, olíamos un poco similar, debió de resultar muy confuso para Mason. Por eso estuvo tratando de llamar mi atención mientras yo hablaba por teléfono.

No fue culpa suya, sino mía.

Dejé escapar un suspiro y tiré de él hacia mí para abrazarlo. Lo besé en un lado de su cabeza.

—Lo siento —susurré antes de apartarme lo suficiente para mirarle—. Mace, huir como has hecho antes puede ser muy peligroso. —Hice una pausa para asegurarme de que entendía lo que yo le decía—. Tienes que prometerme que no volverás a hacer eso y que no puedes hablar con extraños cuando yo no esté, independientemente de cómo huelan, ¿vale?

Su labio inferior tembló mientras asentía.

—Vale, lo prometo. Lo siento mucho.

Le subí a mi regazo, abrazándolo contra mi pecho e inhalando su aroma.

—Está bien, Mace. Está bien.

Él se relajó en mi abrazo, agarró mi camisa de gasa y se quedó en silencio.

Todo estaba bien. A pesar de las abrumadoras probabilidades, Dante no se había dado cuenta de la verdad. Íbamos a estar bien.

Entonces Mason volvió a hablar, su tono ligeramente apagado.

—Mamá, ¿el tío Dante es tu amigo? —preguntó con curiosidad.

Debería haber sabido que Mason no dejaría este tema tan fácilmente.

Dudé, sin saber cómo responder sin mentir. Lo último que Dante era para mí era un amigo, pero al mismo tiempo no quería que Mason lo viera como un enemigo. Al fin y al cabo, seguía siendo su padre.

—Es... un conocido —dije al fin.

Mason se movió en mi regazo.

—¿Qué es eso?

—Un conocido es alguien que conoces pero que no es tu amigo.

Pero incluso mientras hablaba, cuestionaba en silencio mis propias palabras. En el tiempo que habíamos pasado juntos, nunca había conocido realmente a Dante, ¿podía llamarlo siquiera un conocido?

—¿Por qué no es tu amigo? —preguntó y no pude responder.

No había forma de explicarle a mi hijo cómo su padre me había herido terriblemente en muchas ocasiones. Cómo me había destrozado el corazón y me había dejado rota. De ninguna manera.

Así que me quedé callada. Pero no sirvió para disuadir a Mason, que siguió acribillándome a preguntas como por qué Dante olía como yo y si vendría a visitarnos como Mia.

Basta decir que cuando llegué a la empresa de Fort al día siguiente, sabía que no tenía otra opción que cerrar el trato con él lo antes posible. Era la única forma de irme y evitar otros futuros encuentros peligrosos con Dante.

Fort estaba solo en la sala de conferencias a la que me condujo su secretaria.

—Señor Fort —saludé estrechándole la mano—. Me alegro mucho de que su agenda se haya abierto para esta reunión.

—Yo también —sonrió, las líneas de su sonrisa arrugándose con el movimiento—. Le pido disculpas por la abrupta conclusión de nuestra conversación en la gala.

Sacudí la cabeza. Si había alguien a quien culpar por cómo habían salido las cosas, era a mí.

—La culpa es toda mía, señor Fort. Debería haber esperado.

—Está bien —dijo amablemente, señalando el asiento contiguo al suyo—. Siéntese, por favor.

Tomé asiento.

—Así que, sobre nuestra asociación... —comencé.

—Por favor, espere, señorita Westfield —me interrumpió—. Todavía nos falta una parte. Un buen amigo mío que también está interesado en esta oportunidad facilitó la apertura de esta reunión.

Me puse nerviosa de inmediato. Sabía que la reunión se había convocado con poca antelación,

pero ¿qué era eso de otra parte? La propuesta de negocio que le había hecho era para nosotros dos.

—¿Un buen amigo suyo? —repetí, confusa.

Fort asintió enérgicamente.

—Sí, creo que lo conoce bien.

Sentí que se me encogía el estómago y la sospecha me oprimió el pecho. No podía ser...

—Espero no llegar tarde. —La voz despreocupada de Dante llegó desde justo detrás de mí, y me costó un mundo no girarme y mirarle.

Él era la persona que estábamos esperando. Por supuesto que lo era.

—En absoluto. Llegas justo a tiempo —repuso Fort levantándose para estrecharle la mano.

Dante no me miró mientras lo hacía ni cuando tomó asiento frente al mío, con Fort a la cabecera de la mesa.

No, actuó como si yo no existiera. Ojalá lo hubiera hecho cuando yo hablaba en la gala con Fort, pero no lo hizo.

Dante mantuvo una expresión distante en su rostro mientras destrozaba lenta y metódicamente el plan de negocios que yo había elaborado. Buscó los defectos más mínimos y los exageró con comentarios rápidos.

—Sin una alianza con Fort Enterprise, sus planes son irrelevantes —terminó cáusticamente.

Luché por contenerme.

—Sí, señor Orión, esa suele ser la premisa para una alianza. —Me volví para mirar a Fort—. Sus empresas ganarían con esta alianza, obteniendo beneficios de hasta...

—Fort no necesita esta alianza y, para ser sincero, yo tampoco —me interrumpió Dante reclinándose en su asiento, aquellos ojos grises burlándose de mí en silencio—. Es un trabajo mediocre, y admito que esperaba más de los aclamados Westfield.

No me pasó desapercibida la mirada que Fort nos dirigió a ambos, como si le sorprendiera la inquina de sus palabras. Por la Diosa, iba a matar a Dante Orion y esconder su cuerpo en un lugar donde nadie lo encontrara.

La reunión terminó con Fort diciéndome que se pondría en contacto conmigo para concertar una próxima cita. Bien podría haberme dicho que la alianza nunca ocurriría. Y todo por culpa de Dante.

Lo abordé en el pasillo desierto junto a la escalera.

—¿A qué estás jugando? —grité.

Dante me miró sin comprender.

—Sigues preguntándome eso cuando no estoy haciendo nada.

Era el gilipollas guapo más molesto que conocía. Énfasis en lo de gilipollas.

—No juegues conmigo, Dante —gruñí casi sin aliento por la ira—. Preparaste esta reunión sólo para aplastar todas mis oportunidades con Fort.

Los labios de Dante se curvaron en una sonrisa perversa. Fue un pequeño movimiento, pero en contra de mi sentido común, me quedé mirando la perfección de sus labios y la afilada mandíbula que enmarcaba su rostro.

—No puedes seguir culpándome de tu ineptitud, querida —replicó burlón y mi ira volvió con toda su fuerza.

—¿Mi ineptitud? —repliqué—. ¡Has sido tú quien no dejaba de rechazar mis ideas sin motivo alguno!

Dante se acercó a mí y sus ojos brillaron con humor perverso.

—Si fueras la mitad de creativa con tus ideas de lo que eres inventando excusas y guardando secretos, no necesitaría rechazarlas, Ivie.

Me quedé mirándolo con la boca abierta y luego cerrada. ¿Se trataba de eso?

No sospechaba que Mason fuera su hijo, sino que estaba enfadado porque yo había formado una familia con otra persona y se lo había ocultado.

Su mirada se posó en mis labios mientras se movían, y sentí una oleada de calor que me subía por las mejillas y me bajaba por el cuello.

Tragué con fuerza y Dante se acercó aún más a mí, como si percibiera mi... incomodidad ante su cercanía.

—Primero me entero de que tienes marido, luego te veo en una cita con mi primo y ahora tienes un hijo —continuó él con voz cada vez más grave—. ¿Cuántos secretos guardas para mí, Ivie?

—Eso no es asunto tuyo. No somos nada el uno para el otro —respondí, con la voz entrecortada por razones equivocadas.

No era consciente de cuándo mi ira se transformó en ese sentimiento que se estrechaba alrededor de mi estúpido corazón que se aceleraba con fuerza, mientras mi cuerpo ardía.

Odiaba a Dante, me recordé a mí misma. Él había arruinado la reunión para la que me había preparado concienzudamente. Era un gilipollas que me había hecho daño en el pasado y que no dudaría en volver a hacerlo.

Lo miré sin inmutarme.

—No tengo ninguna obligación de darte detalles sobre mi vida, Dante.

Sus facciones se tensaron.

—Estoy de acuerdo. No somos nada el uno para el otro, así que no esperes que sea blando contigo —replicó en un tono de voz que me hizo sentir escalofríos—. Si no sabes jugar duro, deberías irte a casa, señorita Westfield.

Este hombre era idiota. Estaba tratando de irme a casa, por eso tenía que cerrar este trato. Un trato que él estaba tan decidido a arruinar con su terquedad.

—Eso es mentira y lo sabes —afirmé, golpeando su pecho con mi dedo índice—. La única razón por la que estás haciendo esto es por mi cita con Jordan.

Dante cubrió mi mano con la suya antes de tirar de mí hacia él, tanto que literalmente me estampé contra su pecho.

—No —su voz se había convertido en un susurro que me erizó el vello—. Lo hago porque puedo.

De pronto no importó que estuviéramos en un pasillo donde alguien pudiera aparecer en cualquier momento y vernos.

La atracción primaria entre nosotros estalló y ardió y los centímetros que nos separaban parecían tan volátiles como si con un movimiento fuera a tomar la peor decisión de mi vida.

—Vete a la mierda, Dante.

Sentí más que oí su risita.

—¿No te gustaría? —preguntó, burlón. Su mano se posó detrás de mi cuello tirando de mi pelo e inclinando mi cabeza hacia atrás para que me encontrara con su mirada.

Su pulgar me acarició la suave piel de detrás de la oreja y su mirada se posó en mis labios. Me flaquearon las rodillas. Se inclinó hacia mí.

En el último momento, giré la cabeza hacia un lado para evitar su beso.

Dante me sujetaba el pelo con fuerza, casi hasta hacerme daño.

—Yo siempre juego para ganar, Ivie —murmuró—. No deberías haberte cruzado en mi camino.

Luego me soltó y se alejó. Yo, en cambio, no hubiera podido moverme, aunque hubiera querido. Me temblaban las piernas.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

Cuando salí del edificio, aún no tenía una respuesta. Envié a mi chófer a casa y cogí el coche para dar una vuelta por la ciudad y despejarme.

Necesitaba otra reunión con Fort sin la presencia de Dante o tendría que buscar otro inversor potencial.

Joder.

¿Cómo podía asegurarme de que Dante no se metiera con...

Ocurrió muy deprisa. En un momento estaba pasando a toda velocidad por un bosque a las afueras de la ciudad, y al siguiente, tras unas pequeñas explosiones, mi coche giraba sin control.

Intenté frenar, pero fue inútil. Me salí de la carretera y choqué contra un árbol.

El airbag se activó para amortiguar la mayor parte del impacto, pero la cabeza aún me daba

vueltas cuando empujé la puerta del coche y salí de entre el amasijo de hierros.

¿Qué habían sido esas explosiones que había oído justo antes de perder el control del coche?

Miré los neumáticos. Todos estaban pinchados. Alguien había disparado a mis neumáticos.

Me detuve y todos mis sentidos se pusieron en alerta al darme cuenta de que había demasiado silencio. El aire estaba demasiado quieto incluso para un lugar tan desolado.

Ignorando el agudo dolor de mi rodilla derecha, me puse en posición de combate.

Oí pasos sobre la suave hierba, y luego a mi lado.

Vinieron hacia mí desde todos los lados más rápido de lo que podría haber previsto. Eran cinco, todos vestidos de negro y enmascarados.

Enseguida vi que no eran humanos, sino sobrenaturales. Si Jordan no me hubiera enseñado a luchar como pago por salvarle la vida, podría haber muerto al primer ataque.

Me agaché rápidamente para evitar la daga que me apuntaba al cuello, pero recibí un corte en la parte posterior de la rodilla. Le di un puñetazo en la garganta al que tenía delante y me estiré para abrirle el cuello a otro.

Moviéndome por el espacio que había creado entre ellos, me coloqué en pie con las garras desnudas, desafiante, con mis atacantes frente a mí.

Uno menos, quedaban cuatro.

Podría con ellos si vinieran a por mí por separado. Tal vez. Pero si venían juntos, sería el final del juego para mí.

Tenía que terminar con esto antes de que eso ocurriera, tenía que...

Me tambaleé, sintiéndome mareada de repente. Me temblaban las manos y veía borroso. Los síntomas eran muy parecidos a los de la vez que me cortaron con una hoja de bálsamo de lobo en la manada Sombra.

El corte de antes. La hoja debía estar impregnada con acónito.

El miedo se apoderó de mí con fuerza y sin piedad. Las probabilidades ya estaban en mi contra, pero si el acónito actuaba tan rápido, no tardaría mucho en quedarme totalmente paralizada. Entonces sería un cara o cruz entre el veneno y los asesinos para ver qué me mataría más rápido.

Los asesinos debieron notar que vacilaba y empezaron a acercarse a mí.

En ese momento, a punto de morir, pensé en mi hijo, Mason. Pensé en Mia. Pensé en Jordan y en la forma en que lo había alejado. Y pensé en la última persona que creí que recordaría en ese momento, Dante.

Los asesinos se abalanzaron sobre mí a la vez y yo los repelí con toda la fuerza que mi maltrecho cuerpo pudo reunir.

No me rendiría sin luchar. Los herí, mordí y desgarré. Mi cuerpo temblaba con cada golpe que daba.

Me llevé por delante a dos más antes de estrellarme contra el asfalto seco de la carretera cuando uno de ellos me golpeó. Me dolía el costado y, cuando intenté levantarme, las piernas no me respondieron.

Uno de los ellos llegó a mi lado, amenazándome con la punta de su espada.

—Dime dónde está el he... —Sus palabras se cortaron bruscamente.

El asesino miró despacio hacia abajo, poco a poco entendiendo lo que había ocurrido al ver las garras que atravesaban su pecho.

Las garras se retrajeron, llevándose consigo el corazón del asesino y su cadáver cayó al suelo junto a mí.

Miré a mi salvador y, por alguna razón, se me partió un poco el corazón.

—Jordan.

CAPÍTULO 9



DANTE

Si hubiera permanecido en aquel pasillo con Ivie un momento más, habría perdido la batalla que había estado librando contra mis instintos de reclamarla de todas las formas posibles.

Y ella me lo habría permitido.

Lo vi en sus pupilas, tan dilatadas que parecían negras, en la forma en que sus dientes se clavaban en el labio inferior y en su respiración agitada.

Había acudido a la cita con Fort con la intención de enfrentarme a ella, pero no era consciente de hasta qué punto se había metido en mi cabeza.

Pisé el acelerador como si conduciendo lo suficientemente rápido pudiera dejar atrás aquellas perturbadoras emociones.

En ese mismo momento entró una llamada.

—Príncipe Orión, hay novedades sobre Ivie Westfield.

Había ordenado a un hombre seguirla poco después de nuestro encuentro en la cafetería con la intención de descubrir cualquier plan que ella pudiera tener que afectara a mi empresa.

Definitivamente no para evitar más citas entre ella y Jordan.

—Te escucho.

—Un coche sospechoso la estaba siguiendo hoy.

Me tensé, inmediatamente en alerta máxima.

—¿Has comprobado las matrículas?

—Sí. Era una placa falsa, príncipe Dante.

Me detuve a un lado de la carretera.

Ivie no me importaba. Un coche extraño siguiéndola no era asunto mío.

—¿Dónde está ella ahora? —pregunté. Donde fuera. Me daba igual.

—Acaba de salir de la oficina hacia su casa —hizo una pausa—. ¿Debo continuar siguiéndola, mi príncipe?

Me quedé mirando el equipo de música del coche un momento y luego lo encendí.

—No te preocupes, estoy más cerca. Lo comprobaré yo mismo.

Probablemente yo estaba exagerando. Eso fue lo que me dije mientras daba la vuelta con el coche hacia casa de Ivie que conocía tras un simple vistazo al informe del investigador.

Con cada kilómetro que pasaba sin que el coche de ella apareciera, se acentuaba la opresión que sentía en el pecho y me encontraba conduciendo aún más rápido.

El olor acre del humo fue lo primero que me llegó cuando me acerqué al bosque. Luego vi las llamas.

No fui consciente de cuando salí del coche.

El de Ivie estaba destrozado e incendiado, el olor de la sangre flotaba en el aire. Di otro paso adelante, sintiendo como si el mundo estuviera envuelto en una bruma ahumada.

Se me paró el corazón.

Ivie estaba en el suelo e incluso a esta distancia podía oler su sangre. Jordan la acunaba en sus brazos, de espaldas a mí y con el rostro de ella apoyado contra su pecho. El rumor de sus sollozos me destrozó.

—No pasa nada. Ya estoy aquí. —La voz tranquilizadora de Jordan me llegó con claridad. Tal vez fue porque éramos los únicos en el camino.

Los únicos vivos.

Los cuerpos destrozados de varias personas vestidas de negro de la cabeza a los pies estaban por todas partes.

Jordan, con todas sus dudosas intenciones, estaba allí para salvar a Ivie mientras yo le había fallado una vez más. Como le fallé la noche que la rechacé por Miranda.

Y hoy podría haberla perdido para siempre.

Intenté imaginar un mundo en el que cierta omega que me sacaba de quicio con facilidad y me plantaba cara no existiera. Pero no pude. No quería hacerlo.

Cuando vi a Jordan consolarla como yo nunca lo había hecho, cuando vi a Ivie ser vulnerable con como nunca lo sería conmigo porque yo había roto su confianza, me invadió una oleada de emociones: ira, celos y, sobre todo, arrepentimiento. En ese momento me di cuenta de que nunca la había odiado de verdad.

Odiaba a mis padres por dejar que su vínculo de apareamiento se pudriera. Pensé que eligiendo a mi propia pareja evitaría ese destino, pero lo único que conseguí fue herir a la única persona a la que debería haber protegido.

Mi compañera.

Jordan se puso en pie, levantando a Ivie entre sus brazos, ella con la cabeza todavía metida en su pecho. Mientras se dirigían hacia su coche Jordan me vio, aunque ella no, y me hizo un pequeño gesto a modo de saludo antes de alejarse.

Los vi marcharse y luego saqué el teléfono. Aiden contestó al primer timbrado.

—Quiero a mi equipo de seguridad de élite con Ivie Westfield ahora mismo —ordené—. Ella debe ser protegida.

Si a Aiden le sorprendió aquel repentino cambio en los acontecimientos, su voz no lo dejó traslucir.

—Sí, príncipe Orion.

Miré los cadáveres.

—Te enviaré una ubicación. Necesito un equipo de limpieza aquí —dije antes de terminar la llamada y luego caminé hacia los cuerpos.

Una vez que descubriera quién estaba detrás de este ataque, nada podría salvarlos. No tuve que llegar a los cuerpos para reconocer sus olores. Todos los atacantes de Ivie eran licántropos.

Mi propia gente había atacado a mi compañera. Mis garras se clavaron en mis palmas con tanta rabia que me hice sangre.

Tras una rápida inspección, constaté que no se trataba de ninguno de mis hombres.

Resultaba inquietante.

Había oído rumores de mercenarios Licántropos que actuaban al margen de la ley. Licántropos con un historial de delitos que, por el precio correcto, estaban dispuestos a casi cualquier cosa. Pensé que eran sólo rumores, pero con los cadáveres delante de mí, me vi obligado a aceptar que estaba equivocado.

¿Quién tenía el dinero y los incentivos para contratar mercenarios que atacaran a Ivie?

Mi primer sospechoso habría sido Jordan, pero él era quien la había salvado, así que eso lo descartaba. Mi otro sospechoso era uno en el que prefería no pensar.

Miranda.

Ella seguía recluida en palacio y, por lo que yo sabía, ignoraba que Ivie había vuelto. De haberlo sabido, se habría encarado conmigo por ello y habría culpado a Ivie de nuestra falta de intimidad. Además, por mucho que hubiera cambiado con respecto a la mujer de la que me había enamorado, no quería creer que fuera capaz de algo así.

Pero entonces recordé los Licántropos que había visto en la enfermería, heridos por la ira de Miranda. Antes habría pensado también que ella sería incapaz de hacer algo así.

Cuando regresé al palacio, tras la llegada del equipo de limpieza, Miranda pareció sorprenderse al verme.

—Dante —murmuró, levantándose de la cama, con su larga túnica flotando por el suelo de mármol.

En lugar de exigirme una explicación de por qué la había encerrado durante días sin ir a verla, me abrazó.

—Dijeran lo que dijeran, sabía que no me abandonarías. —Su voz era ligera y etérea—. Sabía que me creías.

Si resultara ser la que está detrás del ataque a Ivie, no la perdonaría.

Mis manos colgaban sin fuerza a los lados, pero Miranda no pareció darse cuenta y se apartó del abrazo lo suficiente para acariciarme la mejilla. Sus ojos azules brillaban con convicción, su voz suave y dulce.

—Nuestro amor trasciende todas esas mentiras. Nuestro amor es tan fuerte que ni la Diosa podría separarnos.

Se refería a cómo había rechazado a Ivie por su bien.

Acaricié mis mejillas, se inclinó para besarme y yo giré la cabeza hacia un lado. Su expresión se agrió y su voz tembló de rabia.

—No puedes seguir tratándome así, Dante —gritó.

Cubrí su mano en mi mejilla con la mía antes de retirarla de mi cara. Mi voz sonó más tranquila de lo que pensaba.

—¿Ordenaste el ataque a Ivie?

—¿Han atacado a Ivie? —Miranda frunció el ceño. Su confusión era evidente. Luego su expresión cambió—. ¿Ivie, tu antigua compañera? ¿Dónde está? —Su voz se endureció—. ¿Es ella la razón por la que no me tocas?

—¡Contesta la maldita pregunta, Miranda! —gruñí—. ¿Intentaste matarla?

Ella entreabrió los labios y, cuando por fin habló, su voz estaba envuelta en un halo de incredulidad.

—¿Me estás amenazando por ella?

Me miró de pies a cabeza como si se diera cuenta de algo doloroso.

—Dante, ¿qué es esto?

En el pasado, sus palabras me habrían conmovido. Habría reconsiderado mis acusaciones, buscado cualquier otra explicación para esto que no fuera que Miranda era culpable, pero eso hubiera sido antes de ver lo que ella podía hacer.

Le agarré por la muñeca con fuerza hasta que hizo una mueca de dolor y me miró aterrorizada.

—No te lo preguntaré de nuevo, Miranda.

—No intenté que mataran a tu preciosa compañera, Dante. He estado en esta habitación los dos últimos días, ¿recuerdas? —Su voz habría sonado feroz si el temblor no hubiera deformado algunas de sus palabras.

En ese momento debería haberla soltado, pero no lo hice. Pensé en Ivie, inerte en los brazos de Jordan, y no podía aflojar.

—Podrías haberlo ordenado. No me mientas, Miranda.

—Ni siquiera me estás escuchando, ¡Te he dicho que no fui yo! —gritó, y una lágrima cayó a su mejilla. Entonces se le quebró la voz—. Hubo un tiempo en que mi palabra habría sido suficiente para ti.

Miré aquellos ojos. O Miranda era una mentirosa patológica, o decía la verdad. La solté aún más preocupado. Si ella no lo había hecho, ¿quién había sido?

Se alejó de mí tan rápido que tropezó. Estiré la mano para sujetarla, pero ella me apartó el brazo de un manotazo.

—No me toques —escupió con odio.

Al recordar cómo me había comportado antes con ella, me sentí como un gilipollas.

—Miranda... —empecé, pero no me dejó terminar.

—La quieres.

Con todo lo que acababa de pasar, con su mirada clavada en la mía, no me atreví a mentirle. O al menos a mí mismo.

—Lo siento.

Sus ojos se cerraron, cayeron más lágrimas y se tambaleó como si estuviera a punto de caerse.

—Entiendo. —Miranda abrió los ojos, su voz sonó temblorosa y ronca—. Ella... ella es tu verdadera compañera y yo soy la mujer que ni siquiera pudo darte un heredero.

Antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que hacía, Miranda tiró de la horquilla de plata que llevaba en el pelo y se cortó el brazo derecho desde la muñeca hasta el codo. La plata no era tan letal para los Licántropos como para los lobos, pero inhibía nuestra curación y tal pérdida de sangre podía matar a un Licántropo.

Su mirada era tan hueca como sus palabras. La sangre le caía por el brazo hasta el suelo.

—Si muero, será más fácil para ti y tu compañera estar juntos.

Levantó la mano herida para acuchillarse la otra, pero le arranqué la horquilla de plata de la mano.

—¿Te has vuelto loca?! —gruñí enfadado.

Miranda me apartó de un empujón, o al menos lo intentó, pero se cayó, la túnica empapada en su sangre.

La cogí en brazos y llamé a los guardias de la puerta con la voz y a través del enlace mental.

—¡Traed a los médicos!

Más lágrimas corrieron por las mejillas de Miranda, pero ya no intentó resistirse. Me miraba fijamente con sus ojos azules enrojecidos.

—No importa cuánto daño me hagas, no puedo vivir sin ti, Dante.

La acuné entre mis brazos mientras los médicos entraban corriendo en nuestra habitación.

—Lo siento —murmuré, pero incluso cuando salieron de mí, las palabras me parecieron vacías.

Fui un terrible compañero para Ivie y Miranda. Sólo podía culparme a mí mismo de aquella situación.

* * *

Los sonidos de los niños jugando y gritando en el parque formaban una cacofonía que, de alguna manera, me tranquilizó. Me senté en un banco de la esquina a observar a los humanos vivir sus vidas. Miraba, pero no veía realmente, pues mi mente estaba consumida por mis pensamientos.

Aunque ya tenía la certeza de que mi apareamiento con Miranda no era más que una farsa, no podía dejarla. No con su frágil estado de salud física y emocional. Aunque Miranda seguiría recluida hasta que pudiera responder de las acusaciones que pesaban sobre ella, curarla era ahora la mayor prioridad.

Una pelota salió volando hacia mí, distrayéndome de mis pensamientos.

La cogí con un movimiento reflejo, mirando de dónde había salido.

Mason estaba de pie a varios metros de distancia, con una sonrisa traviesa en la cara.

—¡Tío Dante!

Desde su pelo oscuro con más ondas que rizos hasta su brillante sonrisa, se parecía más a Ivie que a su padre humano.

Yo había ido al parque porque Ivie estaba aquí, como me había informado mi equipo de seguridad, pero no tenía intención de acercarme a ella. Sólo quería comprobar por mí mismo que se estaba recuperando bien del ataque.

Dicho esto, me sorprendió que Mason me hubiera visto. Era un chico muy listo.

—Mason —le sonreí.

Él se balanceó sobre sus pies, mirando hacia otro lado mientras jugueteaba con sus pulgares.

—Se supone que no debo hablar con extraños.

Me encontré conteniendo una sonrisa al imaginarme a Ivie echándole la bronca por haberse hecho amigo mío.

Nunca pensé en ella de esa manera, como madre. Pero, de algún modo, sabía que lo haría genial. No quería pensar en su marido. No quería pensar en ella con nadie más, pero me di cuenta de que estaba agradecida de que al menos hubiera sido feliz con él.

Mason se dejó caer en el banco a mi lado y recuperó su sonrisa traviesa.

—Pero como ya te conozco, ya no eres un extraño —sonrió.

No pude evitar despeinarle.

—No estoy seguro de que tu madre esté de acuerdo con eso, Mason.

—Vale —suspiró, agachando la cabeza y actuando como si le hubiera dado una patada a su cachorro.

Luego me miró a través de sus rizos.

—Entonces... ¿quieres jugar?

Miré la pelota entre mis manos.

Era una mala idea. Ivie todavía estaba por aquí. Parecía haber ido a buscar algo dejando a Mason con su niñera, a la que en aquel momento no vi. Pero Ivi no aprobaría ningún tipo de juego con su hijo.

Mason sacó el labio inferior en un mohín tan bonito que debería haber sido ilegal.

—Sólo un partido —suplicó.

Oh, diablos. Un partido no podía ser malo.

No estaba seguro de cuáles eran las reglas del juego mientras Mason me placaba en cada oportunidad que se le presentaba y se proclamaba vencedor de cada ronda. De alguna manera, me descubrí sonriendo y riendo por primera vez en mucho tiempo.

¿Podría haber sido esta mi vida si hubiera sido mejor compañero de Ivie?

—Juguemos otra ronda —pidió Mason, no por primera vez, pero yo negué con la cabeza.

Un miembro de mi equipo de seguridad me acababa de informar de que Ivie ya estaba de camino al parque. Volví a revolverle el pelo.

—Tal vez en otro momento, Mason, tengo que trabajar.

Me miró fijamente un momento antes de hacerme una pregunta que nunca habría esperado.

—¿Por qué mamá y tú no sois amigos?

Porque, aunque no hubiera sido mi intención, había roto su corazón y su confianza. Porque era un idiota.

Me agaché a su altura y me encontré con su mirada curiosa.

—A veces, Mason, la gente hace daño a quienes quiere no porque tenga intención de hacerlo, sino por sus propios miedos.

Siempre temí tener una relación de pareja como la de mis padres, y mi miedo me había llevado a ser incluso peor que ellos.

Las cejas de Mason se juntaron en aparente confusión.

—¿Qué?

Sonreí.

—Ya nos veremos, Mason.

Salí del parque sintiéndome mucho más ligero que al llegar. Quizá por eso me quedé para ver a Ivie reunirse con Mason.

Llevaba el pelo castaño oscuro recogido en un moño desordenado y vestía una sencilla camiseta negra y un mono, y estaba preciosa.

Pero no estaba sola. Jordan iba a su lado sonriendo y riéndose de la interacción entre ella y Mason mientras el niño gesticulaba con las manos.

Parecían una familia. Una familia de verdad.

Los celos me pesaban en el pecho, pero los aplasté rápidamente. No tenía derecho a sentir celos de Ivie. Jordan tenía razón, la había rechazado. Ya no era mía.

Salí del parque hacia una cafetería cercana.

—Tomaré café solo.

—Enseguida. —La camarera me sonrió, sacó su bloc de notas y me dio su número de teléfono con un guiño.

La miré sin comprender mientras se alejaba. Luego volví a mirar por la ventana de cristal. Pero esta vez, Ivie estaba junto a Jordan y Mason no aparecía por ninguna parte.

Ambos parecían estar discutiendo.

Ivie giró bruscamente antes de entrar en el café. En cuanto entró, se detuvo y, aunque no me miró, supe que se había fijado en mí. Caminó en línea recta hacia la zona de reservados y, antes de darme cuenta de lo que hacía, me levanté y fui tras ella. Ella tardó unos segundos en darse cuenta de que la había seguido.

Se volvió hacia mí, con la rabia dibujada en su hermoso rostro.

—Tú... —comenzó, pero sus palabras se detuvieron en seco cuando me incliné hacia ella y la besé.

CAPÍTULO 10



IVIE

—**P**erdona, ¿qué acabas de decir?

Mia me miró con cara de desconcierto.

—¿Qué tuviste suerte de que Jordan estuviera allí para salvarte?

Sacudí la cabeza.

—No. Después de eso.

—Oh. — Mia se removió en su silla; parecía un poco incómoda—. He dicho que Jordan está oficialmente en la carrera para gobernar el Reino Licántropo.

Había venido a visitarme después de enterarse de que me habían atacado.

Pensé que su consuelo sería como una manta reconfortante, pero oír hablar de los sucesos actuales en la corte de los Licántropos fue suficiente para ponerme aún más nerviosa. Mi cabeza no dejaba de pensar en las implicaciones que conllevaría la ascensión al trono de Jordan.

—Pero Dante es el heredero legítimo. ¿Cómo es posible? —pregunté, confundida—. ¿No causará eso muchos problemas políticos?

Mia se encogió de hombros.

—El trono ha estado vacante durante dos años, Ivie. La expresión problemas políticos no empieza siquiera a describir lo que está ocurriendo. El trono Licántropo necesita un heredero y Dante no lo tiene.

Su mirada se perdió a lo lejos

—Después de cientos de años de gobierno, el trono podría dejar la línea de Dante, nunca ha habido una mayor oportunidad para una toma de poder —continuó, pensativa—. Demonios, incluso podría haber una revolución.

Negó con la cabeza, y forzó una pequeña sonrisa en sus labios mientras su mirada se centraba de nuevo en mí.

—Por fortuna, eso significa que Dante tiene mayores problemas que resolver que meterse contigo ahora mismo.

No pude devolverle la sonrisa.

De pronto, mi mente volvió al momento en el que estaba medio desmayada por el acónito que tenía en el cuerpo. Jordan acababa de meterme en su coche y, con la cabeza ladeada, vi a Dante por el retrovisor. Tenía la mirada fija en el coche y las mejillas húmedas por las lágrimas.

Así fue como supe que era una alucinación como efecto secundario del acónito y de la estúpida decepción que sentí porque Dante no fue quien me salvó.

Él no lloró cuando los médicos anunciaron la inevitable muerte de su padre. Si soy sincera, dudaba que alguna vez llorara por verme sufrir.

Y lo más importante, no vino a salvarme. Seguro que pensó algo como «hasta nunca». Sin embargo, la imagen seguía atormentándome.

Me sentía asqueada de mí misma. ¿Cómo podía querer tanto a alguien que me había hecho tanto daño, hasta el punto de hacerlo aparecer en mis visiones?

Intenté no pensar demasiado en ello. Tenía problemas más importantes. Alguien intentaba matarme y cada vez que salía de casa, aunque fuera un segundo, sentía que me vigilaban. Sabía que era paranoia provocada por el ataque, pero no podía evitarlo.

Y ahora, con las palabras de Mia resonando en mi cabeza, la posibilidad de que hiciera bien en tener miedo parecía cada vez mayor.

—Mia, ¿y si alguien se entera? —De pronto sentí la garganta seca y tragué con esfuerzo—. ¿Y si alguien descubriera lo de Mason?

Los ojos de Mia se abrieron de par en par.

—Creas que el ataque fue...

Asentí repasando todo el incidente en mi cabeza de nuevo.

—Eran Licántropos, Mia —repuse y sentí que me faltaba el aire—. Si alguien que quería a Jordan en el poder se enteró de Mace...

Mason sería visto como un obstáculo para el ascenso de Jordan.

Al principio, después de que desapareciera la adrenalina tras el ataque y se curaran mis heridas, mi primera sospechosa fue Miranda, sobre todo después de su inquietante amenaza en la cafetería, pero después de pensarlo, algo no cuadraba.

Los asesinos podrían haber puesto una bomba en mi coche en lugar de limitarse a disparar a las ruedas y acabar conmigo después. Y el último asesino que mató Jordan estaba a punto de preguntarme algo antes de morir. ¿Dónde estaba qué exactamente? ¿Qué quería?

No estaba segura de lo que estaba pasando, pero sabía que implicaba algo más grande de lo que parecía.

—Encontraré a quien está detrás del ataque.

Era la segunda vez que Jordan decía aquello, y no me pareció menos irritante que la primera.

Sophia ya estaba de camino a casa con Mason y el nuevo guardaespaldas que había contratado. Pero me sentía de todo menos relajada.

—Puedo hacerlo yo sola —repliqué.

—¡Casi mueres, Ivie! —rebatí él, alzando la voz y llamando la atención de los humanos a nuestro alrededor antes de bajarla—. Si yo no hubiera estado allí...

No terminó la frase, pero no era necesario que lo hiciera. Ambos sabíamos exactamente lo que habría ocurrido. No podría olvidarlo, aunque lo intentara. Nunca olvidaría el pánico absoluto en ese momento en que pensé que estaba acabada. El miedo que me consumía de no estar ahí para Mason. La seguridad de que nunca volvería a ver a mis seres queridos.

Y entonces Jordan me salvó por los pelos y me sostuvo mientras me derrumbaba, a pesar de que le había dejado plantado en la cafetería.

Lo miré fijamente

—Ya estoy bien, Jordan —asegué en voz baja.

En aquel instante, al ver la emoción en sus ojos marrones me di cuenta de que los celos y las acusaciones de Dante quizá no fueran tan infundados después de todo.

Jordan me miró como si incluso la idea de que yo estuviera remotamente en peligro le enfureciera. No estaba segura de cómo me sentía al respecto.

—Entiendo que estés preocupado por mí, Jordan, pero tienes que entender que este problema es mío, no tuyo, y yo debo resolverlo.

Sabía que quería ayudarme y que probablemente podría, pero lo cierto era que no podía confiar en él del todo cuando estaba en la línea de sucesión al trono.

Te salvó la vida, me recordó Diana. La ignoré.

Jordan tomó mi mano entre las suyas. Su mirada era tierna.

—Soy un Licántropo de la realeza, Ivie. Hay cosas que puedo hacer que no están a tu alcance.

Lo sabía.

Solté mi mano de entre las suyas.

—No necesito más atención sobre mí, Jordan. Además, es posible que haya sido un ataque por error —afirmé, aunque no lo creía.

—Ivie, por favor...— insistió, pero yo me limité a negar con la cabeza.

—Necesito un minuto —dije apartándome de él—. Hablaremos de esto más tarde.

Me excusé y entré en una cafetería cercana para estar a solas un rato.

Tal vez estaba siendo demasiado cautelosa e incluso un poco testaruda al rechazar su ayuda cuando no había sido más que un buen amigo para mí, pero ¿y si...?

El olor de Dante me golpeó en cuanto entré en la cafetería y me puse rígida.

Diosa, ¿cuáles eran las probabilidades de que él estuviera allí justo ahora?

Caminé deprisa hacia los reservados. Tal vez si me movía lo bastante rápido, Dante no se fijaría en mí. Lo último que necesitaba ahora era que él me atormentara.

Acababa de entrar en el reservado cuando sentí su presencia justo detrás de mí. Era demasiado bueno esperar que no se hubiera dado cuenta. Me volví hacia él.

—Tú...

Dante ni siquiera me dejó terminar antes de posar sus labios sobre los míos. Ojalá hubiera podido decir que besar a Dante no me hizo sentir nada, que la cálida presión de sus labios sobre los míos no encendió una llama de deseo en mi interior. Que no estaba deseando enterrar mis dedos en su cabello, apretar mi cuerpo contra el suyo y...

Lo aparté de mí. Me sentía demasiado nerviosa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espeté.

Su expresión no cambió, pero de repente parecía... más frío.

—No tienes permitido tener citas con Jordan —gruñó—. Pensé que lo había dejado claro en nuestro último encuentro.

Me quedé boquiabierta. ¿Acaso nos había visto fuera del café?

—¿Sigues con eso? —repliqué desconcertada. Un segundo después la ira sustituyó a mi desconcierto—. Ya te dije que tú no dictas mi vida.

Dante apretó la mandíbula.

—¿Así que tendrías una cita con él sólo para fastidiarme? —gruñó.

Puse los ojos en blanco. ¿En serio había olvidado tan rápido nuestro encuentro con Fort?

—Igual que tú sabotearías mi trato de negocios sólo para llegar hasta mí —repliqué y lo empujé hacia un lado para poder irme.

Pero lo hice con tanta fuerza que perdí el equilibrio y me tambaleé un poco, hasta que los brazos de Dante me rodearon la parte baja de la espalda y me estabilizaron.

Me miró a los ojos con descaro. Sólo me miraba, pero el corazón ya se me aceleraba en el pecho, una sensación que me recordaba a cómo me sentí cuando pensé que esos asesinos me matarían. ¿Estaban volviendo mis sentimientos por Dante?

No. No. Eso no podía ocurrir.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con expresión preocupada.

Parpadeé, desconcertada.

Dante aflojó la presión de sus manos sobre mi cuerpo, que se volvió casi imperceptible.

—No deberías salir tan pronto después de lo ocurrido —continuó con brusquedad—. ¿Dónde está Mason? Te llevaré a casa para que descanses.

El corazón me dio un vuelco.

Después de lo ocurrido, había dicho. A él no se lo había contado, así que si lo sabía...

—Estuviste realmente allí —murmure, dejando que mis palabras traslucieran mi incredulidad.

Él estaba allí. Había ido a salvarme. Había llorado.

Dante me soltó de inmediato y una máscara de indiferencia cubrió su rostro mientras retrocedía.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —repuso desviando la mirada.

Di un paso hacia él.

—Yo...

Lo que fuera que iba a decir se perdió en ese momento, cuando Jordan entró.

—Ivie... —comenzó. Se detuvo al ver a Dante.

La situación no podría haber sido más incómoda aunque me lo hubiera propuesto.

Dante miró a Jordan y luego a mí. Después se dio la vuelta y se marchó sin decir nada más.

Jordan no me preguntó por él. De hecho, actuó como si no acabara de irse. Por el contrario, se centró en tratar de convencerme de que aceptara su ayuda. Pero lo que él no entendía era que mientras veía alejarse a Dante, con mi estúpido corazón sintiendo más de lo debido, tomé una decisión.

Ya no importaba por qué me habían atacado. Volvería a casa con Mason. No valía la pena arriesgar la vida de mi hijo por ningún negocio. Tan sólo necesitaba rescindir mi contrato con Everson, que era prácticamente nulo ahora que renunciaba a asegurar un acuerdo con Fort.

—¿Quieres lograr una oferta más alta? —miré fijamente al lobo sentado frente a mí que esbozaba una inquietante sonrisa en la cara—. Pensé que te preocupaba que no yo no lograra cerrar el trato con Fort.

Durante nuestra última reunión en la que habíamos decidido nuestros porcentajes, Everson Thorne había dejado más que claras sus dudas sobre mi capacidad para ganarme a Fort. ¿Qué había cambiado desde entonces?

Cuando se lo pregunté se encogió de hombros con indiferencia. Demasiada.

—Eso fue cuando Orion todavía estaba en juego —respondió con acritud—. Ahora, las cosas son... diferentes.

Enarqué una ceja.

—¿Qué te hace pensar que Orino no interferirá ahora?

La mirada afilada de Everson se cruzó con la mía mientras respondía.

—Digamos que sé de buena tinta que pronto no será un problema para ninguno de los dos.

De repente sentí un escalofrío. Everson era uno de los lobos con más contactos de la ciudad,

sobre todo porque tenía negocios en todas partes, siempre que fueran rentables para él. Y, naturalmente, tenía una legión de informadores muy precisa.

Sus palabras me inquietaron. Quizá porque, aunque yo sabía que podía referirse al inminente destronamiento de Dante, el tono que utilizó dejaba entrever que era algo más.

—No es que desconfíe de tu autoridad, Thorne, pero Orion es un príncipe Licántropo, no será fácil lograrlo —repuse, evasiva.

—Los príncipes mueren como los demás —replicó con naturalidad antes de ponerse en pie—. Pensé que tú, más que nadie, estarías interesada en sacar provecho de esto, pero si no es así, me llevaré mi negocio a otra parte, Westfield.

Inclinó la cabeza en un gesto burlón antes de salir, pero mi mente ya iba a toda velocidad.

¿Los príncipes mueren como los demás? ¿Significaba eso que la suposición de Mia sobre una posible rebelión podría ser cierta?

Salí de su despacho a toda prisa sin saber exactamente dónde iba. Sólo caminé sabiendo que tenía que alejarme de allí.

Fue entonces cuando me fijé en el sedán negro.

Desde que me atacaron, me había vuelto más que precavida. Podría haber sido sólo un coche nuevo de uno de mis empleados, pero mi instinto me decía que no era así.

Entré en mi coche y envié un mensaje a Sophia para que preparara a Mason. Nos íbamos ya.

Pero antes tenía que hacer una cosa.

Aceleré y tomé una ruta más aislada que me condujo a un callejón sin salida, y como sospechaba, el sedán me siguió.

Cogí el volante con una mano y con la otra me até la pistola y el taser al cuerpo antes de dar un volantazo y bloquear la salida del sedán.

Sabía que mis garras y mi entrenamiento bastaban para derrotar a cualquier atacante normal que se me echara encima, pero si eran tantos como la última vez e intentaban algún tipo de artimaña, no me pillarían desprevenida.

Salí de mi coche, con el seguro de la pistola quitado.

—Sal del coche —ordené en un tono más fuerte de lo que pretendía.

La berlina permaneció cerrada.

Levanté mi arma y disparé dos veces al parabrisas del lado del conductor del coche.

—Sal ahora o seguiré disparando.

La puerta del sedán se abrió.

* * *

—Señora, no puede ver al señor Orion sin una cita. Señora...

Ignoré a la secretaria humana, la aparté de mi camino y entré sin llamar en el despacho de Dante. Él levantó la vista de la pila de papeles que tenía delante y un varón Licántropo a su lado se detuvo cuando estaba a punto de entregarle un expediente.

—Déjanos, Lucile —pidió Dante en voz baja, sin dejar de mirarme—. Tú también, Aiden.

Nos quedamos solos en su despacho.

—Me voy hoy —anuncié.

El asombro recorrió su rostro mientras se erguía en su asiento.

—¿Qué?

—Has ganado. —Me encogí de hombros—. Me voy de tu ciudad, tal y como querías. Volver fue un error.

Acudir a su despacho había sido un error mayor. ¿Qué esperaba conseguir? Me di la vuelta para marcharme, pero Dante me cogió de la muñeca y sentí que se acercaba por detrás.

—Me equivoqué, Ivie... No quiero que te vayas —susurró en mi oído.

Todo mi cuerpo tembló, mi respiración se aceleró y cerré los ojos. La reacción visceral no era sólo de mi loba, Diana, y los fragmentos de nuestro vínculo de pareja. Era mía. Totalmente.

Las manos de Dante rodearon mi cintura abrazándome por detrás. Hundió su cara en mi nuca y sentí su aliento recorriendo mi piel.

Permanecemos así por unos instantes, Abrazados sin estarlo realmente. Entonces Dante habló y su voz rompió el frágil hechizo.

—Ivie, yo... —musitó, su voz sorprendentemente vulnerable.

Me separé de su abrazo y me giré hacia él. Pensé en el hombre del sedán, al parecer parte de la guardia de élite de Dante, que él había enviado para protegerme y sentí un montón de preguntas acumularse en mi garganta.

¿Por qué me pusiste guardias para protegerme? ¿Por qué lloraste aquel día? ¿Por qué haces todo esto cuando realmente no te importo? ¿Y por qué me haces sentir así?

Pero esas preguntas nunca salieron de mis labios.

—Ten cuidado, hay rebeldes conspirando contra ti —dije en su lugar.

Dante no pareció sorprendido, ni siquiera molesto. Se limitó a levantar la mano.

—Deberías alegrarte por eso —su pulgar acarició mi mejilla—. Deberías odiarme por todo lo que te he hecho, con razón.

Creía que sí. Pero ahora ya no estaba segura. Sin embargo, nada de eso importaba ahora. La seguridad de Mason era lo primero.

—Dante, suéltame—pedí.

Aquellos ojos grises se nublaron y por un momento pensé que no haría caso de lo que le pedía.

Por un momento, quise que ignorara mi petición.

Pero él dio un paso atrás y apartó la mano de mi cara.

—Adiós, Ivie.

¿Era angustia lo que oía en su voz o me estaba engañando otra vez?

—No necesito tus guardias ni tu protección. —Lo fulminé con la mirada—. Espero no volver a verte, Dante.

Con eso, salí de su despacho.

En el momento en que la puerta del coche se cerró tras de mí, rompí a llorar.

Diosa, ¿cómo podía ser tan estúpida como para conmoverme con las palabras de Dante? Era una persona terrible, y unas cuantas buenas acciones no podían borrar los años de dolor que me había hecho pasar.

Además, estaba emparejado con la mujer que había elegido sobre mí. Debería ser feliz así.

Mason estaba esperándome fuera cuando llegué a nuestra casa. Parpadeó con esos preciosos ojos grises tan parecidos a los de Dante.

—Mamá, ¿adónde vamos?

Intenté sonreír, pero no pude.

—Volvemos a casa, Mace.

Miré a Sophia, que me había ayudado a meter en el coche el poco equipaje que llevábamos.

—Gracias por toda tu ayuda, Sophia, por favor, dale recuerdos a Mia.

Había pensado en enviarle un mensaje a Mia cuando estuviera en la carretera y demasiado lejos para que intentara detenerme.

Sophia hizo una leve reverencia.

—Ha sido un honor, señora.

Le puse el cinturón a Mason y entré en el coche.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó él. Demasiado perceptivo para su propio bien, incluso a una edad tan temprana.

Sacudí la cabeza.

—Todavía no, pero muy pronto, cariño, muy pronto.

Mason puso su mano sobre la mía en la palanca de cambios que había entre nosotros y me dio dos palmaditas.

—Todo va a salir bien —aseguró sabiamente, y contuve una sonrisa.

Pensé que sería yo quien le consolaría en este viaje, y no al revés.

—Gracias, Mace.

Nos llevaría algún tiempo, pero íbamos a estar bien. Tal vez incluso podríamos...

La carretera estaba bloqueada por un todoterreno negro. Llámalo corazonada, pero no creía que este coche perteneciera a uno de los hombres de Dante. Comencé a girar el volante, pero otro todoterreno venía justo detrás de mí.

Joder.

Pensé que tendríamos tiempo suficiente para escapar sin que nos tendieran una emboscada. Yo seguía armada hasta los dientes con balas de plata, así como con un par de dagas de plata portátiles, pero Mason estaba a mi lado.

No podía luchar contra ellos de frente. No sin poner en peligro la vida de Mason.

Entonces, los asesinos empezaron a salir de los dos todoterrenos. Perdí la cuenta al llegar a diez.

—Ivie Westfield, no puedes vencernos a todos —afirmó el que iba delante del grupo que se había formado frente a mi coche—. Entréganos al niño y te dejaremos vivir.

Mason me miró con ojos muy abiertos y confusos, y mi instinto protector actuó por encima de mi miedo.

Ni loca les iba a entregar a mi hijo.

—Agárrate fuerte, Mace —advertí, y luego pisé el acelerador a fondo, directa hacia los asesinos que había en la carretera delante de mí.

Atropellé a dos, los demás saltaron fuera del camino antes de que el coche los alcanzara. El todoterreno seguía bloqueando la carretera delante de mí, y no estaba segura de poder empujarlo fuera de la calzada sin destrozar mi coche y posiblemente herir a Mason en el proceso.

Giré para enfrentarme al grupo de asesinos que aún seguía en pie. Todavía eran demasiados. No podía acabar con todos.

En ese momento me arrepentí de haber rechazado la ayuda de Jordan y de haberle pedido a Dante que me quitara la protección de sus hombres.

Necesitaba un milagro. Sólo uno.

Todo sucedió muy rápido.

Los asesinos se dirigían hacia mi coche cuando de pronto los atacó un grupo de Licántropos totalmente transformados.

Desabroché el cinturón de seguridad de Mason y lo cogí en brazos, colocando su cara contra mi pecho para ocultarlo del horror que se desplegaba frente a nosotros.

La batalla fue feroz y rápida, con miembros amputados y sangre por todas partes. Algunos de mis atacantes también se transformaron en Licántropos, mientras que otros se dieron a la fuga.

Mason empezó a sollozar en silencio contra mi pecho y por más que intenté calmarlo, las lágrimas no cesaban.

Los asesinos que quedaban en pie fueron rápidamente abatidos, pero yo estaba tan absorta presenciando la lucha, al tiempo que intentaba que Mason se calmara, que cuando oí que llamaban a mi ventana, di un respingo.

Miré por la ventana y allí estaba Jordan.

Abrí la puerta.

Jordan se agachó hasta la ventanilla.

—¿Estás bien? ¿Mason está bien? —preguntó.

Sus ojos reflejaban preocupación mientras comprobaba si Mason o yo estábamos heridos. Sacudí la cabeza, luchando contra las lágrimas por segunda vez aquel día.

—Estamos bien. Gracias. —Se me quebró la voz—. Y lo siento.

Jordan soltó un suspiro y sus ojos marrones se cerraron por un segundo antes de volver a centrarse en mí.

—Ivie. —Su voz era suave y calmada—. ¿Quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO 11



DANTE

—**H**an intentado atacar a Ivie de nuevo.

Al oír aquellas palabras, una doble descarga de conmoción y arrepentimiento recorrió mis venas. Ivie merecía tener una buena vida sin que yo ni nadie se la arruinara.

Por eso la dejé salir de mi despacho reprimiendo mis bajos instintos, que querían encadenarla a mi mesa. Después ordené a mis hombres que la dejaran de seguir, excepto a uno de ellos, al que pedí que me informara de cuando ella abandonaba los límites de la ciudad.

Pero nunca salió y cuando me llegó la noticia de su ataque, me culpé a mí mismo.

Nunca debí dejarla marchar.

—¿Cómo está? —Mi voz fue apenas audible, apagada por el gruñido que subía por mi garganta.

—Ella está bien y han vuelto a su casa.

Cerré los ojos con un suspiro de alivio. Ivie estaba bien. Estaba a salvo.

—Quédate con ella en todo momento. Enviaré al resto del equipo para que te acompañe —ordené, pero no me parecía suficiente. En absoluto.

Quería encontrar a quienquiera que estuviera detrás de los ataques y arrancarle la cabeza con mis propias manos. Más que eso, quería ver a Ivie, tenerla en mis brazos y comprobar cada centímetro de su cuerpo para asegurarme de que estaba bien, pero era imposible.

No sólo porque Ivie nunca me dejaría abrazarla así, sino porque yo había acudido a palacio a enmendar otro error que había cometido.

Había decidido liberar a Miranda de su aislamiento siempre y cuando estuviera dispuesta a resarcir a las víctimas de su ira mal dirigida. Al igual que a Ivie, yo también le había hecho daño, y eso era lo menos que podía hacer para compensarla.

Alargué la mano para abrir la puerta de nuestra habitación, pero me detuve al oír la voz de Miranda.

—¿Cómo que se ha vuelto a escapar? —gruñó, furiosa, y el estruendo de la cerámica al romperse llenó el aire.

Hubo una ligera pausa antes de que siguiera gritando, cada vez más enfurecida.

—¿Se supone que sois uno de los mejores grupos de mercenarios, pero no podéis matar a una estúpida omega?! —aulló.

Me quedé paralizado por un instante, hasta que lo comprendí.

Una omega. Ivie.

¿Miranda estaba detrás de los atentados?

—Me importa un carajo quién la proteja. —continuó. Había bajado un poco la voz, pero sonaba igual de letal—. Pronto seré coronada reina Licántropa y si Ivie no está muerta en las próximas veinticuatro horas, haré que te ejecuten a ti y a tu lamentable parodia de mercenarios.

Miranda estaba detrás de los ataques a Ivie. Por supuesto que lo estaba.

Había mentido, fingido sus lágrimas e incluso intentado suicidarse sólo para desviar mi atención de la verdad y yo, como un tonto, había caído en la trampa.

Abrí la puerta y entré en la habitación.

Miranda dio un respingo, sus ojos azules se abrieron de par en par por la sorpresa, y luego sonrió como si no ocurriera nada.

—Dante, pensé que todavía estabas en el trabajo.

Su voz era ligera y etérea, como si un momento antes no hubiera ordenado la muerte de Ivie. Dio un paso hacia mí. Al mirarla, una conocida calma mortal me invadió.

—Me mentiste —mascullé entre dientes.

Miranda se detuvo en seco y cambió de expresión al darse cuenta de que yo había oído su conversación.

—Dante, no es lo que piensas, yo... —comenzó, pero no la dejé terminar.

—Intentaste matar a Ivie. Dos veces. —Mi voz fría contrastaba con el alboroto de emociones que hervía dentro de mí.

Hubo un tiempo en que creí que lo sabía todo sobre ella. Ahora me daba cuenta de que nunca la había conocido.

A Miranda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tenía miedo —tartamudeó—. Pensé que me dejarías por ella.

Se arrodilló y se agarró a mi tobillo antes de mirarme.

—Pero me equivoqué, Dante —afirmó, moviendo la cabeza de un lado a otro con insistencia. —Suspenderé el ataque a Ivie. Voy a...

—Nos vamos a divorciar —la interrumpí.

Parpadeó sin comprender y sus manos se apartaron de mí. No debería haberse sorprendido tanto. No éramos compañeros predestinados. Por eso, en lugar de rechazarla, nuestra relación de apareamiento sólo podía anularse mediante un proceso burocrático, un divorcio.

Me aparté de ella y me dirigí hacia la puerta.

Miranda se levantó y corrió tras de mí. Se aferró a mi camisa con desesperación.

—Dante, no puedes hacerme esto —suplicó.

La miré por encima del hombro, apenas capaz de reprimir mis instintos de ejecutar a la persona que se había atrevido a intentar matar a mi compañera.

—La única razón por la que sigues viva es el recuerdo del amor que una vez compartimos —gruñí.

Salí de nuestra habitación antes de perder el poco control sobre mí que me quedaba.

Nuestro amor. Ahora me preguntaba cuánto de eso también había sido mentira.

—No debes, mi príncipe —se espantó el anciano Frey cuando le pedí que tramitara mi divorcio—. Divorciarte ahora de tu compañera equivaldría a renunciar a tu derecho al trono.

No me inmuté, aunque sabía que tenía razón. Sin pareja, ni siquiera una posible pareja, en el momento en que Jordan apareciera con una compañera embarazada, podría despedirme del trono.

Pero seguir unido a Miranda un segundo más era una idea tan repugnante que no podía soportarla.

—No continuaré con un engaño sólo para mantener mi pretensión al trono —repuse.

El anciano Frey me cogió la mano en un gesto de preocupación paternal sin que parecieran importarle las manchas de sangre de los puños de mi camisa.

—Dante, la corte Licántropa ya tiene bastantes preocupaciones después de tu último apareamiento fallido. —Las arrugas en las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas cuando frunció el ceño—. Parecerás un líder inestable tanto para los miembros del consejo como para el pueblo.

Como si necesitara más ayuda para parecerlo. Con todos los excesos de Miranda en los últimos años, que probablemente eran mucho peores de lo que yo sabía y mi incapacidad para tener un heredero con dos compañeras, ya estaba en desventaja. Este sería el último clavo en mi ataúd.

Pero no me importaba.

—He tomado mi decisión, Anciano.

Antes de llegar a la sala de recepción, Aiden estaba ya a mi lado para informarme de que se habían ocupado de los cuerpos.

Rastreando las últimas llamadas de Miranda, fue fácil acabar con el grupo de asesinos a su servicio. A partir de ahora, no habría más intentos de asesinato contra Ivie.

Los ejecuté a todos yo mismo. Si a Miranda se le ocurría reclutar a otro grupo de asesinos para intentarlo de nuevo, le costaría encontrar a quienes aceptaran su oferta. Y aunque lo hiciera, no podría permitírselos, porque yo había congelado todos sus fondos.

Entré en la sala de recepción donde se había reunido la corte con los miembros del consejo. A

pesar de no haber sido coronado rey de Los Licántropos, como único hijo del último rey y actual heredero, tenía el deber de estar allí al menos dos veces por semana.

En aquellas sesiones escuchábamos las quejas que requerían la experiencia del consejo para ser resueltas.

Tomé asiento sin hacer caso de las miradas de reproche del consejo por mi retraso. Apenas presté atención a lo que se estaba hablando, porque mi mente estaba concentrada en Ivie. ¿Estaría bien? También me preguntaba cómo estaría mi amiguito Mason.

Mi necesidad de verla crecía a cada momento. Tal vez ahora, apunto de divorciarme de Miranda, había esperanza de que pudiéramos...

No.

No podía ser. No merecía a Ivie. No después de todo lo que le había hecho.

Lo bueno sería dejarla ir. Dejarla ser feliz. Pero yo no era un buen hombre.

Levanté la mirada intentando centrarme en la queja que se estaba discutiendo, pero lo único que escuché fue un silencio ensordecedor y lo único que vi era a Ivie.

Ivie, convocada por mis deseos más profundos y mis anhelos más oscuros. Sabía que sólo podía ser un sueño, pero no pude evitar aceptarlo como real.

Ella, con unos sencillos pantalones y camisa negros y el pelo castaño oscuro recogido en una elegante coleta que resaltaba sus hermosos rasgos simétricos, estaba impresionante. Su piel pálida como el alabastro, sus cejas delicadas y sus pómulos altos que conducían a esos labios rosa pálido en forma de arco de cupido que yo quería besar una y otra vez.

Era tan impresionante... ¿Cómo no me había dado cuenta en el tiempo que pasamos juntos?

Aquellos ojos verde esmeralda se clavaron en mí un instante antes de apartarse e ignorarme en cuestión de segundos.

Fruncí el ceño. ¿También Ivie me detestaba en mis fantasías?

Roto el hilo de mis pensamientos, los murmullos que surgían del resto de los miembros de la corte a mi alrededor llegaron a mis oídos.

—Antigua princesa...

—Pensé que había sido desterrada de la corte...

—¿Ha vuelto?

Los miembros del tribunal también miraban fijamente a Ivie. Pero si podían verla entonces...

Ivie estaba realmente aquí. Ella estaba en la corte Licántropa.

Mientras me esforzaba por procesar la imposibilidad que tenía ante mí, Jordan apareció de la nada y se puso junto a ella. Todo el tribunal se quedó en silencio, como si también ellos pudieran sentir el repentino cambio en el aire.

—Ivie Westfield y yo hemos venido a anunciar nuestro compromiso en la corte y a iniciar los ritos ancestrales según nuestras tradiciones —anunció Jordan, entrelazando su mano con la de ella.

El caos descendió en la sala de recepción y mi mundo desapareció bajo mis pies.

«Esto no puede estar pasando», pensé.

Pero estaba ocurriendo.

Ivie no refutó las afirmaciones de Jordan. No se encogió de hombros. Ni siquiera me miró.

Los Ancianos, a pesar de su deseo de que Jordán se aparease lo antes posible para que pudiera tener un heredero, parecían preocupados por su elección de pareja.

—Esta situación no tiene precedentes... —comenzó el anciano Paul, intercambiando miradas con el resto de ellos.

—La elección de mi compañera queda a mi entera discreción —interrumpió Jordan un tono firme e inflexible.

Mientras tanto, Ivie permanecía a su lado, cogiéndole la mano en silencio. Yo casi suplicaba en mi corazón que lo hiciera, pero ella seguía sin negar las palabras de Jordan.

El anciano Hardt fue el primero en romper el silencio.

—Muy bien —decidió, imperturbable con todo lo que estaba pasando—. El consejo acepta tu elección y da refugio a tu futura compañera a la espera de que se complete vuestro vínculo de apareamiento.

Según la tradición de la realeza Licántropa, la toma de pareja requería ceremonias consecutivas que conducían a la ceremonia final de apareamiento.

Mis dos apareamientos habían sido únicos, ya que la antigua manada de Ivie necesitaba que nuestra ceremonia de apareamiento se celebrara inmediatamente para evitar que se convirtiera en una reproductora, mientras que Miranda ya estaba embarazada de mi heredero, de ahí mi falta de adhesión a los ritos habituales.

Según estos, el miembro de la realeza primero solicitaba permiso al rey Licántropo para tomar una novia. Después, una vez concedido el permiso, la futura esposa recibía refugio durante los treinta días siguientes en los que debían completarse las ceremonias.

Ivie iba a quedarse en el palacio durante treinta días. Ivie iba a ser la compañera de Jordan.

Me levanté de mi asiento, sin importarme la nueva oleada de murmullos que ello desató. Yo sólo prestaba atención a Ivie, que se había quedado completamente quieta, pero se negaba a mirarme.

Acorté la distancia que nos separaba y agarré su otra mano.

Ivie me miró, con aquellos ojos verdes muy abiertos por la sorpresa.

—Dante —empezó a decir, pero no la dejé terminar. Sentía demasiada rabia como para escucharla.

—No digas ni una palabra más —gruñí.

Jordan se acercó aún más a Ivie, y la cogió con fuerza de la mano, como siempre.

—¿Dónde crees que llevas a mi prometida? —preguntó en voz baja, pero su expresión era retadora, como si tuviera intención de pelear conmigo allí mismo.

Esperaba que lo hiciera. Así tendría una excusa para arrancarle la garganta en ese mismo instante. Después le arrancaría las entrañas por atreverse a pensar que podía quitarme a mi compañera.

Como si pudiera leerme el pensamiento, Ivie soltó la mano de Jordan y se acercó a mí mientras le miraba.

—Por favor, danos un momento —pidió en voz baja.

No dijo nada más, pero Jordan asintió como si hubieran mantenido toda una conversación con sólo mirarse.

Me puse rojo, los celos atenazando mi pecho. Quería matar a Jordan por ganarse la confianza de Ivie de una forma que yo no había sido capaz.

Pero me conformé con llevarla lo más lejos posible de él. La metí en mi sala de recepción oficial y cerré de un portazo.

—Dante. —Ivie trató de hablar de nuevo, pero la hice callar mientras la rodeaba.

—Se suponía que te ibas, ¿por qué estás aquí? —gruñí.

Me fulminó con la mirada.

—He cambiado de opinión —repuso en tono de broma. Enarcó una ceja—. ¿O también necesito tu permiso para eso?

Mi rabia se desbordó.

—Cancela este compromiso ahora mismo —ordené con un profundo gruñido.

Ivie parpadeó despacio, como si se esforzara por comprender mis palabras.

—¿Qué?

Mi mirada decidida se encontró con la suya verde esmeralda.

—No veré cómo te comprometes con Jordan —aseguré en tono más bajo pero no menos furioso.

—Acabas de hacerlo —repuso ella antes de girarse e intentar rodearme y salir de la habitación.

Le bloqueé la salida.

—Esto no es negociable, Ivie.

La ira y la indignación encendieron su fascinante mirada.

—¿Y quién te crees que eres para decidir eso? —gruñó.

Sus palabras resultaron aún más duras porque eran ciertas.

—Ivie...

Pero esta vez no me dejó terminar y me empujó con fuerza en el pecho, apartándome de ella.

—Tú eres mi pasado y Jordan será mi futuro. —Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en peligrosas rendijas y su voz tembló de ira—. No interferiré cuando me engañaste y convertiste a Miranda en tu compañera, te dejé hacerlo, así que ¿por qué no haces tú lo mismo y me dejas en paz, joder?

Tenía razón. Estaba siendo hipócrita. Sin embargo, no podía evitarlo. Volvió a empujarme el pecho, pero esta vez le agarré la muñeca.

—No lo dices en serio —repliqué, buscando en sus ojos el menor indicio de que yo tenía razón.

Ivie me miró sin inmutarse.

—Lo digo en serio.

Su voz era firme, pero percibí un ligero temblor en el momento en que le sujeté la muñeca.

La atraje hacia mí y le acaricié la mejilla con la mano.

—No te creo —dije presionando mis labios contra su oreja.

Ivie puso su otra mano en mi pecho intentando aumentar la distancia entre nosotros.

—No me importa si me crees—. Su voz era baja, y segura, pero percibí un toque de vacilación en ella. No estaba seguro de si era real o sólo estaba en mi imaginación, pero aproveché mi oportunidad.

Le pasé el pulgar por la mejilla, por el borde de los labios, y por un momento ella vaciló.

Su respiración se aceleró y su mirada pasó de la mía a mis labios.

Y eso fue todo lo que necesité para romper la delgada ilusión de control que mantenía.

Me incliné hacia ella y la besé en el lugar donde podía ver el pulso acelerarse en su cuello. Ivie cerró los ojos, echó la cabeza ligeramente hacia atrás, emitió un suave jadeo y cerró el puño sobre mi pecho, clavándolo en él.

Acuné su nuca y bajé la mano para acariciarle el culo y la besé. La besé como había estado deseando hacerlo.

Su indecisión desapareció en el momento en que nuestros labios se encontraron, su lengua empujando contra la mía con tanta pasión y rabia como si no se estuviera debatiendo entre besarme o a abofetearme hasta que le dolieran las manos.

En ese momento no importó que su nuevo prometido y el resto de la corte estuvieran a una puerta de distancia, ya que las garras de Ivie se clavaron en mi espalda mientras yo la levantaba del suelo.

Sus tacones se clavaron en mi espalda, sus piernas rodearon mi cintura mientras la llevaba a mi

escritorio y nuestro beso se hacía más intenso.

De un manotazo tiré al suelo todo lo que había sobre la mesa y coloqué a Ivie sobre ella, abriéndole los muslos para poder colocarme entre ellos.

La besé con más fuerza y tiré de su coleta para echarle la cabeza hacia atrás y dejarme más espacio para besarla por el cuello, mordisqueando y chupando su garganta y bajando por el delicado pliegue de su clavícula.

Ivie se mordió el labio inferior, pero se le escapó un jadeo en un gemido grave que me puso dolorosamente duro al instante.

Colocando el pulgar sobre su labio inferior, miré sus impresionantes ojos verdes, y no supe cuándo las palabras salieron de mis labios.

—Quédate conmigo.

CAPÍTULO 12



IVIE

Quédate conmigo.

Seis años atrás, habría muerto por oír a Dante decirme esas palabras, por verle mirarme con tanto deseo que la cabeza me daba vueltas.

Diablos, yo habría matado incluso por una fracción de eso.

Pero ahora, el frío y duro arrepentimiento me ahogaba. ¿Qué demonios acababa de hacer?

Lo aparté de un empujón y bajé de su escritorio, mortificada y con las mejillas encendidas.

—Por favor, discúlpame. —Me aparté de él pero extendió la mano y me sujetó.

—Ivie... —empezó, pero no le dejé terminar.

—Estoy prometida a tu primo, Dante —le recordé, soltando de su mano.

—Tu eres mía. —Su voz sonó grave y depredadora—. Y no voy a renunciar a ti.

Le miré con fijeza, y mi vergüenza dio paso a la ira.

—Parece que lo has olvidado, Dante. Me abandonaste hace años —gruñí, clavándome las garras en las palmas de las manos y sangrando mientras le miraba a los ojos—. Me echaste como si no fuera nada y ahora no puedes volver a reclamarme.

Su expresión cambió. En cualquier otra persona, habría confundido aquella mirada con culpabilidad, pero él era un gilipollas egocéntrico, corto de miras y arrogante que sólo se preocupaba de sí mismo y de sus sentimientos.

Si trataba de romper nuestro compromiso, no era porque le importara, sino porque no quería perder contra Jordan. Dante Orion me veía como una posesión. Un juguete. Como yo había sido su primera compañera, no podía ser de nadie más.

—Ivie... —Mee tendió la mano de nuevo, pero me aparté con rapidez antes de que su contacto pudiera nublar mi juicio.

—Amo a Jordan —solté, sorprendida cuando las palabras salieron de mi boca.

Dante se quedó helado, como si mis palabras le hubieran impactado tanto como a mí.

Me enderecé y le sostuve la mirada.

—Jordan me hace feliz, y me niego a dejar que arruines esto.

Esta vez, cuando me dirigí hacia la puerta, Dante no intentó detenerme.

Me quedé un momento fuera de la habitación, con el cuerpo aún en llamas por los restos del deseo que Dante había incitado en mí con aquel beso. Aún me hormigueaban los labios y sentía la piel demasiado tirante, el recuerdo del contacto de Dante como una marca sobre mi piel.

Me llevé los dedos a los labios, pero los dejé caer antes de que los tocaran.

Sentirme así y bajar la guardia con Dante Orion era, sin duda, lo más estúpido que podía hacer. En sus brazos, por un momento, olvidé mis responsabilidades. No podía permitir que eso volviera a ocurrir. Ahora estaba comprometida.

Diosa, todavía parecía irreal.

En el momento en que Jordan me pidió que me casara con él, pensé que estaba delirando por el subidón de adrenalina del ataque. Pero volvió a pedírmelo en mi casa después de que por fin yo consiguiera que Mason se relajara lo suficiente como para descansar un poco.

—No puedo ser tu compañera, Jordan —respondí enseguida, sin querer darle esperanzas inútiles.

Jordan no se inmutó ante mi rechazo. En lugar de eso, se acercó un poco más y en sus ojos marrones, fijos en mí, vi una mirada que apenas podía reconocer.

—Te quiero, Ivie —dijo, y me quedé helada—. Creo que estoy enamorado de ti desde el día que te conocí. —Jordan sonrió y su sonrisa era un poco triste, un poco dulce y totalmente vulnerable

Era la primera vez que alguien me confesaba su amor y me sentí completamente vacía de emociones en mi interior. Bueno, aparte de la enorme pena que sentí por no haberme dado cuenta de que mi amigo estaba enamorado de mí, mientras que Dante ya parecía haberlo hecho.

¿Qué se suponía que debía decir ante semejante declaración?

Jordan me importaba. Si alguien intentara hacerle daño me enfadaría, y había días en que me parecía tan guapo y entrañable que envidiaba a su futura compañera que, a diferencia de mí, conseguiría un hombre que se preocupara por ella.

¿Pero podía eso considerarse amor?

Siempre pensé que el amor era una emoción envolvente que convertía a las personas en lo peor y lo mejor de sí mismas a la vez. Pero, de nuevo, podría haberme equivocado. Después de todo, nunca había estado enamorada. Lo que tenía con Dante era un subproducto de nuestro vínculo de pareja y odio.

Tal vez esto era amor.

Confundiendo mi silencio con otra cosa, Jordan sonrió y se inclinó para besarme.

Me encontré a mí misma apartándome en el último momento.

—Lo siento, Jordan —susurré con lágrimas de frustración escociéndome en los ojos—. No siento lo mismo que tú.

Era un hombre perfecto que se preocupaba por mí y me había salvado la vida dos veces, pero no me atrevía ni a besarle.

Y, por otro lado, había un gilipollas que me había destrozado de más formas de las que jamás hubiera creído posible y que, sin embargo, era capaz de revolver mis pensamientos con una simple mirada y el más leve de los toques.

Estaba enferma. Muy enferma.

Me aparté de Jordan, incapaz de mirarle a los ojos, sólo para que sus siguientes palabras me hicieran caer en la cuenta.

—¿Todavía le quieres? —preguntó de repente, con voz suave pero sin juzgar.

No necesitó aclararlo para que yo supiera que se refería a Dante.

Me volví para mirarle a los ojos.

—No —aseguré.

Y era verdad. Para seguir amando a Dante habría necesitado amarlo una vez. Pero la relación entre nosotros había sido demasiado tóxica para eso.

Jordan asintió una vez antes de volver a hablar.

—Entonces cástate conmigo, Ivie.

Me quedé mirándole completamente confundida.

—No nos amamos, Jordan. ¿Qué estás diciendo?

—Alguien intenta matarte, Ivie —repuso él—. Alguien con suficiente poder e influencia como para que ninguno de los asesinos que mantuvimos con vida haya revelado su identidad. —Jordan tomó mis manos entre las suyas, con una sincera súplica silenciosa en su mirada—. Como mi compañera, como miembro de la realeza, estarás protegida y cesarán todos los atentados contra tu vida.

Por supuesto, intentaba protegerme. Ese era Jordan. El tipo de hombre capaz de renunciar a cualquier oportunidad de encontrar un amor verdadero para proteger a su amiga.

—No puedo —dije por fin.

No era justo para él. Se merecía a alguien que lo amara tan profundamente como él a ella.

—No puedo verte herida, Ivie —murmuró con suavidad mientras me acariciaba la mejilla, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Si no lo haces por mí, hazlo por Mason. Su vida también corre peligro sólo por estar a tu lado. Puedo manteneros a salvo a los dos.

Me permití considerarlo por un momento.

Jordan tenía razón.

Intentar matar a la realeza Licántropa, incluso por matrimonio, era traición con pena de ejecución inmediata.

Pero Jordan no sabía que Mason era hijo de Dante.

Él no sabía que Mason podría muy bien ser la razón por la que perdería el trono ante Dante.

Pero alguien lo sabía.

Mi segundo encuentro con los asesinos lo había confirmado. Me habían pedido que entregara a Mason. Nadie enviaría a tantos hombres sólo para ocuparse de una viuda mujer lobo omega y su hijo mestizo.

Quienquiera que lo supiera no apoyaba el gobierno de Dante y veía a Mason como una amenaza. Y muy probablemente no se detendría incluso si yo saliera del país. Y si seguían intentando matarme, un día mis esfuerzos no bastarían para proteger a Mason.

Al ocultar su identidad y tratar de protegerlo de los peligros de ser un Licántropo real, había puesto a Mason en un peligro aún mayor.

La única salida ahora era atacar antes de que me atacaran.

Debía averiguar el cerebro detrás de los intentos de asesinato contra mí, su posible vínculo con la rebelión contra Dante y acabar con ellos antes de que pudieran hacernos daño a Mason y a mí.

No aceptar la oferta de ayuda de Jordan sería imprudente. No podía entrar en la corte Licántropa ahora, mucho menos rastrear a quien había organizado los ataques, pero como compañera de Jordan... podía.

Pero, ¿realmente podría empezar de nuevo?

¿Podría emparejarme sabiendo perfectamente que, una vez más, mi emparejamiento no era más que un arreglo para evitar una crisis mayor?

Y ahí estaba Dante.

Sólo de pensarlo se me ponía la piel de gallina.

¿Podría realmente seguir adelante con él?

Pensé en la última vez que le vi en su despacho. La forma en que me había mirado como si yo le importara. La forma en que me abrazó, mientras me pedía, me rogaba que no me fuera.

Aunque sabía que sólo había sido una actuación para llegar a mí, mi determinación se tambaleó.

¿Y si no lo hubiera fingido? ¿Y si...?

No. Me negué a torturarme con un imposible.

Al final, sólo me importaba una cosa.

—¿Y si nunca me enamoro de ti? —pregunté a Jordan.

Él me rodeó con sus brazos y me estrechó en un abrazo tan cálido como platónico.

—Tengo amor suficiente para los dos. Os querré a los dos —me susurró al oído—. Sólo necesito que me des una oportunidad.

Se me derriñó el corazón. Diosa, ¿por qué no podía sentir nada romántico por una persona tan buena?

Pero nada de eso importaba. Lo más importante era la seguridad de Mason.

Tomé una decisión.

—Seré tu compañera, Jordan.

Apenas había pasado un día desde que había aceptado su propuesta, y ya había roto su confianza con Dante.

Me sentí como la peor de las escorias. ¿Cómo podría haber hecho eso con Dante? ¿Cómo?

—¿Estás bien?

La voz de Jordan me sacó de mis pensamientos.

Miré a mi alrededor, sorprendida de que ya estuviéramos en el conjunto de aposentos que me habían asignado para mi estancia de treinta días en palacio.

Después de arreglarme un poco, volví a reunirme con él, que se había ofrecido a acompañarme a mi habitación.

Me miró fijamente esperando aún mi respuesta y yo me sonrojé.

—Sí, estoy bien —aseguré— Sólo necesito un momento.

Un momento para serenarme. Para saber si había perdido la cabeza ahora que las líneas entre el bien y el mal se difuminaban tan fácilmente cuando se trataba de Dante.

—Sobre Dante... —Jordan parecía haberme leído el pensamiento. Nerviosa, me giré para mirarle, pero su sonrisa era sincera y libre de sospechas—. Entiendo si necesitas algo de tiempo para superarlo. Confío en ti.

Pero no se daba cuenta de que ya había traicionado su confianza. La culpa que me corroía desde aquel beso con Dante amenazaba con consumirme.

No podía permitirlo. Este compromiso tenía que funcionar. Necesitaba encontrar al cerebro detrás de mis ataques.

—No necesito tiempo para superarlo —repuse con firmeza, decidida a hacer realidad mis palabras pasara lo que pasara—. Dante ya no me importa. Sólo necesito descansar.

Su sonrisa se ensanchó.

—De acuerdo —dijo antes de dejar caer un beso sobre mi frente—. Nos vemos mañana.

Ojalá pudiera decir que dormí bien, pero no fue así.

Estaba de vuelta en el palacio del que había escapado años atrás. De vuelta a la vida que había dejado atrás. La vida que me había asfixiado tanto que sólo había querido que todo terminara.

Ahora era diferente, intenté convencerme. Yo era diferente. Ya no era una ingenua omega sin aliados ni poder. Era más fuerte, más inteligente. Y, sobre todo, estaba haciendo esto por un

propósito.

Por Mason.

Mis damas de compañía llegaron temprano a la mañana siguiente.

—Buenos días, mi señora. Me llamo Marissa y junto al resto de damas presentes le serviré durante toda su estancia en este palacio —se inclinó sin ganas.

Su reverencia fue leve. No lo bastante profunda ante alguien de la realeza, pero no lo bastante superficial para ser un insulto.

Miré al grupo de jovencitas sonrientes que parecía que lo último que querían era atender a una omega que no les interesaba, y me encontré echando de menos a Sophia y al resto de mi antiguo personal.

Pero Miranda los despidió a todos después de mi marcha del palacio y ninguno de ellos se quedó por temor a ser blanco de su ira.

Haciendo gala de la personalidad aristocrática que me había salvado en numerosas ocasiones en la corte, hice un gesto despreocupado hacia la puerta.

—No requiero vuestros servicios por ahora —dije con desdén.

Las damas intercambiaron disimuladas miradas de desconcierto. Si esperaban encontrarse con alguien manso con quien jugar a los juegos de la corte, que se lo pensarán dos veces.

—Puedes irte. —Mi tono, más duro, no dio lugar a discusiones.

Podrían haber sido una fuente de información inestimable en mi investigación, pero no sólo sospechaba que podían ser espías de otros, sino que hoy tenía otros planes.

Tenía que ver a Mason. Lo había dejado en casa de Mia antes de venir aquí y me dirigí hacia allí.

—No puedes hacer eso. —La voz me resultó familiar, pero no podía ser él.

—Sí que puedo —rio Mason, con voz llena de picardía—. Eres demasiado viejo para recordar las reglas.

Se rio con una risa franca y fuerte.

—Aunque no demasiado viejo para placarte. —Su voz era mucho más alegre de lo que la había oído nunca.

Luego se oyó el alboroto del juego con algún chillido feliz de Mason.

Doblé la esquina para entrar en el jardín de Mia y vi a Dante y Mason enredados en un columpio, con hojas, hierbas y ramitas atrapadas entre ellos y una pelota a un lado, con idénticas sonrisas traviesas en sus caras hasta que se fijaron en mí.

Sus sonrisas desaparecieron casi de inmediato.

—Hola, mamá. —Las orejas y las mejillas de Mason estaban de un rojo bermellón.

Mia corrió hacia el jardín como si llevara un rato persiguiéndome desde la parte de atrás. Se

detuvo a mi lado al notar que ya había visto a Dante y Mason juntos.

—Ivie. —Su sonrisa se congeló—. No sabíamos que venías.

Iba a matar a mi mejor amiga, pero primero acabaría con Dante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, después de pedirle a Mia que se llevara a Mason para poder hablar con mi *amigo*.

Dante no tuvo la delicadeza ni de parecer arrepentido.

—He venido a ver a Mason.

—¿Por qué tienes que hacer esto? —me enfadé, mi ira creciendo a pasos agigantados—. ¿A que juegas? ¿A otro de tus inútiles intentos de manipulación para arruinar mi compromiso con Jordan?

La mandíbula de Dante se crispó, pero su tono se mantuvo firme.

—Esto no tiene nada que ver contigo y con Jordan. He venido por Mason.

Casi puse los ojos en blanco.

Dante no podía llegar a mí directamente, así que usaba a Mason para llegar a mi corazón. Pero no le serviría de nada.

Me crucé de brazos, beligerante.

—Entonces, ¿por qué has venido a verlo? —pregunté.

—Necesitaba saber que estaba bien. —Su expresión de cambió—. He sabido que te atacaron de nuevo.

Casi podía sentir su deseo de tocarme. Di un paso atrás.

—Eso no es asunto tuyo —dije entre dientes apartando la mirada de él.

La mano de Dante pasó por debajo de mi barbilla y me obligó a mirarle.

—Yo elijo lo que es asunto mío —replicó. Sus pupilas se dilataron.

Le aparté la mano de un manotazo y le fulminé con la mirada.

—¿Y yo soy asunto tuyo? —pregunté con todo el sarcasmo del que fui capaz.

Dante ladeó ligeramente la cabeza.

—Mason lo es.

Me quedé helada. ¿Sabía ya que era el padre de Mason? ¿Cómo se había enterado?

—Puede que no sea mío, pero pienso protegerlo, aceptes o no mi ayuda. —Su tono era feroz e insensible, pero lo único que fui capaz de sentir fue una aplastante sensación de alivio.

Dante no lo sabía. Todavía no. Y así seguiría.

—No necesitamos tu ayuda ni tu protección —gruñí con fastidio, mi tono firme—. Yo protegeré a mi hijo, como he hecho toda mi vida.

—Ivie...

—La próxima vez que tengas el impulso de proteger a mi hijo, recuerda que mis atacantes eran todos de tu gente y que tu presencia aquí le hace más mal que bien al llamar la atención sobre este lugar —le corté, airada.

Con eso salí del jardín dejándole allí.

Yo tenía razón. Dante no debería haber venido. Entonces, ¿por qué me sentía mal por haberme enfadado con él?

Mason estaba esperando dentro de la casa. Agachó la cabeza evitando mirarme.

—Mace —dije.

—Dante es mi amigo —dijo en un murmullo apenas audible.

—Mason.

Levantó la cabeza y sus ojos grises de cachorro escrutaron mi rostro.

—No quería robarle la tarjeta en el parque —explicó. —Sólo quería verle más tarde.

—¿Su tarjeta? —repetí, confusa.

Entonces lo entendí.

—¿Tú le pediste que viniera? —pregunté, boquiabierta.

Mason volvió a apartar la mirada.

—Yo... sólo quería que volviéramos a jugar. Como antes —respondió en voz baja, y me rompió el corazón.

No sabía cuándo ni cómo se había producido ese encuentro en el parque, pero por alguna razón, el hecho de que Dante y Mason ya estuviera estrechando lazos a pesar de no saber casi nada el uno del otro fue suficiente para que me doliera el corazón.

Dante no había mentido. Había venido por Mason, como me había dicho.

Y yo no sabía cómo sentirme al respecto.

Mi mejor amiga, en cambio, no tardó en cambiar de tema en cuanto nos quedamos a solas, mientras Mason jugaba con Nora en el jardín, tras saber que yo no estaba cabreada con Dante.

—¿Por qué ibas a marcharte sin decírmelo? —Mia me miró, exigiendo una respuesta.

Aparté la mirada y me pregunté cómo reaccionaría si supiera que se lo había contado a Dante, pero no a ella.

—Ya no me voy —repliqué sin responder.

—¿Y para qué te quedas? Te vas a casar con Jordan, a quien no amas —replicó, burlona.

Sus palabras me hicieron daño. Me puse rígida.

—Es un buen tipo y cuidará bien de Mason —repliqué a la defensiva.

Mia ladeó la cabeza, casi con curiosidad.

—¿Intentas convencerme a mí o a ti misma, Ivie?

CAPÍTULO 13



—E s suficiente.

Mis damas intercambiaron miradas temerosas, pero al final fue Marissa quien habló.

—Pero... —intentó protestar, pero no la dejé terminar.

Me levanté de la bañera, mojándola a ella y a quienes estaban cerca. Cogí un albornoz ignorando sus miradas atónitas y me dirigí de nuevo a mi habitación, mientras oía detrás de mí los pasos vacilantes de mis damas siguiéndome.

No había echado de menos esta vida. Ni un poquito.

Aparte de encontrarme a Dante, mi encuentro con Mia había sido muy agradable.

Según sus fuentes, lo único interesante que ocurría en la corte era la reclusión de Miranda, cuyo motivo aún no se conocía, pero era evidente que no todo iba bien entre la pareja real.

No pensé ni intenté relacionar aquella información con el comportamiento reciente de Dante ni con aquel día en su despacho en el que me abrazó y casi hizo tambalear mi determinación.

No. Lo único en lo que pensaba era en que la facción rebelde que había tratado de acabar con mi vida parecía haber desaparecido.

Si no lo supiera, habría dicho que todo había terminado, pero no debía confiarme. Necesitaba elaborar estrategias, observar y esperar a que mostraran sus cartas, pero los días que faltaban para mi ceremonia de apareamiento con Jordan pasaban rápidamente.

Hoy era el séptimo día y el día de la caza, al menos para la mitad masculina de la corte.

Para mí, era la ceremonia de bienvenida.

Por eso me asearon, perfumaron y cubrieron con un velo antes de presentarme a las damas de la corte, que me introducirían oficialmente en la vida cortesana.

Jordan había venido a verme esa misma mañana.

Vestido con unos sencillos pantalones de vestir y una camiseta, con una sonrisa radiante que hacía brillar sus ojos castaño chocolate, era la personificación del encanto y la calidez.

—Desearía que me dieras una muestra de apoyo para la cacería de hoy —pidió con las mejillas ligeramente sonrojadas mientras me sostenía la mirada.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Vas a la caza?

A diferencia de mí, que tenía que estar presente en mi ceremonia de Bienvenida, no era necesario que el novio participara personalmente en la cacería. Era tan sólo una antigua tradición que se celebraba en nombre del novio.

Por lo que había oído, la cacería tenía lugar al mismo tiempo que la ceremonia de Bienvenida. Actualmente, como la caza estaba restringida, los Licántropos criaban presas con este fin. El Licántropo que obtuviera la puntuación en la cacería podía elegir a los licántropos no apareados con los que bailar en el festín que se celebraba más tarde esa noche.

—Rara vez asisto a eventos Licántropos. —Jordan se encogió de hombros, sus ojos igual de brillantes—. Pero tengo que acudir a los de mi ceremonia de apareamiento.

Al oírle se me encogió el estómago, no supe por qué. Quizá porque me sentía culpable al no estar tan emocionada con esta boda como él.

Jordan era la elección correcta. Era un buen hombre, más aún, era mi amigo. Nos protegía a Mason y a mí y, a su debido tiempo, mis sentimientos por él se volverían más románticos.

¿Cierto?

Carraspeé y me coloqué un mechón suelto por detrás de la oreja.

—Nunca había dado una muestra de nada a nadie —intenté inyectar algo de humor a mis palabras—. ¿Alguna idea de qué podría ser?

Jordan apartó la mirada y luego se inclinó hacia mí. Me quedé atónita.

¿Quería besarme? Diosa, ¿acaso podría empeorar aquella mañana?

Se me erizó el vello de la nuca, el corazón se me aceleró y sentí las palmas de las manos húmedas. Sin poder evitarlo, miré por encima del hombro de Jordan, y vi que Dante nos observaba a pocos metros de distancia.

No podía leer la expresión de sus ojos grises, pero por alguna razón, no podía dejar de mirarle.

Desde esos ojos fieros hasta sus pómulos angulosos, pasando por su mandíbula afilada y sus labios en forma de arco de cupido, que en ese momento estaban fruncidos en un ceño demasiado sexy para ser legal.

Su camisa, que se ajustaba perfectamente a su ancho pecho, estaba parcialmente desabrochada y, contra mi voluntad, mi mirada recorrió el trozo de piel al descubierto hasta...

Sentí un tirón en la nuca y mi pelo se soltó de la coleta baja que llevaba. Aturdida, miré a Jordan que se apartaba de mí con mi cinta negra en la mano y una tímida sonrisa en el rostro.

—Esto está bien como muestra —murmuró.

Tardé un momento en recordar la conversación que habíamos tenido antes. Por supuesto, una muestra. Para la caza.

Me obligué a devolverle la sonrisa, luchando por no volver a mirar a Dante. ¿Qué me estaba pasando?

Jordan, que no pareció darse cuenta de lo que pasaba, seguía sonriéndome satisfecho.

—Supongo que te veré en la fiesta —dijo.

Asentí y mi mirada se desvió de nuevo hacia donde estaba Dante pero él ya se había ido dejándonos a Jordan y a mí solos en el pasillo.

Jordan se inclinó hacia mí y me dio un casto beso en la frente antes de marcharse.

Y mientras mis damas vertían hierbas y esencias en mi baño y me frotaban el cuerpo casi hasta hacerme daño, me preguntaba cómo era posible que una sola mirada a Dante me hiciera estremecer más que todas mis interacciones con Jordan juntas.

«No, Ivie», me dije. «Todo está en tu cabeza».

Eran los restos de nuestro vínculo de pareja unidos a tener que reprimir los deseos de mi loba, Diana, durante tanto tiempo.

No sentía nada por Dante, aparte de una buena dosis de odio y asco.

Eso era todo.

Me concentré en mis planes para la ceremonia de Bienvenida. Con la cantidad de Licántropos que asistirían al acto, si jugaba bien mis cartas, era probable que obtuviera alguna pista o escuchara algo sobre la rebelión.

El vestido de malla blanca con pedrería que llevaba era más pesado de lo que parecía, pero más pesado aún fue el ensordecedor silencio que se hizo en la sala mientras mis damas me acompañaban a mi asiento en el centro de la sala.

Examiné con atención la estancia a través de la suave tela de mi velo y descubrí que Miranda estaba ausente. Al parecer, seguía recluida.

Tomé nota de otras influyentes damas Licántropas que aún podía recordar de mi limitado tiempo en la corte. Estaban Lady Hawthorne, Lady Blackmoon, Lady Silverbrook, Lady Ashford y las Sinclair. A estas últimas era a las que tenía que vigilar.

No sólo tenían riqueza suficiente para rivalizar con el trono, sino que, con su extensa red de espionaje, nada ocurría en la corte sin su conocimiento.

Habría sido mucho más fácil mantener una conversación con Lady Sinclair para sonsacarle algo, cualquier cosa en realidad, pero ella parecía compartir el desdén que casi todas las damas Licántropas sentían por la mujer lobo omega que se había apareado con su príncipe y no había logrado tener un heredero.

Mis damas se acomodaron detrás de mi asiento y Nora Ashford me sonrió, educada y distante, mientras me levantaba el velo antes de volverse para dirigirse a la corte.

—Hoy, las damas de la corte están reunidas para dar la bienvenida a un nuevo miembro de la familia real —anunció en voz baja, pero sus palabras resonaron en la silenciosa sala.

Nora se abrió la palma de la mano con la garra y la herida cicatrizó casi de inmediato.

Luego se volvió hacia mí.

—Bienvenida, Ivie —dijo, pintando mi mejilla con su sangre.

No resultaba especialmente acogedora, pero le dirigí las únicas palabras que debía pronunciar en esta ceremonia.

—Gracias —murmuré, y ella se fue.

Sin ningún orden en particular, las damas empezaron a acercarse para saludarme de forma similar. Su sangre y sus olores se impregnaron en mi vestido y mi piel y yo las respondía de forma automática.

Poco a poco, el ambiente se fue relajando y las mujeres empezaron a dividirse en pequeños grupos a charlar mientras continuaba mi ceremonia de bienvenida.

Me relajé en mi asiento intentando parecer más interesada en la ceremonia que en las conversaciones a mi alrededor, la mayoría de las cuales, sorprendentemente, no eran sobre mí sino sobre la caza.

—Parece que el príncipe heredero lleva la delantera en la cacería —dijo una de ellas.

—Querrás decir el príncipe —corrigió otra y me moví un poco para ver quienes hablaban.

—Por ahora —terció otra, burlona. Era evidente que no sentía mucho aprecio por Dante.

Por fin pude verlas. La mujer que había hablado la última era una de las Sinclair más jóvenes. Creí recordar que se llamaba Melody.

Me senté más recta en mi asiento. Puede que no fuera más que una conversación ociosa, pero había algo en aquella interacción que me puso en guardia.

—Bromeas demasiado —rio otra cortesana frente a Melody, pero sonó forzado.

Melody dejó de sonreír.

—Es cierto, lo hago.

La tercera mujer del grupo se aclaró la garganta y miró a ambas con curiosidad.

—No creas que te librarás de pagar.

Melody sonrió de nuevo.

—La caza aún no ha terminado. ¿No es un poco pronto para celebrarlo?

El resto de sus palabras se me escaparon cuando otra Licántropa me rozó el cuello con su mano ensangrentada.

—Bienvenida, Ivie.

Asentí, asegurándome de que no había nadie más detrás de ella.

—Gracias —repuse aliviada.

No había reunido tanta información como pensaba, pero me dolía el cuello,apestaba a sangre y mi vestido se empeñaba en asfixiarme. Si esa era la última persona entonces la ceremonia había ter...

—¡La princesa está aquí!

No tenía ni idea de quién lo había anunciado, pero toda la sala se quedó en completo silencio cuando Miranda entró.

Aunque lo único que llevaba puesto era un camisón apenas cubierto por una vaporosa bata de noche, caminaba como si fuera la dueña de la pista, y supongo que hasta cierto punto lo era.

Las damas se inclinaban a su paso, pero ella no les prestó atención, su mirada se centró en un objetivo. En mí.

Permanecí sentada en incliné un poco la cabeza en señal de reconocimiento.

—Princesa —dije.

Miranda no se molestó en fingir.

—Así que los rumores eran ciertos —su voz era tan clara como cortante—. Por fin has logrado atrapar a un miembro de la realeza.

No le respondí. No sólo me superaba en rango por ahora, sino que a las mujeres como Miranda les encantaba escucharse hablar.

Podría soportarlo. Por ahora.

Miranda dio otro paso hacia mí, y habló en voz más alta, como si toda la corte no la hubiera oído antes.

—Saltando de un primo a otro. ¿Qué otra cosa podía esperar de una mujer como tú, que haría cualquier cosa por conseguir el trono? —prosiguió, burlona—. Como tus artimañas no funcionaron con Dante, y Jordan está ahora en línea para heredar, ¿no lo dudaste ni un segundo!

Permanecí en silencio y tal vez debería haber esperado lo que ocurrió a continuación, pero no lo hice.

Miranda me dio un fuerte bofetón en la cara y todo su cuerpo tembló de rabia.

—¡Cuando te hablo, espero una respuesta, enana! —gruñó.

El control que había mantenido hasta ese momento sobre mí misma desapareció. Levanté la vista hacia ella y le sostuve la mirada.

—¿Le gustaría participar en la ceremonia, Princesa? —pregunté en el tono más suave que pude.

Entrecerró los ojos y un gruñido escapó de sus labios.

—No te hagas la lista conmigo —escupió, su rostro retorcido en una mueca de asco—. Como si

fuera a malgastar mi sangre con un ser tan miserable como tú.

Asentí, me levanté de mi asiento y observé a Miranda y toda su exquisita ira de arriba a abajo. Luego sonreí.

—Miserable... una curiosa elección de palabras para describir a tu futura reina —dije, asegurándome de que todos me oyeran.

Miranda abrió los ojos como platos.

—¿Qué?!

Ladeé la cabeza con curiosidad.

—Quiero decir que contigo recluida porque tu compañero no soporta verte, dudo que pronto vayas a concebir un heredero al trono, ya que no pudiste darle uno en cinco años —repliqué con énfasis, mi voz tan repugnantemente dulce como las damas de la corte me habían enseñado—. Pero no se preocupe, princesa, cuando sea reina, mi compañero y yo seremos indulgentes con usted y los suyos.

—¡Perra! —gruñó Miranda, sus ojos se volvieron negros como el carbón con su Licántropa tomando el control.

Levantó una mano para golpearme, pero yo ya me lo esperaba y, cuando dio el zarpazo, la cogí del brazo y aproveché su impulso para tirarla al suelo.

No creí que la sala pudiera estar más silenciosa, pero así fue.

—No soy una de tus criadas indefensas, Miranda —le advertí de pie sobre su cuerpo tendido—. La próxima vez que me levantes la mano será la última.

Era una apuesta arriesgada.

Yo nunca podría medirme con un Licántropo como Dante en términos de fuerza bruta, pero ya me había enfrentado a Miranda en el restaurante y dudaba que algo hubiera cambiado desde entonces.

No era más que una matona sin mucha fuerza que se apoyaba en su cruel naturaleza sádica y en su relación con Dante para imponerse.

Miré a los ojos a todas las mujeres de las corte para que supieran que hablaba en serio y me marché.

Sin querer, Miranda acababa de darme la oportunidad perfecta para buscar simpatizantes para asegurar la corona para Jordan y la rebelión. Con mi discurso sobre querer reinar a su lado, se me veía como alguien con suficiente ambición para jugar a la política y ganar.

Por supuesto, existía la posibilidad de que siguieran viéndome como una amenaza por culpa de Mason o de que quisieran vengarse por los intentos de asesinato contra mí, pero era un paso en la dirección correcta.

Mientras me bañaba y mis damas me preparaban para el festín de la noche, aunque pudo ser sólo mi imaginación, tuve la sensación de que se mostraron más amables e incluso un poco

respetuosas, y que su desconfianza inicial hacia mí había desaparecido.

Cuando abrieron la puerta, Jordan estaba al otro lado, con la mano levantada como si fuera a llamar.

Se me quedó mirando, estupefacto.

—Estás increíble —pudo articular por fin.

Debía que reconocer que las señoras se habían superado con mi peinado y mi vestido brillaba como si estuviera hecho de oro hilado, pero no supe cómo tomarme el cumplido de Jordan.

—Tú también estás guapo —repuse, haciendo un gesto hacia su esmoquin blanco y dorado— Creí que nos encontraríamos en la fiesta.

Jordan se sonrojó antes de ofrecerme su brazo.

—Si no te importa, me gustaría acompañarte hasta allí —pidió. Dudé un momento antes de cogerle del brazo.

—Claro —acepté y Jordan despidió a mis criadas con un gesto antes de acompañarme hacia el banquete.

—¿Qué tal la ceremonia de Bienvenida?— preguntó, y recordé a Miranda en el suelo, con los ojos azules de niña muy abiertos por la sorpresa que mi comportamiento le había provocado.

—Sorprendentemente bienvenida. —sonreí—. ¿Qué tal la caza? ¿Te sirvió de algo mi prenda?

—La caza fue bien. —Hizo una mueca, arrugando ligeramente la nariz—. Aunque debo confesar que mi instinto de rastreo es tan terrible que ni siquiera tu maravillosa cinta pudo ayudarme.

Me reí, sacudiendo la cabeza con desconcierto.

—Un Licántropo que no puede rastrear —me burlé—. Ver para creer.

Jordan se acarició la barbilla fingiendo estar sumido en sus pensamientos.

—Bueno, eso suena casi tan increíble como un lobo que no puede digerir el marisco.

Le miré boquiabierta por su ataque no tan sutil contra mí.

—¡Eh! —repliqué, dándole un codazo.

Jordan se agarró el costado como si yo le hubiera apuñalado. Otra carcajada creció en mi interior hasta que reparé en dónde estábamos.

Mi alegría desapareció de inmediato.

—Creía que íbamos a la fiesta —dije, y Jordan tuvo la delicadeza de parecer culpable.

—Y vamos —afirmó—. A una fiesta para dos.

Estábamos en el jardín privado junto al palacio y todo el lugar estaba iluminado con pequeños apliques de luz dorada que creaban un suave telón de fondo para una mesa para dos.

—Pensé que podríamos celebrarlo de un modo más privado —dijo, pero mi garganta estaba tan seca como el papel de lija.

Era una cita. Una cita legítima con un hombre que estaba enamorado de mí, pero al que yo no amaba.

Quise salir corriendo, pero de repente me pesaban los pies.

Jordan había hecho el esfuerzo de organizarlo. Lo menos que podía hacer era quedarme.

Tomé asiento rígida en la silla y Jordan se acomodó a mi lado, con la luz tenue reflejándose en sus rasgos mientras hablaba.

—Me he dado cuenta de que, desde mi proposición, no hemos tenido tiempo de estar a solas y he pensado que podríamos hablar.

—Sí —asentí, tragando saliva. —Hablar. Vale.

Podía hacerlo. Podía hacerlo. Sólo era una cena.

Los labios de Jordan se entreabrieron pero ya no habló. Por alguna razón, su mirada se volvió más tierna.

—Estás impresionante —suspiró.

Diosa, ¿cómo no me di cuenta antes?

Jordan se me quedó mirando como si fuera la persona más hermosa que hubiera visto en su vida, y no pude soportarlo más.

Me levanté de un salto.

—Lo siento, Jordan, pero no puedo hacer esto.

La ternura desapareció de su mirada, se levantó y me cogió la mano.

—Ivie, lo siento si te he hecho sentir incómoda. Es sólo una cena. Podemos...

—No lo es. No es por ti, yo... simplemente no puedo —sacudí la cabeza luchando contra lágrimas de frustración. ¿Por qué no podía sentir algo más que amistad por Jordan? Esta cita era perfecta. Él era perfecto.

¿Cómo íbamos a emparejarnos si ni siquiera podía tener una cita?

—Lo siento mucho, Jordan. Sé que pronto seremos compañeros, pero necesito algo de tiempo —pedí, mirándole a los ojos.

El brillo de excitación en ellos desapareció y asintió.

—Está bien, Ivie —aceptó con tristeza—. Soy yo quien lo siente. No debería haber preparado todo esto.

Me dolía el pecho. Había herido sus sentimientos.

—Jordan... —comencé, tendiéndole la mano pero él se apartó.

—Te veré en la fiesta —dijo y se fue.

Miré la comida que había en la mesa.

Eran mis platos favoritos.

Se me saltaron las lágrimas. Yo era una persona horrible. No merecía a Jordan.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó la burlona voz de Dante justo detrás de mí.

CAPÍTULO 14



DANTE

A *mo a Jordan.*

Aquellas palabras me atormentaban. En mis sueños y en la realidad.

Cada vez que olía el aroma de Ivie en el palacio, cada vez que veía a una mujer menuda y morena, cada vez que intentaba no pensar en ella, fracasaba. Cada maldita vez.

Quizá mi obsesión se debía a que Ivie nunca me lo dijo. Ni siquiera cuando habíamos estado juntos.

Nunca dijo que me quería. Pero ahora lo había hecho con tanta facilidad que me estremeció porque, por una vez, empecé a considerar la posibilidad de que Ivie se hubiera enamorado de mi primo.

No. No era posible.

La había besado y ella había respondido. Me había acariciado con ansia. Me ofreció su lengua con impaciencia y oí sus suaves gemidos y jadeos. La sentí tensarse debajo de mí.

Era imposible que hubiera fingido todo eso estando enamorada de otra persona.

Mi mente voló hasta la noche en que nos conocimos, cuando, con un toque en mi mejilla, despertó la atracción del vínculo de pareja entre nosotros, dejándonos indefensos ante nuestros deseos.

¿Y si era esa la razón por la que había respondido? No por voluntad propia, sino por los restos del vínculo de pareja.

Por alguna razón, ese pensamiento me enfureció.

Todo el palacio se preparaba para la próxima ceremonia de apareamiento y lo único que yo quería hacer era golpear una pared y quizá también a Jordan.

Luego los vi juntos la mañana de la cacería.

Ivie estaba en albornoz, con el pelo revuelto y casi todo recogido, pero aun así tenía un aspecto tan impresionante que me dejó sin aliento.

Sonreía a Jordan, con las mejillas sonrojadas del rosa más favorecedor, y mi enfado creció.

¿Qué demonios le estaba contando Jordan que fuera tan interesante?

Quería acortar la distancia entre nosotros y arrancarle la garganta. Mostrarle las consecuencias de...

Los ojos verdes de Ivie se encontraron con los míos, sus pupilas ligeramente dilatadas, y toda mi ira se esfumó. Ya no deseaba ejecutar a Jordan o descargar mi ira en la cacería.

No, simplemente me moría por ella. Quería abrazarla, enterrar mi nariz en su nuca, sentir su suave cabello entre mis dedos y recorrer con mis labios la pálida columna de su cuello. Besarla hasta que olvidara quién era Jordan.

Pero más que eso, quería que se ruborizara sólo por mí. Que me sonriera como lo hacía con Jordan. Quería oír su risa, una risa genuina. Y quería ser yo quien la hiciera reír.

Y por un momento, sentí que era posible. Luego ella apartó la mirada de mí y volvió a Jordan y el momento se esfumó.

Me alejé de allí loco de rabia, una rabia que intenté aliviar en la cacería, pero no lo conseguí.

Ivie se había ido apoderando poco a poco de todos mis pensamientos y nada, absolutamente nada de lo que hacía podía evitarlo .

Imaginarme a Jordan e Ivie abrazados y haciendo el amor me hizo querer saltarme la fiesta, pero la idea de no verla me resultaba insoportable. De camino a la fiesta vi a Jordan caminando furioso por el pasillo que bordeaba mi habitación, con el olor de Ivie pegado a él a pesar de estar solo. Seguir su olor hasta los jardines había sido más un acto reflejo que otra cosa.

—¿Problemas en el Paraíso?

Ivie se giró hacia mí y, por un momento, olvidé la razón por la que me había acercado a ella.

Estaba deslumbrante. Su vestido resplandecía sobre el fondo verde del jardín y se ceñía deliciosamente a sus curvas de un modo que me dejó totalmente embelesado.

La irritación floreció en aquellos impresionantes ojos esmeralda.

—¿No tienes nada mejor que hacer que molestarme, Dante?

—Te estás perdiendo tu fiesta. —Me rehice con rapidez y esbocé la misma sonrisa que el día de la firma, que guardaba sólo para ella—. Pensé que debía ver cómo estabas.

Ivie puso los ojos en blanco.

—Te preocupas demasiado por mí —se burló, y su mirada se agudizó—. ¿Sabe tu compañera que me estás acosando?

Sus palabras me hicieron pensar en Miranda. Nuestro divorcio aún se estaba tramitando. Sospechaba que el Anciano Frey estaba retrasando el proceso a propósito para darme más tiempo para reclamar el trono.

Si tan sólo entendiera que nunca volvería a tocar a Miranda.

—Difícilmente lo llamaría acoso —repuse, encogiéndome de hombros con indiferencia. —Sólo

estoy conociendo a mi querida futura cuñada.

Incluso mientras lo decía, las palabras sonaron mal en mi boca. Ivie nunca se convertiría en mi cuñada. Me aseguraría de ello, pasara lo que pasara.

Me lanzó otra mirada burlona y pasó a mi lado para marcharse del jardín. Fue entonces cuando noté las lágrimas en sus mejillas. La cogí de la muñeca y la detuve.

Me fulminó con la mirada.

—Te dije que dejaras de tocar...

No la dejé terminar, mi máscara de indiferencia se desvaneció de inmediato.

—¿Estabas llorando? —Le acaricié la mejilla. Al recordar la forma en que había visto a Jordan marcharse enfadado, me inundó una rabia fría y amarga. Que la Diosa me ayude, si él la había tocado, le arrancaría los brazos—. ¿Jordan te ha hecho algo?

Ivie me apartó el brazo de un manotazo antes de empujarme el pecho, distanciándose de mí.

—No, no ha hecho nada —replicó con una mirada más dura que antes—. Y aunque lo hubiera hecho, tú, Dante, no tienes derecho a enfadarte por ello.

Una lágrima corrió por su mejilla, pero su voz no vaciló no vaciló. Me miró con aquellos orbes verdes llenos de ira y dolor mientras temblaba.

—Me hacías llorar todos los días cuando era tu compañera, así que deja de actuar como si te conmovieran mis lágrimas ahora cuando ambos sabemos que no es así.

Tenía razón.

Había sido el peor compañero para Ivie. Y sabía que la había hecho llorar, incluso cuando no era mi intención.

Qué hipócrita era por mi parte culpar a Jordan por hacer lo mismo.

¿En esto se había convertido el compromiso de Ivie con Jordan? ¿En un curso intensivo para fastidiarme y mostrarme todas las formas en que le había fallado a Ivie mientras me volvía medio loco de celos en el proceso?

—¿Por eso haces esto? ¿Para vengarte? —repliqué sin pensar.

Ivie frunció los labios en un gesto de rabia y asco.

—El mundo no gira a tu alrededor, Dante.

Mierda. No quise decir eso.

Se dio la vuelta para marcharse de nuevo, pero yo me interpose en su camino, le cogí la barbilla y la obligué a mirarme.

—Lo siento, Ivie —dije desde el fondo de mi corazón—. Me equivoqué al tratarte como lo hice. Fui un compañero terrible y ninguna disculpa que te dé será suficiente para compensarlo. Pero, por favor, no hagas esto.

Un ligero temblor me recorrió al pensar en cómo sería la vida sin Ivie. O para ser más específico, cómo sería la vida viéndola todos los días como compañera de otra persona.

No pude soportarlo y mi voz se quebró al hablar.

—Por favor, cancela este compromiso, Ivie. Por favor.

Se me quedó mirando, incrédula.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, con aquellos ojos verdes escrutando mi mirada.

Asentí.

—Te lo digo con el corazón, Ivie —aseguré, y bajé un poco la cabeza para chocar suavemente contra la suya—. Lo siento mucho, por todo.

Su mirada verde esmeralda se volvió neutra y luego me apartó de ella.

—No te creo. —Ya no sonaba enfadada, sólo decidida—. Ninguna de tus tácticas manipuladoras funcionará conmigo, Dante.

Su mirada era gélida como el hielo cuando se encontró con la mía.

—Haré lo que me plazca. Y por la Diosa, este compromiso se mantendrá, y me convertiré en la compañera de Jordan.

Con eso, se alejó, mientras yo la seguía con la mirada.

Me había disculpado por todo el daño que le hice, pero quizá era demasiado poco y demasiado tarde. ¿Realmente podía culparla por no creer en mí ni en mis palabras después de todo lo que le había hecho?

No. Para nada.

Volví a entrar en el palacio, pero no me dirigí al banquete, sino que fui a la habitación de Miranda. No tenía intención de dejarla salir de su reclusión tan pronto, pero nuestras leyes eran claras.

Como miembro de la familia real, debía asistir a todos los actos oficiales de la realeza, incluidas las bodas reales y las importantes ceremonias que las precedían.

En mi cabeza, Miranda y yo ya habíamos terminado, pero hasta que fuera oficial, ella seguía siendo mi responsabilidad. Además, ahora que Ivie estaba aquí, tenía que vigilar más de cerca a Miranda antes de que se le ocurriera otro plan para terminar con ella.

Miranda no pudo sorprenderse más cuando entré en su habitación.

—Dante —sonrió, con lágrimas en sus brillantes ojos azules—. Gracias. —Se le entrecortó la voz y me abrazó, enterrando la cara en mi pecho—. Haré todo lo posible para ser digna de tu perdón.

Le quité las manos de encima y me zafé de su abrazo.

—No te he perdonado —repliqué sin inmutarme—. Estoy obligado por nuestras leyes a liberarte

en los días de celebración.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y su voz se convirtió en un sollozo de dolor.

—Dante —gimió.

En el pasado, este hubiera sido el momento en el que me hubiera conmovido, incapaz de ver sufrir a la mujer amaba. Pero ya no. Mi expresión no cambió al mirarla a los ojos.

—Ahórrate las lágrimas. Sé que son fingidas —dije.

Miranda se quedó helada, los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Fingidas? —replicó con voz temblorosa y teñida de incredulidad—. Dante, te he amado. He pasado por alto tus defectos y carencias. ¿Por qué te cuesta tanto perdonarme por un pequeño error?

La miré sin poder creer lo que oía. ¿Realmente había calificado sus actos de pequeño error? ¿Tal era su falta de remordimiento?

—Oh. ¿Sólo un pequeño error? —repliqué, sarcástico—. Intentaste matar a Ivie y a su inocente hijo. No sólo eso, sino que a lo largo de los años has hecho daño a la gente a la que se suponía que debías proteger —mi tono se endureció a causa de la indignación.

Sus lágrimas desaparecieron tan rápido como habían aparecido mientras me lanzaba una mirada asesina.

—Ivie, Ivie. Ivie —repitió entre dientes, cáustica—. ¿Por qué estás tan preocupado por una mujer a la que no podrías importarle menos?

Después de que Ivie rechazara mis disculpas en el jardín, las palabras de Miranda me resultaron especialmente duras. Apreté los labios tratando de contener mi ira, para no dejar que notara el efecto que sus palabras habían tenido en mí.

—Ya basta, Miranda.

Pero ella estaba lejos de terminar. La rabia en sus ojos crecía a cada instante.

—¡Tuvo un hijo sólo la Diosa sabe con quién y ahora quiere aparearse con tu primo en busca de poder! ¡Y tú sigues queriéndola! —gruñó—. ¡Yo soy tu pareja, no ella!

Extendí la mano y golpeé la pared a mi lado, abriendo un gran boquete en ella. Luego bajé la mirada hacia Miranda, para hacerle entender que mi paciencia se estaba agotando.

—Si no te comportas —gruñí—, haré que te encierren de nuevo sin importar lo que digan nuestras malditas leyes.

Miranda se irguió más y guardó silencio. Pero no me creí que había acatado mis órdenes cuando se mordió el labio inferior con los dientes en un aparente intento de reprimir sus palabras, mientras la rabia seguía patente en sus ojos brillantes y feroces.

—Bien —dije—. Te comportarás en el banquete o estarás de vuelta aquí antes de que puedas parpadear.

Dicho esto me fui, con la mente centrada en mi última conversación con Aiden.

—Es como usted sospechaba, príncipe Dante. Una facción del consejo ha estado celebrando reuniones clandestinas —me había confirmado.

Una de las pocas veces en las que tener razón no me tranquilizó.

Había reflexionado sobre la advertencia de Ivie en mi despacho sobre de una rebelión en ciernes. Había pasado ya tiempo desde que descubrí que Miranda estaba detrás de los atentados contra su vida, y algo no cuadraba.

Todo estaba ocurriendo al mismo tiempo.

La tensión que iba creciendo en la corte incluso antes del repentino regreso de Jordan y del ultimátum fijado por el consejo. El gran número de mercenarios que ejecutamos por intentar hacer daño a Ivie y ahora la planificación de esta boda real que tenía a toda la corte distraída, yo incluido.

No creía en las coincidencias.

—¿Ha estado Jordan en alguna de estas reuniones? —pregunté.

No es que yo quisiera lanzar sobre Jordan acusaciones infundadas de que estaba detrás de lo que fuera esto como medio para frustrar su compromiso con Ivie. La verdad es que no.

Sin embargo, si resultara ser cierto, no me disgustaría demasiado.

—No que sepamos. —Aiden negó con la cabeza—. Aunque la información que tenemos es... bastante limitada.

—¿Sabemos si nuestro ejército ha sido comprometido? — pregunté.

A diferencia de los tiempos antiguos, cuando teníamos ejércitos a mano en caso de cualquier invasión, ahora nuestras fuerzas de combate estaban algo dispersas entre su academia de entrenamiento, el palacio, la residencia de la corte circundante y grupos de guardias de élite destacados en tierras de individuos particulares, así como en nuestras fronteras, con el consejo de gobierno a cargo de sus movimientos en ausencia de un monarca que los dirigiera.

Casualmente, una boda real era uno de esos pocos acontecimientos que requerían la concentración de nuestro ejército en el mismo lugar.

Otra coincidencia que no me gustó nada.

Golpeé el escritorio con mis garras, sumido en mis pensamientos.

—Necesito una lista de los miembros consejo presuntamente involucrados —ordené.

Aiden dudó.

—Mi príncipe, podría ser cualquiera de ellos. A menos que se reúnan de nuevo, no tenemos forma de saberlo.

Me quedé pensativo. Aiden tenía razón. Todos los miembros del consejo tenían motivos suficientes para encabezar una rebelión con la esperanza de instalar a un rey que pudieran

manipular, a diferencia de un testarudo cabeza dura como yo.

Pero algo no encajaba. ¿Por qué tanta prisa? Yo no tenía herederos, y mi apareamiento con Miranda ya se había ido al infierno. Para mí ahora sería imposible reclamar el trono. Entonces, ¿por qué no podían esperar a que el trono pasara de forma natural a Jordan?

Tenía demasiadas preguntas y pocas respuestas.

—Investiga los últimos proyectos aprobados por Hacienda y dile a Derek que me informe inmediatamente —ordené a Aiden.

Los fondos del tesoro real procedían principalmente de los impuestos, así como de las existencias cuidadosamente mantenidas y supervisadas por cada monarca reinante. Si iba a haber algún movimiento político importante, necesitaría mucha financiación. Podría obtener una posible pista al respecto averiguando quién había firmado la financiación.

Aiden se inclinó.

—Sí, príncipe Dante.

—También quiero un informe sobre las actividades recientes de Jordan y cualquier asociación oculta.

Sabía que había una pequeña posibilidad de que me estuviera obsesionando con que él podría ser el cerebro detrás de todo esto simplemente porque Ivie lo había elegido, pero aun así necesitaba estar seguro.

Anunciaron que yo era el ganador de la cacería y empezó el festín.

Fue grandioso y las actuaciones espectaculares, o al menos supuse que lo eran porque no podía apartar los ojos de Jordan e Ivie.

Cualquier animosidad que hubiera habido entre ellos y que la había hecho llorar había desaparecido. Sentados uno junto al otro en colores complementarios, parecían una pareja ya emparejada.

Ivie sonreía por algo que él decía y, a diferencia de las muecas llenas de sarcasmo y las sonrisas educadas pero distantes que me dedicaba, ésta era genuina.

Lo odiaba. Odiaba lo cómodos que estaban el uno con el otro. Odiaba la facilidad con que ella le regalaba las sonrisas que yo tanto deseaba para mí. Pero, sobre todo, odiaba lo mucho que deseaba estar en el lugar de Jordan.

Jordan movió un plato colocándolo delante de Ivie y la sonrisa de ella se amplió al tiempo que aumentaba mi irritación al verlo.

¿Qué se creía que estaba haciendo ese idiota? ¿Qué haría después, masticar la comida por ella? Era una completa estupidez.

Yo debería estar observando a los Ancianos, tratando de leer su comportamiento durante el evento, atento a cualquier interacción inusual con los guardias. También debería haber charlado con unos y con otros, para averiguar el ambiente actual en la corte.

Ivie se rio y mi atención volvió a centrarse en ella y Jordan. Él le ofrecía una servilleta, pero ella la rechazó y se limpió la comisura de los labios con el dedo.

Nunca deseé tanto ser un dedo.

Diosa, ¿qué me pasaba?

Sin embargo, a Ivie se le escapó una mancha y Jordan se inclinó para ayudarla a limpiarla con la servilleta.

Me enfurecí. Decidí que lo mataría por tocarla. Yo era el único que podía limpiarle la salsa de la boca.

Amo a Jordan... este compromiso se mantendrá, y seré la compañera de Jordan.

Las palabras de Ivie resonaron en mi cabeza cuando estaba a punto de levantarme para matarlo. Me detuve. Ivie quería a Jordan... Si lo mataba, ¿me odiaría aún más de lo que ya lo hacía?

Joder.

De repente, me vino a la cabeza la idea de Jordan e Ivie apareados. Pensé en él abrazándola como yo solía hacer, tocándola, besándola, haciéndole el amor... no.

Lo mataría ahora y pensaría en la ira de Ivie después.

Miranda puso la mano sobre la mía, sacándome de mis pensamientos asesinos, con una sonrisa en la cara, pero con los celos brillando en sus ojos.

—Al menos podrías intentar fingir que no estás deseando a esa zorra —susurró.

Le aparté la mano de la mía, ignorando las miradas curiosas que atrajo la acción.

—Llama zorra a Ivie una vez más y olvidaré que seguimos apareados —gruñí en voz baja.

Me levanté de la silla y fui hacia donde estaban Ivie y Jordan. Ella me miró con los ojos muy abiertos, como si pudiera percibir la violencia de mis pensamientos.

Le tendí la mano.

—Baila conmigo. —No era una petición.

CAPÍTULO 15



IVIE

—**B**aila conmigo —ordenó Dante.

Como si no acabara de redefinir mis límites con él. Como si no me hubiera negado a tragarme su mierda de que se preocupaba mucho por mí.

Como si no acabara de luchar por la relación entre Jordan y yo.

Dante me miró fijamente y el calor de esos ojos grises metálicos me abrasó el alma.

No me di cuenta cuando puse mi mano sobre la suya hasta que caminábamos hacia la pista de baile.

¿Aún Dante me afectaba tanto?

No. Acepté su mano porque no tenía otra opción. Como ganador de la cacería de Licántropos, podía bailar con cualquier hembra no apareada que quisiera.

Esa era la única razón por la que había cogido su mano.

Noté mi ira cuando llegamos a la pista de baile. Toda la corte Licántropa nos observaba con poca curiosidad.

—¿Qué estás haciendo? —mascullé entre dientes.

Dante no podría haber parecido más indiferente si lo hubiera intentado, mientras se giraba hacia mí con una sonrisa arrogante en la cara.

—Lo que me plazca.

Me estremecí, apenas capaz de contener mi rabia, al darme cuenta de que me estaba devolviendo las palabras que le había dicho antes en el jardín.

Haré lo que me plazca. Y por la Diosa que este compromiso se mantendrá, y me convertiré en la compañera de Jordan.

—Genial. Entonces déjame en paz —dije.

Me giré para marcharme, pero Dante me cogió del brazo y me hizo girar al ritmo de la música.

Intenté apartarme, pero no me soltó de la cintura y se inclinó hacia mí.

—Ni hablar, Ivie —murmuró con suavidad y su aliento en mi oreja me hizo sentir un hormigueo. Apreté mi mano en un puño mientras intentaba contener mi rabia.

—Te odio —gruñí.

Dante me acercó más a él. Mucho más cerca de lo que era apropiado para el baile, sus labios todavía en mi oído.

—No me importa —su voz era grave, oscura e insoportablemente indiferente.

Atrás había quedado el Licántropo que casi me había suplicado en el jardín que cancelara mi compromiso, el Licántropo que me había mirado con tanta pasión que casi había creído sus palabras, a pesar de que sabía que no era así.

Dante volvía a ser el arrogante que siempre fue, y no estaba segura de cómo me sentía al respecto.

Pero no me importaba. ¿Dante quería bailar? Bien, pero lo haríamos a mi manera, no a la suya.

Recuperé el paso e inicié un giro, poniendo algo de espacio entre Dante y yo. Mientras me movía, vi que Jordan nos miraba con evidente sorpresa y lo que parecía un atisbo de rabia. Pero antes de que pudiera confirmarlo, la aterciopelada y suave voz de Dante me llegó al oído.

—Estás impresionante, Ivie —murmuró, siguiendo mi movimiento con facilidad. Le miré. Me miraba fijamente, con una mirada dulce—. Siempre lo estás.

Aparté la mirada, con las mejillas encendidas por sus palabras. Estaba jugando conmigo, como siempre. No podía dejar que me afectara con tanta facilidad.

—Estoy comprometida —repuse con voz inexpresiva, molesta por la facilidad con la que sincronizaba sus movimientos con los míos.

Dante no me criticó por haber puesto fin a mi compromiso, como yo esperaba. En lugar de eso, se inclinó hacia mí y me olisqueó el cuello, rozando mi piel con la nariz mientras me acompañaba en el baile sin perder el paso.

—Tu olor —su voz se volvió más gutural y grave—. No puedo pensar con claridad cerca de ti, Ivie.

Sus palabras hicieron que se me pusiera la piel de gallina. Sentí flaquear las rodillas y, por un momento, no pude decir nada.

Sólo por un momento.

—Eres tan canalla —repuse por fin, mi voz tan fría como el hielo. —Tu compañera nos está mirando, lo sabes.

Aunque no podía verla desde la posición en la que me encontraba, podía sentir la abrasadora intensidad de la mirada de Miranda sobre mí.

Como si ella necesitara más razones para odiarme.

—Siento no haberte protegido —soltó Dante entonces. Yo vacilé y casi olvidé girar. Nunca

esperé que él dijera algo así.

Le miré, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Los intentos de asesinato contra ti —aclaró, al tiempo que esos ojos grises se volvían imposiblemente suaves mientras me miraba—. Debería haber estado ahí para ti.

El corazón me dio un vuelco. ¿Por qué Dante se comportaba así? En un momento era arrogante y desagradable, y al siguiente decía cosas que me tocaban la fibra sensible.

Recuperé el equilibrio. No permitiría que supiera que sus palabras me habían afectado.

—No importa. —Me encogí de hombros.

—A mí me importa. —El arrepentimiento asomó a aquellos orbes grises mientras hablaba.

—Claro —repliqué, ácida.

Ya había decidido que nada de lo que dijera Dante importaba. El baile terminaría en cuestión de turnos y yo sería libre de...

—Siento no haberte protegido también aquí —añadió él en voz baja y algo en mí se rompió un poco más.

Hubo un tiempo en que esas palabras hubieran sido todo lo que necesitaba que me dijera para darme a entender que sería mi aliado en un lugar extraño donde no conocía a nadie. Para que me cuidara. Para que me abrazara.

Pero mi entonces compañero ni siquiera me miraba.

Le miré a los ojos.

—Puedes dejar de actuar, ¿sabes? Sé que en realidad no te importo —repliqué, mi voz constreñida por la ira y el dolor.

Dante no dijo nada mientras me guiaba en otro giro, sus pasos suaves y precisos, su mirada sin apartarse de la mía.

—Eso te resulta más fácil, ¿no? —dijo unos segundos después, confundiéndome aún más.

—¿Qué es más fácil?

La mano de Dante volvió a posarse en mi cintura cuando terminó el giro.

—Crear lo peor de mí, en lugar de afrontar la posibilidad de que me importas —respondió con voz tranquila y suave, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario en mí.

¿Crear lo peor de él? ¿en serio? Como si no hubiera sido él quien me rompió primero.

Sentí el pecho arder de ira.

—Que te jodan —gruñí empujándole antes de salir de la sala sin importarme lo que pensara la puta corte.

Detestaba aquel lugar con una intensidad que me dejaba aturdida. Pero sobre todo odiaba a Dante por destruir los muros que había levantado para mantenerlo alejado con unas pocas palabras muy bien elegidas.

Odiaba el hecho de que, salvo aquel día en su despacho, este baile con él era sin duda lo más vivo que me había sentido desde mi compromiso con Jordan.

Su forma de mirarme, de rozar mi piel con suavidad despertaban tanto deseo en mí que por un momento sus palabras no me parecían mentiras por lo mucho que deseaba que fueran verdad.

Sentí un impulso repentino de volver a mi habitación, arrancarme el vestido con el que Dante me había tocado por todas partes y restregarme todo el cuerpo hasta que desapareciera el deseo que él había engendrado en mí.

Estaba a punto de doblar la esquina cuando la voz de Melody me hizo detenerme.

—Puedes contar conmigo.

No era nada particularmente sospechoso, pero después de lo que ella había dicho antes en la ceremonia de bienvenida, me oculté en un rincón para escuchar a escondidas su conversación sobre todo cuando vi que estaba hablando con su tía, Lady Sinclair.

—No cambiaré de opinión —repuso esta última desapasionadamente y Melody se sonrojó.

—Ya no soy una niña.

Lady Sinclair no pareció impresionada por sus palabras.

—El hecho de que tengas que decirlo reafirma tu ineptitud —replicó, ácida.

Entonces Melody, con voz llena de justa indignación, dijo algo que me interesó mucho.

—¿El futuro de toda nuestra especie depende de esto y usted no me permite acudir a la reunión?

Su tía se apartó de ella, moviéndose en dirección opuesta a donde yo estaba.

—No tienes ninguna contribución válida que hacer —replicó Lady Sinclair por encima de su hombro. —En tres semanas, todo habrá terminado. Espera hasta entonces.

¿Qué iba a pasar en tres semanas?

Espera, espera. ¿No era lo que faltaba para mi ceremonia de apareamiento con Jordan?

Las manos de Melody se cerraron en un puño y, aunque no pude verle la cara porque se había girado para mirar a su tía, pude oír la rabia en su voz.

—No me quedará aquí. Sé que se celebra la semana que viene en la Residencia Hamilton. Yo...

Lady Sinclair le dio un bofetón y el olor cobrizo de la sangre llenó de repente el aire.

—Sigues siendo una niña. Y una estúpida —dijo con voz aguda y mordaz—. ¿En serio arruinarías años de planificación con tu estúpida lengua sólo para obtener mi reconocimiento?

¿Años de planificación para qué exactamente?

Oí que Melody se disculpaba, pero yo ya me alejaba lo más sigilosamente que pude, dándole vueltas a las implicaciones de lo que acababa de oír.

Si los Sinclair se unían a la rebelión, entonces Dante tenía algo por lo que preocuparse de verdad.

No es que fuera de mi incumbencia. Mi única preocupación era mantener a Mason fuera de aquello, y para lograrlo, necesitaba estar en esta Residencia Hamilton a tiempo para esta reunión.

Estaba en albornoz secándome el pelo cuando llamaron a mi puerta. Dudé unos instantes antes de entreabrirla.

—Jordan—. No debería haberme sorprendido.

Me miró, sus ojos castaños oscuros llenos de preocupación.

—Ivie..., quería comprobar si estabas bien.

Cierto. La última vez que me había visto, yo salí corriendo de la pista de baile, la encarnación misma de la furia sin mirar a nadie, ni siquiera a mi prometido.

Me sentí realmente avergonzada de mí misma. ¿Cómo podía estar tan absorta en mis emociones que me planteé ni una sola vez qué habría pensado Jordan de todo aquello?

Abrí la puerta de par en par y dejé que entrara en mi habitación, intentando poner en orden mis ideas.

—Siento haberme ido así —murmuré sentándome a su lado en el borde de la cama.

Jordan sacudió la cabeza como si yo hubiera dicho una tontería.

—Si alguien tiene que disculparse, soy yo —replicó con firmeza—. Siento cómo se ha comportado antes Dante.

—No, Jordan —protesté—. Eso ha sido culpa suya, no tuya. No tienes por qué disculparte por eso.

Apartó la mirada de mí, su expresión indescifrable.

—Ganó la cacería y... no pude detenerlo, no sin montar un escándalo.

Le puse la mano en el muslo y él volvió a mirarme, con la preocupación aún patente en sus ojos.

—Jordan, está bien. De verdad —aseguré.

Escrutó mi mirada, como si buscara en mis ojos la certeza de que decía la verdad. Lo que vio pareció convencerle, porque me sonrió tímidamente, y yo me encontré devolviéndole la sonrisa.

Las cosas entre Jordan y yo eran fáciles.

Nada intenso, pero al mismo tiempo nada de incertidumbre, dolor, miedo o duda.

Sabía que, incluso después de aparearnos, nunca compartiríamos la química explosiva que tenía con Dante. Pero tal vez podríamos llegar a compartir algo diferente que no me rompiera el corazón cada dos segundos. Algo que siguiera siendo precioso a su manera.

Como si pudiera leerme la mente, puso su mano sobre la mía antes de hablar, sus ojos marrones aún escrutando los míos.

—Sé que nuestro compromiso no es perfecto, pero espero de verdad que aún podamos convertir esta relación en algo real.

De repente sentí la boca seca y me lamí el labio inferior con nerviosismo.

—Sí, yo también —aseguré, rechazando aquella aprensión.

Jordan era la opción segura. Ya había aceptado ser su pareja, así que ¿por qué aún dudaba?

É estaba inusualmente callado, y levanté la vista hacia él con recelo sólo para descubrir que me miraba a los ojos. Mis palabras murieron en mi garganta cuando levantó la mano y me acarició la mejilla casi con reverencia, con el pulgar recorriéndome el labio inferior en el mismo lugar donde hacía un momento había estado mi lengua.

Entonces me di cuenta.

Sin querer, le había estado dando señales equivocadas.

Desde dejarle entrar en la habitación estando yo en albornoz hasta sentirme tan mortificada por mi comportamiento anterior que le había hecho señas para que se sentara en mi cama en lugar de en mi sillón, y luego le había puesto la mano en el muslo para llamar su atención y...

Jordan me apartó el pelo mojado de un hombro y sus dedos rozaron el lugar que la nariz de Dante había rozado durante nuestro baile.

Pero ahora ni la piel de gallina ni el deseo inundaban mis venas. No sentía nada. Absolutamente nada.

Sin embargo, no me alejé de él.

Hacer eso sería tanto como admitir que Dante aún tenía alguna influencia en mí. No la tenía.

Su mano se deslizó hasta mi nuca, sus ojos castaño oscuro se oscurecieron de deseo mientras se inclinaba hacia mí.

Es más fácil, ¿no? Creer lo peor de mí, en vez de afrontar la posibilidad de que me importas.

Las palabras de Dante resonaron en mi cabeza. Con sólo pensar en él me separé de Jordan y me levanté de la cama.

No fui capaz de mirarle a los ojos.

—Lo siento —murmuré con voz temblorosa—. Pensé que estaba lista, yo...

No me dejó terminar.

—Entiendo —se limitó a decir.

Lo miré, sorprendida.

¿Lo entendía? Ni siquiera yo entendía qué demonios me ocurría.

Sus ojos marrones se encontraron con los míos. Nunca antes vi tanto dolor reflejado en ellos.

—Todavía sientes algo por él.

Se me cayó el alma a los pies.

—Jordan.

—Aunque te haya hecho daño y tenga compañera, sigue siendo tu compañero predestinado, elegido por tu Diosa —dijo con tristeza, mirándome a los ojos—. ¿Cómo puedo competir con eso?

No supe que contestarle. Ni siquiera fui capaz de negarlo.

Asintió, como si mi silencio hubiera confirmado algo y luego se dio la vuelta para salir de mi habitación.

En esa fracción de segundo en que se giró, mil pensamientos inundaron mi mente.

Jordan iba a cancelar nuestra boda. ¿Y por qué no? Sentía que no podía compararse con mi compañero.

Pero Dante me había herido en el pasado. Me hizo sentir pequeña e indigna de él. Luego me rechazó y rompió nuestro vínculo para elegir a Miranda antes que a mí, con quien seguía felizmente apareado años después.

El hecho de que pudiera sentir algo más que repugnancia por él sólo demostraba lo enferma que estaba.

Pero ya no quería estar enferma.

Cogí la muñeca de Jordan.

—Jordan, te elijo a ti.

Él se detuvo. Me puse delante de él. Me miró, sorprendido, y después a mi mano aún sobre la suya.

—La Diosa puede haber elegido a Dante para mí, pero quiero que esto funcione —dije, convencida de cada palabra—. Quiero que esto funcione —repetí.

Me miró, incrédulo.

—Ivie.

Intenté contenerlas, pero se me saltaron las lágrimas.

—Ya no quiero sentir nada por un hombre que sólo me hace daño.

Se me quebró la voz al pronunciar esas palabras y lo siguiente que supe fue que Jordan me había estrechado en un abrazo, acunando mi cabeza contra su ancho pecho.

—Nunca te haré daño —dijo, y me sonó a juramento.

Y por la Diosa que le creí, aunque el dolor en mi pecho no cesaba.

—Lo siento —musité, aunque no sabía bien por qué me disculpaba.

Jordan no dijo nada. Sólo me abrazó.

Y fue entonces cuando decidí que, aunque me aparearía con él por Mason, también haría todo lo posible por hacer lo correcto por Jordan.

Dante era el pasado y se quedaría allí.

Llamé a Mia a primera hora de la mañana siguiente.

—¿Cómo está Mace? —pregunté, ansiosa, como si no lo hubiera estado viendo casi cada dos días en las videollamadas con él.

—Lenta pero inexorablemente me está quitando toda las ganas de tener hijos —respondió Mia con gesto serio antes de esbozar una sonrisa juguetona—No te preocupes, es genial.

Me reí. Mason podía ser difícil a veces.

Entonces llegué al motivo principal de la llamada.

—Necesito que me ayudes con algo —pedí—. Por casualidad no conocerás la Residencia Hamilton, ¿verdad?

Estuve pensando toda la noche después de que Jordan se fuera. No conocía a ningún miembro de la corte con el apellido Hamilton. Entonces, ¿qué habían querido decir los Sinclair con la Residencia Hamilton?

Mia también parecía perdida.

—No lo creo, pero puede que conozca a alguien que sí.

Tras prometerme que me informaría de lo que averiguara, Mia cortó la llamada y me dejó preparándome para mi próximo evento.

La Hoguera de la Purificación.

No tendría lugar hasta dentro de dos días, pero en las horas que quedaban, las damas de la corte debían venir para demostrar sus buenos deseos con regalos y lo que ellas eligieran

No esperaba que vinieran muchas por el miedo que les causaba Miranda, pero me sorprendió la gran cantidad de regalos que recibí.

Miranda, sin embargo, no apareció a pesar de que Dante había levantado su orden de reclusión. Parecía que todo estaba bien con la pareja real de nuevo. Bien por ellos.

No había vuelto a ver a Dante desde esa noche, lo que también estuvo muy bien.

Todo iba maravillosamente bien.

La Hoguera de la Purificación se celebraba en el mismo bosque donde se había desarrollado la cacería. Según el curso intensivo que me dio Jordan, la hoguera significaba la muerte y el renacimiento.

Básicamente significaba la muerte de la antigua vida de cada uno a favor del renacimiento de una

nueva vida con la pareja elegida, pero lo que la hacía realmente a los ojos de los Licántropos era que se consideraba un rito de fertilidad.

La noche era fresca y oscura, excepto por la luz de la luna, mientras uno de los ancianos Licántropos hablaba frente a la pira que albergaría la hoguera.

—La pareja dejará de lado viejos lazos para forjar otros nuevos...

Jordan tomó mi mano entre las suyas y yo le sonreí.

Podía sentir que alguien nos miraba con intensidad, pero no me giré para saber si era Dante o su preciosa compañera.

No importaba.

Jordan era ahora mi futuro.

CAPÍTULO 16



IVIE

No me importa Dante.

Repetía esas palabras eran como un mantra en mi cabeza mientras caminaba hacia la pira apagada con Jordan, pero el aire se espesaba con una tensión invisible a medida que la distancia entre Dante y yo se acortaba.

Jordan y yo nos detuvimos justo delante de la pira apagada y nos miramos el uno al otro.

Él iba desnudo de cintura para arriba, como la mayoría de los Licántropos masculinos reunidos en el claro y, al igual que ellos, iba cubierto por una vestimenta muy parecida a una falda escocesa tradicional, pero con muchos más pliegues. Yo llevaba un vestido sencillo y vaporoso en tonos tierra, sin adornos, con el pelo suelto, que me caía por la espalda en ondas.

Sin duda parecíamos las versiones más primitivas de nosotros mismos, pero la casi sonrisa tímida de Jordan seguía siendo familiar.

Yo también sonreí cuando, con mi mano en la de Jordan, arrojamos el nudo que habíamos hecho con las telas de nuestros trajes a la pira apagada.

Un símbolo del fin de viejos lazos y de la forja de otros nuevos.

Adormecida por la falsa sensación de seguridad de esta acción, cometí un error.

Miré directamente a Dante.

El corazón me dio un vuelco y me quedé paralizada. Pero no. No fui yo quien se congeló en ese momento, sino el mundo.

El mundo entero excepto Dante y yo.

Incluso a la tenue luz de la luna, era guapo. Quizá aún más si la luz proyectaba sombras sobre sus pómulos esculpidos, su mandíbula cincelada y sus labios perfectamente perfilados. Debajo, su pecho desnudo y sus sólidos abdominales brillaban por el sudor y la grasa.

Levanté la mirada antes de que siguiera bajando y me encontré con la de Dante. Sus ojos, de un fascinante gris metálico que casi parecía negro como el carbón con aquella luz me provocaron una sacudida de deseo con solo una mirada.

Una mirada hambrienta, furiosa, depredadora y letal a la vez.

Desvié la mirada y el mundo se puso en marcha de nuevo. Sentí entonces la mano de Jordan sobre la mía, mientras me guiaba lejos de la pira apagada.

Seguía sonriendo como si no hubiera visto la mirada que intercambiamos Dante y yo. Me sentí culpable, pero en el fondo sabía que era lo mejor.

Había sido un desliz. Dante y yo teníamos tanta química que pedir que desapareciera de golpe sería pedir lo imposible. Pero a su debido tiempo me olvidaría de él.

No tenía otra opción.

Jordan y yo apenas nos habíamos sentado cuando empezaron a sonar los tambores y el anciano que oficiaba la ceremonia lo anunció con una voz que recorrió todo el claro.

—¡Que empiece la hoguera!

A continuación, dos guardias se dirigieron hacia la pira desde ambos lados, con sendas antorchas en las manos y, cuando la encendieron, el fuego iluminó el claro.

Los Licántropos podían ser sobrenaturales pretenciosos, pero también sabían cómo divertirse. A tope. Los aullidos llenaban el aire nocturno entremezclados con las canciones cuyas letras apenas podía oír por encima del estruendo de los tambores.

Los ritmos y las melodías eran tan pegadizos que mis hombros empezaron a moverse antes de que me diera cuenta.

Jordan me dio un codazo en el hombro y me miró con los ojos brillantes.

—¿Quieres bailar?

—Yo.... —vacilé. Quería bailar con él, pero no sabía cómo bailar esto.

Había recibido algunas lecciones en los dos últimos días, pero sólo me habían enseñado el movimiento básico de piernas y me dijeron que me dejara llevar y me perdiera en el baile.

Aunque no estaba muy segura de lo que eso significaba.

Jordan sonrió divertido y luego tiró de mí para levantarme de mi asiento y acercarme a la zona casi desierta que, supuse, servía de pista de baile.

Entonces empezamos a bailar.

Como había temido, yo no lo hacía demasiado bien, pero Jordan sí, y con él guiándome no hice demasiado el ridículo.

—Eres realmente buena en esto, Ivie —Jordan parecía gratamente sorprendido.

Sabía que no era así, sobre todo con los movimientos más lentos y sensuales y que sólo me dejaba llevar, pero sonreí de todos modos.

—Gracias. Tú también eres muy bueno.

Jordan y yo estábamos disfrutando de un momento especial. Yo me sentía bastante bien y...

Dante y Miranda bailaban juntos.

La expresión de Dante era tan inexpresiva y severa como antes, cuando aún estaba sentado, pero la de Miranda era cualquier todo lo contrario.

Jadeaba, con las pupilas totalmente dilatadas, las uñas clavadas en el pecho de Dante y golpeando sus caderas contra él, literalmente se lo estaba follando a la vista de todo el que quisiera verla. Incluso parecía sentir la agonía de un orgasmo intenso.

Me ardieron las mejillas y me apresuré a apartar la mirada antes de que alguien pudiera pillarme mirando aquel espectáculo.

Era tan lascivo y repugnante. Si querían tener sexo, que lo hicieran en su dormitorio, pero no aquí.

Intenté concentrarme en bailar a ritmo con con Jordan, pero contra mi voluntad me encontré mirándolos a hurtadillas de nuevo.

De algún modo, ahora era incluso peor.

Miranda tenía la espalda pegada contra el cuerpo de Dante, que la rodeaba con el brazo por la cintura mientras ella se arqueaba contra él.

No fui capaz de procesar el torrente de emociones que sentí en ese momento. Tropecé con los pies de Jordan y casi me caí de bruces.

Su brazo me rodeó la cintura y me sostuvo.

—Ivie, ¿estás bien?

Me sonrojé. ¿Qué demonios me ocurría?

No sentía nada por Dante. ¿Cómo podía haber tenido esos pensamientos, aunque sólo fuera por un momento?

—Lo siento. —Lo miré mientras me roía la culpa por lo que acababa de sentir—. Creo que me he agotado con todo este baile.

La mirada de Jordan era suave y tierna.

—Volvamos a nuestros asientos —decidió.

Sí, nuestros asientos. Cuanto más lejos estuviera de Dante, mejor.

Ojalá fuera así.

Me bebí de un trago la copa que me tendió un camarero que pasaba junto a mí.

—Es mejor que vayas más despacio, son más fuertes de lo que parecen —advirtió Jordan, un poco preocupado.

Esperaba que las bebidas fueran fuertes, lo bastante como para distraerme del hecho de que, aunque Dante y Miranda ya no estaban bailando, ella estaba prácticamente encima de él en ese momento.

—Puedo aguantar el alcohol, no te preocupes —forcé una sonrisa que apenas podía sentir—.

Siento que no hayamos podido bailar más por mi culpa.

Él no parecía molesto.

—Ivie, está bien. Tienes que dejar de disculparte por cosas sobre las que no tienes control.

Dios, era dulce. Y considerado. Y amable. E iba a ser mi compañero.

—Lo siento por eso... —empecé a disculparme de nuevo. Sólo me di cuenta de lo que estaba diciendo cuando a mitad de la frase, cuando Jordan empezó a reírse de mí.

Sonreí y tal vez la noche habría resultado diferente si un Licántropo no se hubiera acercado a nosotros en ese mismo momento haciendo una leve reverencia antes de susurrar algo al oído de Jordan.

Su sonrisa desapareció y dio paso a una expresión extraña que nunca había visto en su rostro. Despidió al Licántropo con un gesto antes de volverse a hacia mí con una pequeña sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Ivie, necesito un momento para comprobar algo.

—¿Ahora quién es el que se disculpa innecesariamente? —Sacudí la cabeza, con una sonrisa de pesar—. Puedes irte, no te preocupes.

Jordan me besó en la frente y luego se marchó. Mieras le veía alejarse, me pregunté qué podía haber cambiado tan drásticamente su estado de ánimo.

Cometí el error de volver a mirar a Dante, pero esta vez Miranda ya no estaba a su lado y me miraba a mí.

Desvié la mirada de inmediato y me levanté de mi asiento para coger otra copa.

Podría haber esperado o llamado a uno de los Licántropos, pero necesitaba moverme. Cualquier cosa para no entrar en un duelo de miradas con Dante.

Alcancé a ver a Jordan con el anciano Frey, a algunas damas de la corte y a sus compañeros bailando casi tan lascivamente como Dante y Miranda lo habían hecho antes. Supuse que el alcohol les había afectado a todos.

Me serví un trago, pensando si tomarme la botella entera o no, cuando sentí que alguien se acercaba por detrás.

—Felicidades, Ivie. —La voz de Miranda era estremecedoramente dulce.

Me giré un para mirarla con una pequeña inclinación de cabeza.

—Gracias, princesa.

Su sonrisa dejaba ver demasiados dientes para ser otra cosa que una amenaza.

—Un consejo de tu futura cuñada —continuó con voz un poco más dura—. No desees lo que nunca podrá ser tuyo.

Parpadeé.

—¿Perdón?

Miranda inclinó la cabeza hacia un lado, con una sonrisa burlona en la cara.

—No creas que no he visto las miradas de deseo que le has dedicado a mi compañero durante toda la noche.

Me ardieron las mejillas de vergüenza, pero me negué a dejar que Miranda ganara.

—Te equivocas —repliqué mirándola a los ojos—. Y sobre desear cosas que no son mías..., no me parezco en nada a ti.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué insinúas?

Le dirigí mi mirada más inocente.

—Bueno, Miranda, tú eres a la que se le da tan bien codiciar cosas que no son tuyas —las señalé con el dedo—. Primero Dante, luego el trono.

Abandonó su pretendida cortesía y un gruñido creció en el fondo de su garganta.

—Dante me eligió. Él es mío, siempre lo ha sido.

La corté en el mismo tono.

—Era mi compañero y, a diferencia de ti, yo no necesité un niño para atraparlo.

Estaba segura de que Miranda me daría un bofetón o me arañaría la cara, pero, para mi sorpresa, se limitó a sonreírme con frialdad.

—Voy a disfrutar destrozándote, Ivie.

—Lo mismo digo —repliqué, cogí mi bebida y volví a mi asiento.

Jordan aún no había vuelto y mientras bebía mi copa pensaba en la Residencia Hamilton. Mia aún no me había contestado y no sabía qué más podía hacer para averiguar qué era.

A mi alrededor, los Licántropos bebían y bailaban, los ritmos eran cada vez más intensos y los vítores de la multitud ebria cada vez más fuertes.

Levanté la vista de mi copa y miré a Dante. Miranda estaba de nuevo a su lado, con la mano peligrosamente apoyada en su muslo y una sonrisa seductora en la cara. Dante no se había dado cuenta, parecía mucho más interesado en mirarme a mí.

Cogí mi bebida y le di un buen trago para acabar tosiendo por el regusto agrio.

Me supo extraña.

Y la oleada de calor que sentí de repente tampoco era normal.

Era la misma bebida que el camarero me había dado antes, así que ¿qué había cambiado? Levanté la cabeza y vi que Miranda seguía al lado de Dante, pero me miraba con una sonrisa burlona mientras yo tosía.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Por eso había venido antes al bar? ¿Para distraerme con una discusión mientras me echaba algo en la bebida?

No era acónito, estaba segura. El acónito no me daba ganas de arrancarme la ropa y tirarme al agua más cercana.

Esto era peor. Realmente malo.

Me levanté de mi asiento y me alejé lo más rápido que pude de la hoguera, con la respiración acelerada mientras luchaba contra el impulso de arrancarme la ropa.

Era demasiado. El mundo se desdibujaba a mi alrededor mientras me movía, y tuve la sensación de que podía sentir cada fibra de la tela contra mi cuerpo e incluso el tacto de mi pelo contra mi piel me resultaba insoportable.

Cuando consideré que estaba lo suficientemente lejos de la fiesta, me metí los dedos en la garganta e intenté vomitar.

Salió algo de alcohol mientras me daban arcadas. Volví a intentarlo y salió aún más.

Sentí la presencia de alguien detrás de mí antes de que me echara el pelo hacia atrás, impidiendo que me lo manchara con el vómito.

Me dio una botella de agua y me lavé las manos y la cara e hice gárgaras hasta que me sentí algo mejor.

Entonces me giré y vi a Dante, que apartó su mano de mi pelo.

Que la Diosa me ayude, parecía preocupado.

—Estás muy pálida. ¿Qué has tomado? —preguntó. Después negó con la cabeza—. No importa. Te acompañaré de vuelta a palacio.

Extendió la mano para cogerme, pero me aparté de él hasta golpearme contra un árbol.

—No me toques, joder —gruñí luchando contra un repentino escalofrío. La hoguera calentaba más de lo que yo pensaba.

Dante me ignoró y acortó la distancia entre nosotros, con el ceño fruncido en ese rostro pecaminosamente apuesto.

—No es el momento de ser terca, Ivie, tenemos que llamar a un médico y...

—¡Basta! —grité mientras mis ojos ardían con lágrimas no derramadas—. ¡Deja de actuar como si te preocuparas por mí!

Dante se detuvo. Su confusión era evidente.

—Ivie.

—¿Todo esto te divierte? —Le di un puñetazo en el pecho desnudo, mientras sentía crecer mi ira al recordar su baile con Miranda—. ¡¿Crees que puedes vivir tu vida de ensueño con tu

compañera y aparecer cuando te apetezca para meterte conmigo y sabotear mi compromiso?!

Dante me agarró las muñecas con una mano, y con facilidad las subió por encima de mi cabeza, para impedir que volviera a pegarle. Mis rodillas no deberían haber flaqueado por ello, pero lo hicieron.

Sus ojos estaban llenos de emociones y me pareció ver en ellos un atisbo de dolor.

—Te aseguro que nada entre Miranda y yo es en absoluto de ensueño.

Tan cerca, su olor resultaba mucho más tentador. Por un momento sentí deseos de olerle el cuello y luego saborear su piel con la lengua para comprobar si sabía tan bien como olía.

Entonces procesé lo que había dicho y mi ira hizo desaparecer el deseo.

—Claro que no —repliqué, sarcástica—. No soy tonta, Dante. Sé exactamente lo que eres.

Sus manos en torno a mis muñecas se tensaron casi imperceptiblemente, y sus ojos se oscurecieron.

—¿Por qué no puedes ver lo mucho que me importas? —casi gritó. De pronto, su tono bajó, lleno de emoción contenida—. Eres todo lo que puedo ver, Ivie.

Miré fijamente aquellos ojos grises y el mundo entero se detuvo. El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Pero tú la elegiste. —Apenas pude reconocer mi voz—. Me destrozaste.

Dante me acarició la mejilla con la mano libre antes de inclinarse y presionar su frente contra la mía.

—Fui un estúpido, Ivie. —Sus ojos grises se encontraron con los míos y sus siguientes palabras destrozaron mi mundo—. Mi divorcio ya está en marcha.

Mi mente se quedó completamente en blanco, incapaz de comprender sus palabras.

—¿Qué?

Dante se apartó lo suficiente para que pudiera ver el arrepentimiento en su rostro.

—Dejo a Miranda, Ivie. No puedo mentirme más a mí mismo.

¿Dante se estaba divorciando? No. Esto era sólo otra estratagema para hacerme bajar la guardia. No caería en su trampa.

Pero, ¿por qué se me aceleraba el corazón en el pecho?

—No te creo —repuse.

Dante me soltó las muñecas dejando que mis brazos volvieran a caer a los lados del cuerpo y, sin dejar de mirarme, llevó una de mis manos hasta su pecho desnudo, que yo había hecho todo lo posible por ignorar.

—Escucha mis latidos —su voz era baja pero insistente—. Me estoy divorciando.

El latido de su corazón era constante, pero sobre él percibí la sinceridad que resonaba en sus palabras.

No mentía.

Se me secó completamente la boca y, por una vez en mi vida, no supe qué decir.

—Ivie. —Su voz era ronca y grave y sus pupilas estaban totalmente dilatadas. Me di cuenta entonces de que había estado acariciando su pecho con mis dedos.

Retiré la mano, con la respiración demasiado acelerada.

—No puedo hacerlo —repuse, pero no podía recordar por qué.

—Ivie —repitió Dante.

Se inclinó y, con sus labios a escasos centímetros de los míos, deslizó su pulgar por mi mejilla.

Me estremecí y sentí un cosquilleo al sentir aquel contacto tan especial. Sin poder evitarlo, solté un pequeño gemido.

Dante se puso rígido al oírlo.

—Joder, Ivie.

De pronto, sus labios estaban sobre los míos.

Le abrí la boca, nuestros labios y lenguas chocaron, compitiendo por el dominio. Cada centímetro de él estaba deliciosamente apretado contra mí y mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que estaba segura de que él podía oírlo.

Dante ganó, su mano me acarició la nuca y me inclinó exactamente como él quería. Su lengua me penetró y, de algún modo, a pesar de que sólo era un beso, me pareció más íntimo que todo lo que habíamos hecho hasta entonces.

Sentí como si nuestros muros hubieran caído y yo necesitara saciarme de él. Me descubrí meciéndome desesperadamente contra su erección.

Sus labios abandonaron los míos, y bajaron por el cuello, hambrientos, hasta la parte superior de mis pechos. Eché la cabeza hacia atrás contra el árbol, dejando escapar pequeños gemidos, mientras mis dedos se enredaban en el cabello de Dante, instándole en silencio a seguir.

No escuché la tela al rasgarse, pero de pronto los labios de Dante estaban sobre mis pechos, alternando entre mis pezones, agarrándolos y tocándome de tal forma que los sonidos más embarazosos escapaban de mis labios.

Me perdí en el placer del tacto de Dante. No recordaba por qué había dudado.

Me subió la falda del vestido y mis piernas se abrieron para él.

Dante era mi compañero en todos los sentidos posibles. Mi cuerpo lo sabía, e incluso mi alma había sido conectada a la suya por la Diosa de la luna y...

La diosa puede haber elegido a Dante para mí, pero quiero que esto funcione... Jordan, te elijo a

ti.

El repentino recuerdo de las palabras que dije a Jordan días atrás me golpeó como una bofetada.

Le había dicho que haría todo lo posible para que lo nuestro funcionara, sólo para acabar traicionando a la única persona que siempre había velado por mis intereses en cuanto me dio la espalda.

Empujé a Dante lejos de mí, y mi deseo dio paso a un amargo pesar.

—Esto ha sido un error —dije con voz tan fría como el escalofrío que me recorrió de repente.

Estaba haciendo exactamente lo mismo que Dante había hecho todos esos años atrás. Seguir mis sentimientos volubles por otro en lugar de por la persona hacia la que tenía un deber.

Diosa, yo era una persona terrible.

—Ivie, no lo hagas. —Dante se acercó a mí, su expresión abierta y vulnerable mientras sus ojos grises me suplicaban en silencio—. Por favor, no me alejes.

No me mires así. Sé el gilipollas de siempre. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Quería llorar. Me dolía el pecho y la cabeza y volví a sentirme mal.

—Tu compañera me ha echado algo en la bebida —murmuré. Dante se quedó muy quieto al darse cuenta.

En su rostro percibí la comprensión de que, si no me hubieran drogado, todo habría sido muy diferente.

Me limpié los labios con el dorso de la mano como si pudiera borrar el beso.

—No era yo. De lo contrario nunca hubiera dejado que me tocaras —le miré, mis ojos reflejando todo el asco que sentía.

—Ivie. —No sabía que una sola palabra pudiera contener tanto dolor.

Me equivoqué.

Le empujé con más fuerza.

—Dices que te importo, pero si de verdad fuera así, querrías que fuera feliz. —Las lágrimas ardían en mis ojos, pero se negaban a caer—. Querrías que estuviera con alguien que no me hiciera daño como tú, Dante.

Cuando me giré para irme, no me detuvo.

CAPÍTULO 17



DANTE

— **A** pestas a ella.

No soporté que la voz de Miranda interrumpiera mis pensamientos, pero menos aún que estuviera en mi habitación.

Miranda, que estaba tumbada en mi cama, se puso en pie, completamente desnuda.

Recogí su ropa del suelo y se la arrojé.

—Vístete y vete.

No tenía ánimo para discutir con ella. Sólo podía pensar en Ivi, en el acero que sustituyó a la excitación en esos ojos verde esmeralda cuando me apartó.

Si de verdad te importara, querrías que fuera feliz, querrías que estuviera con alguien que no me hiciera daño como tú...

Lo más doloroso de todo era que Ivie tenía razón. Le había hecho daño.

Mucho.

Y nada de lo que dijera, ninguna de mis disculpas sería suficiente.

—¿Estuviste con ella? —preguntó Miranda sin hacer ademán de ponerse la ropa, con una furia intensa ardiendo en aquellos ojos azul océano mientras acortaba la distancia que nos separaba—. ¡¿Te la follaste?!

Levanté una ceja.

—No creo que eso sea de tu incumbencia, Miranda.

Enrojeció de ira.

—Pareces haber olvidado que eres mi compañero. Mío. No suyo. —Entrecerró los ojos con un brillo peligroso en ellos—. ¿Qué pensará la corte si se entera de que deseas a la futura pareja de tu primo?

Me encogí de hombros y pasé junto a ella.

—Haz lo que quieras, no me importa. Sólo sal de mi habitación.

Miranda no dijo nada, estupefacta. No era para menos.

En el pasado, esa amenaza habría funcionado. Yo habría hecho cualquier cosa para no agravar mi ya delicada situación actual dentro de la corte Licántropa, pero eso era antes.

Antes de darme cuenta de lo poco que me importaba todo eso.

Y la única cosa que realmente importaba, la había perdido.

—Dante —gimoteó Miranda desde detrás de mí, con voz débil y temblorosa.

No me giré.

Me acerqué a mi vestidor y sentí que sus brazos me rodeaban por la cintura mientras me abrazaba por detrás y su cuerpo se amoldaba al mío.

—Dante, por favor, no lo hagas. —Sus lágrimas mojaron la piel desnuda de mi espalda—. Te quiero tanto. Por favor, no permitas que terminemos así.

—Terminamos hace mucho tiempo, Miranda.

La verdad era que lo nuestro se terminó mucho antes de que yo pidiera el divorcio. Pero yo quería creer que no era así. Me mentí a mí mismo y busqué explicaciones para lo vacía que era nuestra relación.

Me mentía a mismo diciéndome que no iba cada dos días a la terraza porque echara de menos a Ivie. Que no echaba de menos su olor. Que no la buscaba en cada mujer de largo cabello castaño oscuro que veía.

Me negaba a aceptar que la razón por la que había dejado de intimar con Miranda era que tenía que imaginar que era Ivie para ser capaz de follar con ella.

Pero la culpa me carcomía y pronto descubrí que no podía tocar a Miranda. Y esa misma culpa fue la razón por la que estuve a su lado todos estos años.

Después de todo, lo menos que podía hacer era quedarme con ella y apoyarla. Por eso pasé por alto sus excesos y me culpé por su comportamiento errático. Me decía a mí mismo que, si la hubiera querido mejor, si la hubiera amado de verdad, Miranda no estaría tan amargada.

Pero no iba a mentirme más.

Aparté sus manos de mí y me volví hacia ella, a esos ojos azules llenos de dolor y lágrimas que recorrían sus mejillas sonrojadas.

Hubo un tiempo en que eso me habría detenido y hecho que me disculpara, pero eso no sería bueno para ninguno de los dos.

—Se acabó, Miranda. Acepta la realidad y deja de hacerte esto. —Mi voz se mantuvo firme, distante pero firme.

Ella negó con la cabeza y sus manos buscaron las mías.

—Aún no te has divorciado de mí. En el fondo aún me quieres, Dante, lo sé —suplicó con voz temblorosa.

De pronto algo cambió en su mirada y su tono se endureció de repente.

—La única razón por la que dices eso es ella, ¿no? Esa zorra intenta ponerte en mi contra. No lo permitiré. Yo...

—¡Ya basta! —gruñí, cortándola en seco. Mi calma desaparecía con rapidez—. Los papeles de nuestro divorcio ya están redactados y el proceso de anulación también se completará pronto. En cuanto terminen las celebraciones, será definitivo.

Las celebraciones.

Las celebraciones previas a la ceremonia de apareamiento de Ivie con Jordan. Todo este tiempo había estado evitando ese pensamiento.

La idea de perder a Ivie. Pero ya la había perdido, ¿no?

—¿Definitivo? —Los ojos de Miranda se abrieron de par en par, con una mezcla de angustia y conmoción, mientras las lágrimas caían sin cesar por sus mejillas—. Dante, ¿por qué?

¿Por qué?

Yo también quería saberlo.

¿Por qué me había enamorado de Ivie contra mi voluntad?

¿Por qué me había mentado a mí mismo y había fingido que no era así en el breve tiempo que pasamos juntos?

¿Por qué le había hecho tanto daño?

¿Por qué la había dejado marchar?

Pero no tenía respuestas.

—Lo siento —me limité a decir..

Me di la vuelta para marcharme, pero lo que dijo entonces me hizo detenerme.

—La mataré. —Su voz era tranquila y fuerte, sin ningún signo de que hubiera estado sollozando hacía unos segundos.

Me volví hacia ella despacio.

—¿Qué has dicho?

Miranda dejó de llorar y me miró con la crueldad de un depredador que se niega a retroceder.

—No dejaré que los dos seáis felices juntos —gruñó, enseñando los colmillos—. Mataré a esa zorra, como debí haber hecho hace mucho tiempo. Y esta vez, te lo prometo, no fallaré.

No supe cuándo comencé a moverme.

Sentí una enorme rabia y estampé a Miranda contra la pared con tanta fuerza que oí crujir sus huesos.

Mi lado bestial me recordó lo fácil que sería romperle el cuello a quien que se había atrevido a amenazar a mi compañera. Apreté con fuerza su cuello y casi pude oír como crujía.

Me contuve en el último momento.

—Si le tocas un solo pelo o tiene algún *accidente*, te mataré —amenacé en voz baja. Mi control pendía de un hilo. Un hilo muy fino—. Te destrozaré pedazo a pedazo, joder. Te llevaré a las puertas de la muerte y te haré suplicar por ella.

Miranda palideció, los ojos muy abiertos y su asombro se transformó en comprensión al darse cuenta de que yo hablaba en serio.

Empezó a temblar. Primero pequeños espasmos sacudieron su cuerpo. Luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

Era una risa absolutamente desquiciada, sin rastro de humor en ella.

La solté y ella se desplomó en el suelo, mientras sus sollozos se entremezclaban con su risa.

Cogí una de mis túnicas y la cubrí con ella. Luego llamé a los guardias.

—Escotad a la princesa a su habitación. Será confinada allí indefinidamente

Ya no me importaba lo que decían las tradiciones sobre su asistencia a todos los eventos.

Miranda intentaría herir a Ivie otra vez. Lo sabía. Y si lo intentaba de nuevo, la mataría. Mantenerla en su habitación era la mejor solución por ahora.

No se resistió ni me miró mientras los guardias la ayudaban a ponerse en pie. Se limitó a salir tambaleándose de la habitación, con suaves sollozos escapando de sus labios.

Luego volví a quedarme solo, sumido en mis pensamientos. Pensamientos sobre Ivie.

Quería que fuera feliz, pero ¿realmente podía dejarla marchar?

Aiden se reunió conmigo al día siguiente en la oficina donde me había refugiado en un intento de evitar ver u oír algo sobre la próxima ceremonia de apareamiento de Ivie.

—Príncipe Dante —dijo, pero apenas le escuché—. Tengo los gastos que me pediste y la rebelión...

Le interrumpí antes de que pudiera terminar su explicación.

—Si tu sola presencia hiere a la persona sin la que no puedes vivir, ¿la dejarías marchar? —pregunté.

Aiden me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Mi príncipe. —Sus palabras estaban llenas de sorpresa, y con razón.

Nunca hablábamos de asuntos personales, sólo sobre la gestión de la empresa y el trono.

Me estaba volviendo loco.

Señalé la mesa.

—Deja aquí los documentos. Puedes irte —dije.

Aiden vaciló. Después dejó las carpetas e hizo una reverencia antes de salir de mi despacho.

Ivie.

Pensé en mi compañera a la que había rechazado de un modo tan estúpido. Pensé en su hermosa sonrisa que no me había ofrecido ni una sola vez.

Y me di cuenta de que quería que sonriera todo el tiempo.

Quería que fuera feliz, verdaderamente feliz... aunque no fuera conmigo.

Me ardían los ojos, pero ahora que mi decisión estaba tomada, tenía otros asuntos urgentes de los que ocuparme.

Hojeé los archivos que me había traído Aiden y cogí el teléfono.

Me cogió al primer timbrado.

—Anciano Frey —dije a modo de saludo.

Él hizo una breve pausa antes de responder.

—Mi príncipe.

Tamborileé sobre la mesa con los dedos, con el expediente abierto delante de mí.

—¿Puedo confiar en usted, Anciano Frey?

No dudó.

—Por supuesto, mi príncipe.

* * *

Asistí solo a las ceremonias posteriores. Si el consejo se percató de que incumplías las leyes al excluir a mi compañera, no dijeron nada.

Estar presente mientras otro macho llevaba a cabo los ritos para unirse permanentemente a mi compañera me dolió más de lo que creía posible, pero lo soporté.

No miré a Ivie. No podía.

Quería que fuera feliz, pero sabía que en el momento en que la mirara, mi determinación se tambalearía y olvidaría todos mis deseos de felicidad para ella.

Las dos semanas siguientes pasaron muy deprisa, la boda real cada vez más cerca a medida que se acercaba la última semana de los ritos nupciales.

Este era mi castigo por haber maltratado a Ivie. Tenía que serlo.

¿Por qué si no me vi obligado a ver cómo Jordan le lavaba los pies al tiempo que juraba estar siempre a su lado y ser su apoyo incondicional?

Sin poder evitarlo, cometí el error de desviar la mirada de Jordan a Ivie.

Su mirada estaba fija en él y una pequeña sonrisa adornaba sus labios.

Algo dentro mí se rompió.

Me aparté de la feliz pareja, me puse en pie y salí de la sala haciendo caso omiso de los murmullos de la corte y los miembros del consejo.

Si me hubiera quedado un momento más, habría olvidado por completo mi decisión de dejar que Ivie fuera feliz.

Pero mi noble decisión no calmó la furia y el dolor que sentía crecer dentro de mi pecho.

Quería romperle la mano a Jordan por atreverse a tocar a mi compañera. Quería llevarme a Ivie y encadenarla a mi cama si eso era necesario para detener su ceremonia de apareamiento.

Pero no pude.

En lugar de eso, destrocé casi todos los muebles de mi sala de recepción y abrí una botella de alcohol. No del tipo normal que beben los humanos, sino uno un poco más fuerte, para los sobrenaturales.

Entonces bebí.

Bebí hasta que me olvidé del dolor en el pecho y el mundo se volvió borroso.

Pero de algún modo, incluso en ese estado, Ivie seguía siendo lo único que veía y en lo que pensaba.

Me puse en pie, con el suelo moviéndose bajo mis pies, y salí tambaleándome de la sala de recepción. Me dirigí hacia mi dormitorio, pero tardé más de lo que esperaba, porque los pasillos se retorcían unos sobre otros y aparecían puertas donde antes no las había.

Joder. ¿Cuánto alcohol había bebido?

Por fin llegué a mi habitación, pero cuando alargué la mano para abrir la puerta, el pomo desapareció y acabé golpeándola con el cuerpo la puerta en lugar de tirar de ella para abrirla.

Si estaba tan borracho que no podía abrir una puerta, estaba muy jodido.

Por suerte, la puerta se abrió sola sin necesidad de pomo, pero alguien se interpuso entre mi habitación y yo.

—¿Quién es...? —Su hermosa voz se cortó al inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás para mirarme, con sus ojos verde esmeralda muy abiertos por la sorpresa.

—Ivie. —Musité, incapaz de creer lo que veía.

Estaba deslumbrante incluso con un sencillo camión vaporoso, el pelo recogido en un extraño recogido y una expresión cercana a la alarma en el rostro.

Pero tan rápido como apareció, desapareció, cerrando la puerta de golpe.

O al menos lo intentó.

Había apoyado la mano en el marco de la puerta para intentar mantenerme en pie. Al intentar cerrarla a toda prisa, Ivie me golpeó la mano con tanta fuerza que la piel se desgarró y empecé a sangrar.

La puerta volvió a abrirse y esta vez el horror se reflejó en su rostro, que apenas podía respirar con la mirada fija en mi mano ensangrentada.

—Dante. —Cogió mi mano entre las suyas—. Lo siento mucho.

Ivie me había cogido de la mano. Después de dos semanas intentando no mirarla y mucho menos tocarla, me sentí como en el cielo.

¿Por qué demonios se disculpaba?

—Estás muy guapa —dije sonriendo.

Frunció el ceño y sentí un repentino impulso de borrar esa expresión de su cara y asegurarme de que no volviera a fruncirlo nunca más. Cuando se inclinó hacia mí y me olfateó, su aroma a vainilla y jazmín hizo estragos en mis sentidos.

—Diosa, ¿cuánto has bebido? —exclamó.

Incluso con aquella expresión severa de su rostro, lo único que deseaba era recorrer con mis dedos los pómulos de Ivie hasta llegar a sus labios carnosos y ver cómo sus ojos verdes se oscurecían de deseo ante mi contacto.

Había una razón por la que se suponía que no debía tocarla, pero en ese momento no podía recordarla.

Me moví intentando acortar la distancia que nos separaba, pero el suelo vino a mi encuentro.

Espera. No. Fui el que se cayó.

Ivie me cogió y casi se cayó bajo mi peso, maldiciendo en voz baja. Algo sobre que pesaba demasiado.

Luego avanzó arrastrando los pies, me puso la mano sobre el hombro y me guio hasta su habitación, donde la puerta se cerró tras nosotros.

—Te curaré la herida —dijo.

Intenté decirle que la herida no era tan grave, pero acabé tropezando conmigo mismo otra vez.

Ivie se acomodó bajo mi peso, murmurando otra maldición, y yo me esforcé por no tropezar de nuevo.

Fallé.

Era realmente una maravilla que estuviera tan ebrio que no pudiera caminar recto y, sin embargo, pudiera ver con claridad a Ivie limpiar mi herida, que se curaba lentamente.

Un mechón de pelo le cayó sobre la cara mientras trabajaba en silencio y se lo colocó detrás de su perfecta oreja. Fue un movimiento pequeño, pero todo lo que hacía Ivie me embelesaba.

—Eres tan guapa que a veces duele mirarte —dije sin poder contenerme.

Ella se detuvo un instante, pero no me miró. Luego siguió limpiando mi herida, pero noté el pequeño temblor que recorría su mano mientras lo hacía.

Instintivamente, coloqué mi mano ilesa sobre la suya antes de llevármela a los labios y besar su dorso.

Ivie contuvo un suspiro y esta vez, cuando me miró, aquellos ojos verde esmeralda brillaban con una emoción que me recordó la expresión de su cara cuando me apartó de ella la noche de la hoguera.

Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua helada por encima al recordarla razón por la que no debía tocarla.

—Dante... —empezó a decir, pero no la dejé terminar.

Le solté la mano, mientras sentía la pena en mi pecho más densa y pesada que nunca.

—Quiero que seas feliz —pude decir por fin—. Aunque no sea conmigo.

Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¿Por qué haces esto? —preguntó en un susurro entrecortado.

No supe qué responder.

Tal vez fuera el alcohol, pero por alguna razón, me encontré pronunciando las palabras que jamás había dicho en voz alta a nadie.

—Mi madre se suicidó.

Entornó los ojos y yo aparté la mirada de ella. No podía mirarla mientras hablaba

—Antes que vivir con una pareja elegida por la Diosa de la luna, una pareja que detestaba, prefirió la muerte.

En cierto modo, Ivie era como ella. Terca. Feroz. Inflexible.

—Yo no quería un vínculo de pareja dado por la Diosa, como el de mis padres. —Si algo había aprendido observándolos mientras crecía, era eso—. Quería elegir yo mismo a mi compañera, una compañera de verdad. Conocer a una mujer lo bastante lo bastante fuerte como para gobernar a mi lado. Así sería mejor compañero para ella de lo que mi padre fue para mi madre. Y pensé que lo había conseguido con Miranda.

Nunca me había enamorado, pero estaba seguro de que aquella chispa de conexión entre Miranda y yo era amor.

Era fácil hablar con ella, fácil estar a su lado con su cálida sonrisa y su corazón generoso. Además, era una Licántropa con título que sería una buena reina.

—Entonces te conocí, Ivie.

Aún recordaba aquel día como si fuera ayer: cómo Ivie había caído en mis brazos y cómo en ese

momento me olvidé de Miranda. De mi compromiso. De mi futuro tan cuidadosamente planeado.

—Tenía el deber con mi pueblo de darles una reina fuerte, pero la Diosa decidió que una mujer loba, una omega, era la compañera perfecta para mí.

En aquel momento, el estatus omega de Ivie supuso un gran problema para mí. Lo sentí como un insulto, como una especie de burla encontrar a una compañera omega apenas una semana antes de mi ceremonia de apareamiento con Miranda.

Fui un estúpido.

—Quería creer que te odiaba. Que odiaba a la mujer que había irrumpido en mi vida y era la encarnación de todas las cosas que nunca había querido en una pareja. La mujer que me hizo romper mis promesas.

Decidir que la odiaba era más fácil que afrontar el hecho de que lo que sentía por Ivie entonces era mucho más complejo que eso.

Ivie se giró en la cama hasta darme la espalda y, cuando habló, su voz temblaba de pura vulnerabilidad.

—¿Tan grande fue mi error?

Oh, Ivie.

Le puse la mano en el hombro y la giré suavemente para que me mirara.

Sus ojos verde esmeralda brillantes por las lágrimas se clavaron en los míos.

—Nunca fuiste un error. Eres una buena persona, tan bella por dentro como por fuera. Soy yo quien no te merece —respondí, y sentía cada palabra.

Sabía que no la merecía y, sin embargo, deseaba que se quedara a mi lado. Ella era lo primero en lo que pensaba cuando me despertaba, lo último antes de cerrar los ojos.

—Eras lo único bueno que tenía, Ivie, la única luz de mi vida y fui un estúpido por negarlo tanto tiempo. Lo lamento. Siento mucho la forma en que te traté.

Sus labios se entreabrieron, con una expresión en su rostro que no supe descifrar.

—Dante, yo...

Este era el momento en que me recordaría que estaba comprometida y enamorada de mi primo.

Pero yo ya lo sabía.

Sacudí la cabeza y la interrumpí.

—Está bien. Sé que esto no cambia nada. No cambia el hecho de que te hice daño y que mis errores no pueden ser perdonados.

No le había contado nada de esto para ganarme su simpatía o su lástima. Era algo que tenía que decirle.

Ivie y yo no podíamos estar juntos, pero al menos me disculparía por todo el dolor que le había

causado y le desearía lo mejor.

—Si Jordan es quien te hace feliz —pronunciar aquellas palabras me resultó un poco más fácil y descubrí que esta vez lo decía en serio—, entonces quiero que seas feliz, Ivie. Muy feliz.

Ella soltó un pequeño gemido y su cabeza se inclinó ligeramente hacia delante, la expresión de su rostro oculta por su cabello.

Pero no ocultaba sus hombros temblorosos ni el sonido de suaves sollozos.

No encontré palabras para consolarla. La rodeé con mis brazos y la abracé mientras lloraba.

CAPÍTULO 18



IVIE

—La prueba final es en dos horas...

—El joyero real ha creado una pieza para ti...

—Mi señora, ¿qué seda del conjunto prefiere?

—Un tocado más tradicional realzaría maravillosamente sus rasgos, mi señora...

Las voces iban y venían a mi alrededor mientras se ultimaban los detalles de mi ceremonia de apareamiento.

Veía pasar los días, mi cuerpo en piloto automático mientras yo observaba desde una distancia segura, y me preguntaba si esto era lo que se sentía al ahogarse.

Todo mi mundo parecía envuelto en una bruma borrosa. Me sentía a la deriva, con el corazón acelerado en el pecho, amenazando con salirse de mi caja torácica, mientras todo mi cuerpo parecía en llamas, aunque el escalofrío en mi interior no dejaba de crecer.

Me sentía hueca y vacía, pero los ojos me escocían de lágrimas que no podía derramar.

Ahora sabía dos cosas.

La primera, que jamás debería haber abierto esa puerta esa noche. ¿La segunda? Dante estaba equivocado. Yo no era una buena persona.

El baile resultaba decadente. O al menos así me lo había parecido en el rápido vistazo que le eché mientras Jordan me llevaba a la pista de baile con todo el entusiasmo de un novio a punto de casarse.

Me miró como si yo fuera la única mujer de la estancia.

—Estás deslumbrante —dijo acercándose a él mientras bailábamos un lento vals.

Una buena persona no habría tenido que fingir su sonrisa mientras inclinaba la cabeza hacia su novio.

—Tú también —repuse mientras le cogía del brazo.

Mientras giraba, no busqué a Dante con la mirada. No es que hubiera importado verlo.

Pero él había vuelto a ignorarme como si aquella noche nunca hubiera ocurrido. Como si nunca

me hubiera abrazado mientras lloraba. Como si no hubiera pronunciado aquellas palabras que desgarraron mis defensas con tanta facilidad.

Si Jordan es quien te hace feliz... entonces quiero que seas feliz. Muy feliz.

Dante no iba a sabotear mi compromiso. No, iba a hacer algo peor.

Dante iba a verme ser feliz.

La felicidad. ¿Era eso?

De pronto mi cuerpo se tensó en los brazos de Jordan cuando tiró de mí para acercarme él.

No supe descifrar la emoción que me invadió en aquel momento, pero me di cuenta de algo.

Quería que Dante me detuviera.

Quería que interrumpiera el baile o provocara alguna escena desagradable

No sólo este baile, sino incluso el siguiente...

Ivie, no. No puedes tener estos pensamientos.

Sé que esto no cambia nada.

O eso había dicho Dante, pero lo había hecho. Lo había cambiado todo.

No había olvidado cómo me había herido Dante. No creía poder hacerlo nunca.

Pero sus palabras me recordaron los pequeños momentos que compartí con él durante el tiempo que pasamos juntos y que me hicieron albergar peligrosas esperanzas de que Dante algún día se acercara a mí.

Como el día en que se lesionó en una sesión de entrenamiento especialmente intensa.

Corrí a su habitación tan rápido como mis piernas podían llevarme sólo para que Dante me lanzara una mirada implacable.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

Al principio no me di cuenta de su enfado. Tenía la mirada fija en la herida abierta de su pecho, y sin darme cuenta, me acerqué a él, con Diana gritando en mi cabeza que teníamos que ayudar a nuestro compañero.

—Estás herido

Dante me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Fuera.

Levanté la mirada y casi me estremecí por la rabia que vi en sus ojos.

—Dante, sólo estaba preocupada y...

—No lo repetiré —advirtió con severidad, tan distante conmigo como siempre.

Me di la vuelta y con lágrimas cayendo por mis mejillas, salí corriendo de su habitación.

No dejé de correr ni siquiera cuando me interné los laberínticos jardines que bordeaban los terrenos del palacio.

Perdida en mis pensamientos sobre Dante y mi preocupación sobre si nuestra relación funcionaría o no, no me di cuenta de que me había perdido.

Plantas y arbustos me rodeaban por todas partes. Algunos se elevaban muy por encima de mí y sus potentes olores me confundían y desorientaban. No había nadie a mi alrededor que me guiara ni ninguna señal que me indicara dónde estaba o cómo encontrar la salida.

Si hubiera estado más tranquila, hubiera caído en que sólo era cuestión de tiempo que se notara mi ausencia y me encontraran, pero en aquel momento no pensaba con lógica.

El pánico se apoderó de mí mientras trataba por todos los medios de encontrar la salida.

Pero no lo logré.

A pesar de mis esfuerzos, lo único que conseguí fue llenarme de moratones y espinas en mis pies al pisar por error un espino tras perder mi calzado.

Nunca me había sentido tan desvalida como en aquel momento, agazapada, sangrando e indefensa.

Naturalmente, ese fue el momento exacto en que apareció Dante.

Su olor me llegó en cuanto entró en el claro. Lo miré con incredulidad y una malsana dosis de alivio.

—¿Dante? —pregunté olfateando el aire.

—Cállate —ordenó con brusquedad antes de levantarme en brazos y llevarme de vuelta al palacio sin decir ni una palabra más.

Después de dejarme sobre la cama en mi dormitorio, puso mis pies sobre su regazo y comenzó a quitarme las púas que se me habían clavado, una a una.

Nunca le había visto tan concentrado, y me pregunté por qué no había dejado esta tarea en manos de Sophia o incluso de uno de los médicos.

Pero tenía demasiado miedo de romper el frágil hechizo de cordialidad que se había creado entre nosotros como para preguntárselo.

Cuando terminó, se puso en pie como si quisiera marcharse.

—Gracias —musité con las mejillas encendidas por la vergüenza.

Dante no dijo nada. Se dio la vuelta y se fue.

No fue la única vez que hizo algo tan fuera de lugar que me hizo dudar.

Como aquella vez que me resfrié y él me cuidó hasta que me recuperé y se marchó en cuanto me desapareció la fiebre. O la vez que me organizó una pequeña fiesta de cumpleaños, pero no

asistió. Era la primera vez que celebraba así mi cumpleaños.

Pero la suma de esos pequeños momentos de atención y apoyo no hizo más que empeorar su traición.

Con las palabras que me había dicho aquella noche repitiéndose en mi cabeza, me vi obligada a reexaminar todo lo que creía saber y conocer sobre Dante.

¿Y si nunca me había odiado?

¿Y si lo que yo había tomado como hostilidad no era más que Dante luchando por aceptar lo que sentía por mí?

¿Dónde me llevaba eso?

Las disculpas de Dante no podían borrar el pasado, pero tampoco era su intención.

Lo siento... sé que esto no cambia nada... no cambia que te hice daño y que mis errores no se pueden perdonar.

Sus palabras se grabaron en mi cabeza, perturbando mis pensamientos.

Se suponía que yo debía celebrar esta ceremonia de apareamiento para garantizar la seguridad de Mace. Y para darme otra oportunidad de ser feliz.

Pero ahora ya no estaba segura de que fuera la opción correcta.

Tal vez habría sospechado que era el último intento de Dante por manipularme y cancelar la ceremonia de apareamiento si no hubiera visto la sinceridad en sus ojos aquella noche. Si no me hubiera abrazado mientras lloraba hasta quedarme dormida en sus brazos en lugar de aprovecharse de mi crisis.

Diosa, ¿qué debía hacer?

Mia me llamó a primera hora de la mañana siguiente, con voz alegre

—Encontré la Residencia Hamilton.

—¿Qué?! —Me incorporé bruscamente en la cama, con la cabeza más despejada de lo que había estado en días.

¿Cuáles eran las probabilidades de que lo consiguiera?

Tras semanas de búsqueda, Mia había encontrado por fin la esquiwa Residencia Hamilton justo dos noches antes de mi ceremonia de apareamiento con Jordan.

Tan rápido como floreció mi entusiasmo, la realidad llamó a mi puerta.

Los Sinclair habían hablado de una reunión que se celebraría la semana siguiente a mi ceremonia de Bienvenida.

La información de Mia llegaba con una semana de retraso y no cabía duda de que me había perdido la reunión de la que habían hablado los Sinclair. ¿Serviría de algo ir hasta allí ahora?

Mia seguía hablando.

—Al parecer su nombre real no es Residencia Hamilton. La llaman así por la persona que se suicidó allí y...

—Por favor, dime dónde está —la interrumpí.

Sabía que la probabilidad de encontrar algo importante en aquella casa era ya casi nula, pero no podía quitarme la sensación de que algo se me escapaba.

Algo grande que no sabía lo que era hasta que viera esa casa.

Además, con mi estado de ánimo actual, si me sentaba a hacer otra prueba de vestido y a combinar joyas, me volvería loca.

Mia me envió la dirección y lo preparé todo con cuidado.

En primer lugar, fingí un resfriado y despedí a todas mis damas de compañía, vaciando mi agenda en un intento de descansar para mi gran día.

Luego me escabullí del palacio, lo que resultó mucho más difícil de lo que pensaba a plena luz del día.

Y tercero, colarme en la Residencia Hamilton, el paso más difícil de todos.

Además de estar rodeada por una valla de seguridad con muchos más vigilantes de lo que exigiría una simple villa en una zona residencial, todos ellos eran Licántropos. Podía olerlo.

Aparqué el coche de alquiler lejos de allí y me rocié con el spray Allure que me había dado Mia. Después me metí la coleta en la sudadera y me puse una gorra que ocultaba un poco mis facciones.

Después di una pequeña vuelta alrededor de la villa tratando de pasar lo más desapercibida posible mientras intentaba encontrar algo sospechoso.

No vi nada, pero claro, tampoco esperaba que la rebelión organizara un té fuera de la casa.

Para investigar de verdad, tenía que acercarme. Tenía que burlar la seguridad de la puerta principal.

Pensé en volver por la noche, al menos tendría el amparo de la oscuridad, pero descarté la idea.

La seguridad por la noche sería más estricta. Si iba a entrar, tenía que ser ahora, pero ¿cómo?

Al principio no me fijé en la pequeña entrada lateral en la verja. Al menos no hasta que se abrió y salió un hombre de uniforme con dos grandes bolsas de basura en las manos.

Estaba delante de la furgoneta de reciclaje cuando un transeúnte lo llamó, y él abandonó las bolsas de basura para cruzar al otro lado de la carretera y hablar con él.

Yo, sin embargo, no le miré a él, sino a la puerta abierta de par en par por la que había salido de la mansión y que ningún guardia estaba vigilando en ese momento.

No sabía cómo sería la seguridad en el interior, pero estaba segura de que no tendría otra oportunidad mejor que esta. Así que la aproveché.

Me moví con rapidez y atravesé la puerta.

Por suerte no había guardias por la zona, lo que me dio tiempo suficiente para orientarme en el recinto que se extendía ante mí.

La villa era una mansión extensa con amplios espacios, jardines tranquilos y unos cuantos coches aparcados delante.

Me aparté de la zona que daba a la fachada de la casa. Necesitaba una entrada más clandestina y no tan vigilada.

Tal vez una entrada para los ayudantes en la villa. Sin duda, no estaría tan protegida. Por supuesto, había una forma sencilla de encontrarla.

Me escondí entre unos parterres cerca de la verja y esperé.

Efectivamente, el hombre uniformado entró sin las bolsas de basura y cerró la verja tras de sí.

Esperé hasta que se alejó un poco y luego le seguí, dejando que me guiara hasta donde yo necesitaba llegar.

El resto fue sorprendentemente fácil. Cogí algo de ropa de un almacén y, a todos los efectos, me había convertido en una criada de la Residencia Hamilton.

Sabía que, si me demoraba demasiado, me atraparían. Tenía que encontrar cuando antes lo que había venido a buscar. Pero el problema era que no tenía ni idea de lo que era.

Pensé en los coches que había visto fuera.

¿Era posible que pertenecieran a invitados? ¿Invitados que habían venido a alguna reunión aquí?
¿Como una reunión de rebeldes?

Sabía que estaba llegando, pero me estaba quedando sin tiempo, así que me concentré en seguir las de voces que no procedían de las zonas de la servidumbre ni de la cocina.

Ya había pasado por una de las habitaciones cuando oí una voz masculina tranquila pero autoritaria.

—Se resolverá en la ceremonia de apareamiento, entonces.

Me detuve y un escalofrío me recorrió la espalda. Lady Sinclair había dicho algo parecido.

Tras asegurarme de que no había nadie en el pasillo me acerqué a la puerta cerrada y pegué la oreja a la madera, para escuchar lo que decían.

—Nada puede salir mal —dijo una voz femenina que me resultó muy familiar.

Me puse de rodillas y espié por el ojo de la cerradura. La habitación parecía algún tipo de estudio, pero eso no era lo importante.

Lo que me dejó sin respiración fue ver a quienes eran los allí reunidos.

—Dante nunca sabrá qué le golpeó —rio ella entre dientes.

¿Cómo no lo vi venir?

Había buscado y me había devanado los sesos intentando averiguar quién estaba detrás de aquella rebelión, complicando demasiado las cosas cuando había tenido la respuesta justo delante de mí todo este tiempo.

Me sentí estúpida. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Volví al palacio sumida en mis pensamientos.

¿Qué iba a hacer con la información que tenía ahora? Faltaba un día para mi ceremonia de apareamiento. Tenía que frustrar cualquier plan que la rebelión tuviera antes de eso.

¿Pero cómo?

Lady Sinclair pareció sorprendida de verme.

—Lady Sinclair. —Le hice una profunda reverencia antes de ponerme en pie—. Tengo una propuesta que estoy segura nos beneficiaría mucho a ambas.

Ella me miró fijamente, los labios fruncidos en una mueca que sólo podría describir como desdeñosa.

—¿Qué te hace estar tan segura de que yo quiero tratos contigo?

No me inmuté. Si no podía involucrar a Lady Sinclair, todo había terminado.

Yo la necesitaba, sólo tenía que convencerla de que ella también a mí.

Asentí una vez con la cabeza, con una sonrisa educada en la cara.

—Corríjame si me equivoco, Lady Sinclair, pero usted me parece el tipo de mujer que prefiere estar en el bando ganador. Y le aseguro que mi bando lo será.

Vi las llamas de interés encenderse en sus ojos segundos antes de que me hiciera un gesto.

—Soy toda oídos.

No sé cómo pude dormir aquella noche.

Estaba tensa. Muy tensa.

Al día siguiente se celebrarían los ritos finales y después la ceremonia de apareamiento.

Mi mente volaba continuamente de Dante a Mason, a los ataques contra mí y a todas las pistas que había descartado demasiado rápidamente.

¿Y si nada de esto funcionaba? ¿Y si llegaba demasiado tarde?

Cuando por fin cerré los ojos, pude conciliar el sueño.

—Una ceremonia de apareamiento es la unión de algo más que dos seres, es la unión de dos almas.

Aparté la mirada del anciano Frey y la dirigí a Dante antes de ser plenamente consciente de lo que hacía.

Era el último rito antes de la ceremonia de apareamiento de mañana. Era la bendición de la futura pareja.

La mirada de Dante era distante cuando establecimos contacto visual. No estaba enfadado, sino respetuosamente distante.

Estaba cumpliendo su palabra de dejarme ser feliz.

Aparté la mirada de él sorprendida por la intensidad del ardor que sentí en el pecho.

El anciano Frey colocó la mano de Jordan sobre la mía con una amable sonrisa en el rostro.

—Que vuestro apareamiento sea feliz y eterno —dijo.

Intenté responder, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Jordan me cogió de la mano y yo miré a aquellos alentadores ojos castaño oscuros y forcé una sonrisa que apenas podía sentir.

—Que así sea —respondí, y Jordan repitió lo mismo después.

Él me acompañó a mi habitación, como hacía siempre después de algún acto, aunque esta vez tenía el ceño fruncido por la preocupación.

—Antes parecías un poco distraída —dijo.

¿En serio había sido tan notorio?

Me encogí de hombros y se me escapó una risita incómoda.

—Son todos los acontecimientos, está siendo muy duro.

—Oh. —Jordan parpadeó, la preocupación aún en sus ojos—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Sacudí la cabeza.

—Ya has hecho bastante por mí, Jordan. Una noche entera de descanso es todo lo que necesito ahora.

No pareció del todo convencido, pero lo dejó pasar y se inclinó para besarme la frente.

—Buenas noches, Ivie.

—Buenas noches, Jordan.

Pero no me fui a la cama. Lo intenté, pero una vez más no pude dormir.

No con la ansiedad que me invadía por todo lo que iba a pasar mañana.

Mientras recorría los pasillos vacíos hasta la terraza vestida sólo con mi camisón, sentí que me invadía la calma.

Tal vez porque sabía que no podía hacer nada más en ese momento o porque venir a esta terraza siempre me reconfortó.

Durante el tiempo que estuve emparejada con Dante, me escapaba a esta terraza que daba a las

puertas del palacio, dudando entre irme o quedarme en la corte de los Licántropos.

También me ayudó el hecho de que estuviera en una sección cerrada del palacio, por lo que nunca entró nadie ni se percataron de mi presencia allí.

Al llegar al balcón, respiré hondo y me sobresalté al oír algo detrás de mí.

Entonces salió de las sombras.

Mi corazón empezó a acelerarse sin control en mi pecho.

—¿Dante?

Sus ojos grises estaban enrojecidos y cansados.

—Ivie.

Quizá debí preguntarme que estaba haciendo Dante aquí antes de que llegara yo, pero estaba demasiado absorbida por la visión de él.

Aún llevaba puesto el traje que había llevado en la celebración, pero con la mayoría de los botones desabrochados y las mangas remangadas.

Desde su atuendo hasta su pelo alborotado, pasando por la evidente fatiga en su rostro, nunca le había visto tan deshecho, aparte de la noche que llegó borracho a mi habitación.

Pero ahora no estaba borracho.

Su rostro se desencajó.

—Te dejaré sola —murmuró a modo de saludo antes de darse la vuelta para marcharse.

Agarré su muñeca antes de ser consciente de lo que hacía.

—No te vayas —pedí, y sus ojos grises se encontraron con los míos, mirándome con tanta intensidad que solté su mano tan rápido como la había cogido.

—Tú has llegado primero, me iré yo —murmuré.

—No. —Negó con la cabeza, con una pequeña sonrisa triste en los labios—. Este siempre ha sido tu rincón para reflexionar. Sólo lo he cogido prestado un momento —continuó con cierta jovialidad en un evidente intento de infundir humor a una situación tan incómoda.

Pero mi mente sólo podía pensar en una cosa.

—¿Mi rincón para reflexionar? —repetí—. ¿Cómo lo sabes?

Nunca traje a nadie aquí, y siempre me escabullí de mi habitación lo más discretamente posible para evitar que alguien me encontrara antes de que yo estuviera lista para ser encontrada.

La sonrisa triste de Dante se iluminó un poco.

—Incluso cuando creí que te odiaba, nunca ha habido nada de ti que fuera capaz de ignorar, Ivie.

Sus palabras me golpearon con fuerza, destrozando las pocas defensas que me quedaban. Se me

llenaron los ojos de lágrimas.

Dante pasó a mi lado, a punto de dejarme sola de nuevo.

—Te odio —murmuré.

Quizá mis palabras hubieran tenido más impacto si no se me hubiera quebrado la voz al pronunciarlas.

Dante se dio la vuelta para mirarme de nuevo, con los ojos muy abiertos cuando vio que estaba llorando.

Luego me cogió las mejillas con las manos y me secó las lágrimas con suavidad.

—Ivie —murmuró. Su voz contenía tanta angustia, remordimiento, dolor y pesar que me dolió el corazón.

Me incliné hacia él sin poder evitarlo, mi mirada se clavó en la suya y la tensión entre nosotros chisporroteó y quemó.

Dante retiró la mano de mi mejilla, con los ojos oscuros de deseo. Luego dio un paso atrás.

Estaba cumpliendo su palabra. No iba a sabotear mi relación con Jordan.

Si yo hubiera sido mejor persona quizá le habría dejado marchar.

Pero no lo era.

Di un paso adelante y poniéndome de puntillas, apreté mis labios contra los de Dante.

CAPÍTULO 19



IVIE

Nada podría haberme preparado para aquella oleada de deseo que amenazaba con asfixiarme.

Los firmes labios de Dante se apretaron contra los míos, se separaron con un gruñido apenas contenido y su lengua me rozó con tanta sensualidad que se me curvaron los dedos de los pies y dejé de respirar.

Su mano se deslizó hasta mi nuca y me acunó la cabeza con suavidad, mientras me tomaba el pulso con el pulgar. Gemí durante el beso, mis manos se agarraron a sus anchos hombros y...

Dante se apartó, poniendo fin a nuestro beso y se alejó un paso de mí, los ojos oscuros como la noche por su excitación.

—Ivie —me dijo con voz tan grave que me hizo sentir escalofríos—. Necesito estar seguro de que quieres esto.

Dante estaba cuidando de mí, asegurándose que yo no cometiera un error del que me arrepentiría más tarde.

Casi sentí que se me encogía el corazón.

Pero ahora no quería ser precavida. Sólo lo quería a él. Lo necesitaba.

Levanté los ojos para encontrarme con los suyos y luego me quité lentamente el camisón.

Dante gruñó y el calor de su mirada me abrasó tanto que me ruboricé.

—¿Esto responde a tu...?

Sus labios silenciaron mis palabras y esta vez supe que ninguno de los dos podríamos parar, aunque hubiéramos querido.

El beso fue caliente, húmedo, salvaje y áspero. Fue la culminación inevitable de resistirnos el uno al otro todo este tiempo. Puro deseo.

Sus labios se apretaron contra los míos, deslizándose, lamiendo y mordiendo. Exigía más de lo que sabía que podía darle, pero se lo di mientras me abría a él.

La mano de Dante me rodeó el cuello y me inclinó mientras profundizaba nuestro beso, y mis rodillas se hundieron debajo de mí. Su mero contacto me quemaba la piel como el lengüetazo de

una llama.

Mis uñas se clavaron en su espalda y nuestros cuerpos se fundieron.

Era ardiente, mucho, el tacto de la suave tela de su camisa contra mi piel desnuda, sus manos sobre mí, reclamándome con cada roce.

Nunca me había sentido tan viva.

Fue como volver a casa después de un largo viaje.

Pero yo quería más y...

Dante se separó de mis labios.

Un descarado sonido de protesta salió de mis labios.

—Dante...

Su dedo índice separó mis labios y las palabras me abandonaron. Me miró con ojos tan oscuros como hambrientos, y su mirada pasó de mis ojos a mis labios y bajó por mi cuerpo antes de volver a subir.

—He soñado con esto durante tanto tiempo... —Su voz era poco más que un susurro, pero cada palabra resonaba en lo más profundo de mi ser—. No voy a follarte en una terraza.

¿En qué clase de persona me convertía que no me importara dónde me follara, sólo que lo hiciera?

Apreté los muslos, y se me encogió vientre al pensar que, cuando me sacara de aquí, iríamos donde cualquiera podría vernos y sentí cómo la resbaladiza excitación me resbalaba por los muslos.

La mirada de Dante se clavó en mí de nuevo y esta vez una maldición apenas contenida salió de sus labios.

Luego me volvió a poner el camisón antes de alzarme en sus brazos. Di un respingo y se me escapó una risita al comprender lo que estaba haciendo, pero antes de que pudiera pestañear, la puerta de la habitación de Dante se cerró tras nosotros y sus labios volvieron a estar sobre los míos.

No dudé ni un momento, lo saboreé, me arqueé en su tacto, mi espalda golpeando la puerta cerrada.

No pude resistirme a frotar mis doloridos pezones contra su pecho, pero el contacto no hizo casi nada por saciar mi deseo, especialmente cuando los labios de Dante se sumergieron en el hueco de mi garganta.

Jadeé y gemí, con la espalda encorvada mientras mis dedos se enredaban en su pelo instándole silenciosamente a bajar.

Dante me mordisqueó la piel casi como castigo, sus dientes a punto de hacerme sangre, pero lo único que consiguió fue que ardiera aún más por él.

No estaba segura de que hubiera algo que pudiera hacerme esa noche que yo no quisiera.

Dante me rodeó con los brazos, levantó mis piernas, las abrió de par en par y las colocó detrás de su espalda.

Mis brazos rodearon sus hombros para equilibrarme y me apoyé en la dura madera de la puerta a mi espalda, lo único que me estabilizaba.

Levanté la mirada para encontrarme con aquellos ojos grises y tormentosos. La mano de Dante se movió detrás de mi cuello, me cogió del pelo y me obligó a inclinar la cabeza hacia arriba, para que mis ojos se mantuvieran fijos en él mientras empezaba a dar pequeños empujones rítmicos, meciendo su erección contra mi núcleo, nuestras ropas finas barreras contra nuestro deseo.

Un gemido me desgarró, pero Dante lo apagó antes de que pudiera salir de la boca. Su lengua me penetró más allá de los labios y se apoderó de mí.

La conexión entre nosotros explotó y ardió y mi mundo se hizo un túnel mientras entregaba a Dante mi lengua, mis labios y todo mi cuerpo.

Sometiéndome a sus caricias, infinitas súplicas de más fluyeron por mis labios incluso mientras me mecía con fuerza contra él.

En un momento estábamos en la puerta, y al siguiente Dante se tumbó sobre mí sin camiseta, con sus dos manos apoyadas en mis costados, de espaldas sobre su enorme cama y sin mi camisón.

Por un momento nos quedamos así, mirándonos el uno al otro, con el corazón latiéndome tan fuerte que estaba segura de que podía oírlo.

Los ojos de Dante brillaban de deseo mientras me pasaba el pulgar por la mejilla.

—Eres increíblemente perfecta, Ivie.

Temblaba y no de frío.

Sus manos continuaron recorriendo mi cuerpo encendiéndome con cada roce, sus labios en mi oreja y su voz excitantemente suave.

—Cada parte de ti.

Sus dedos encontraron el palpitante botón entre mis piernas.

Mis ojos se cerraron, mis uñas se clavaron en la espalda de Dante, mis talones se clavaron en las sábanas mientras sus dedos me atormentaban hábilmente y me acercaban cada vez más al clímax.

Pero no me permitió correrme.

Me llevó al límite y, cuando estaba a punto de llegar al orgasmo, retiró sus dedos a otras partes de mi cuerpo menos estimulantes. Luego volvió a empezar.

En pocos minutos, estaba vergonzosamente resbaladiza por el sudor y la excitación, y temblorosa por mi creciente deseo por Dante.

—Por favor... —supliqué—. Necesito...

Un gemido salió de mi garganta mientras me arqueaba contra la cama y mi cabeza caía hacia atrás mientras los dedos de Dante me llenaban de nuevo sólo para que detenerse otra vez, pero esta vez no para seguir jugando conmigo.

Dante se echó hacia atrás sin apartar sus ojos grises de los míos, mientras se quitaba la ropa interior con un movimiento suave.

Diosa, era magnífico. Cada parte de él.

Se me secó la boca y mi capacidad de pensar desapareció durante esos pocos segundos hasta que volvió a subirse en la cama encima de mí, separándome los muslos.

Nuestras miradas seguían fijas el uno en el otro cuando Dante se introdujo en mí.

A pesar de que me había estado preparando durante casi una hora, me llenó por completo, y necesité un momento para adaptarme a él.

Comenzó a empujar despacio, llenándome y estirándome tan exquisitamente que no pude evitar sacudirme contra él, desesperada.

Respiré entre dientes y las embestidas de Dante empezaron a alargarse, sus dedos se entrelazaron con los míos y me inmovilizaron contra la cama.

Sentía la piel tirante y el cuerpo me ardía de deseo y necesidad.

El ritmo de Dante se aceleró, sus caderas trabajaban sin cesar entre mis muslos, y no pasó mucho tiempo antes de que sintiera que mi cuerpo se desvanecía mientras Dante me follaba hasta mi primer orgasmo.

Me corrí arqueando la espalda contra la cama y soltando una serie de suaves jadeos.

La mirada de Dante se oscureció aún más, bajando de mis labios a mi pecho agitado y mis pezones se erizaron, tensándose de excitación.

Las manos de Dante encontraron mis pechos y los acarició, acarició y acarició antes de succionar mis pezones en su boca alternativamente.

Jadeé, mi deseo empezaba a crecer de nuevo mientras pasaba las manos por los anchos hombros de Dante, los firmes músculos de su espalda, sus fuertes antebrazos, por todos los lugares que podía tocar.

Sus embestidas se hicieron más cortas y rápidas mientras el crujido de la cama bajo nosotros creaba una obscena cacofonía con los húmedos sonidos de nuestro acoplamiento.

Su cara estaba sobre la mía. Sentía su aliento caliente sobre mi piel y vi que el control que siempre mantuvo durante los momentos que pasamos juntos en el pasado había desaparecido por completo.

Los ojos de Dante estaban abiertos, vulnerables y llenos de tantas emociones que casi me daba miedo descifrarlas.

Levanté la cabeza, apreté los labios contra los suyos, y Dante me correspondió con tanta hambre y pasión desenfrenada que volví a encontrarme cerca del precipicio del olvido, con mis caderas

ondulando contra las suyas.

Éramos una maraña de miembros sobre la cama, almas y corazones entrelazados y unidos más profundamente de lo que nunca habíamos estado.

Esta vez, cuando me corrí, fue con Dante, mi nombre en sus labios y su orgasmo estimulando el mío con tal magnitud que me sentí desatada de mi cuerpo y a la vez completamente atada al suyo.

No podíamos dejar de tocarnos incluso después de agotarnos.

Dante me besaba por toda la cara, el cuello, el pecho, la espalda, y sus manos me marcaban la piel. Cuando por fin se durmió, me abrazó con fuerza, como si temiera que yo desapareciera en cuanto cerrara los ojos.

Enterré la cabeza en su pecho esperando en silencio que la noche no acabara nunca.

Esa noche no dormí.

Escuché los latidos del corazón de Dante y le observé dormir.

Viéndole así, había algo en él que parecía tan relajado y vulnerable.

Eso hizo que se me encogiera el corazón, quizá porque en aquel momento me recordó a Mason.

Nuestro hijo.

Ese pensamiento me abrumó con tanta culpa que apenas podía respirar y supe una cosa con certeza.

Debí haberle contado lo de Mace.

A pesar de mis miedos y preocupaciones, Mason era su hijo. ¿Realmente tenía derecho a excluirle de la infancia de Mason?

Recordé cómo había pillado a Dante jugando con él en casa de Mia. Recordé la amplia sonrisa de Mason y se me encogió el corazón.

¿Era posible que hubiera un futuro más allá de esta noche en el que los tres pudiéramos ser... una familia?

Las lágrimas corrieron silenciosas por mis mejillas.

Aún no había salido el sol cuando salí de los brazos de Dante para buscar mi camisón. Pero antes de que pudiera salir de la cama, su mano rodeó mi muñeca y me detuvo.

—Quédate —pidió y yo no quería otra cosa que volver a subir a sus brazos.

Diosa, ¿qué estaba haciendo?

Aparté la mirada de él y solté su mano de mi muñeca.

—Mi ceremonia de apareamiento comenzará pronto —le recordé.

Por el rabillo del ojo, vi que Dante se quedó completamente inmóvil.

—Aún planeas aparearte con Jordan.

Mis ojos ardían, pero no caían lágrimas, ya había derramado todas las que me quedaban a lo largo de la noche.

—Lo siento.

Aquellas palabras no parecían suficientes, pero era todo lo que podía ofrecerle a Dante mientras me levantaba de la cama en dirección a la puerta.

Me había alejado sólo dos pasos cuando sentí los brazos de Dante rodeándome, abrazándome por detrás.

Me quedé helada.

—Por favor, no te vayas. —Dante nunca había sonado tan vulnerable.

El corazón me oprimió en el pecho.

—Dante.

Pero él no había terminado. Ni mucho menos.

—Siento la forma en que te traté, Ivie. Lo siento por no darnos realmente una oportunidad como pareja. Siento mucho haberte roto el corazón una y otra vez.

Diosa, no podía hacer esto. No podría...

No. Tenía que terminar hoy. No había otra opción.

Por favor, Dante, deja de hacer tambalear mi determinación. Por favor.

—Dante. —No pude decir más antes de deshacerme en lágrimas.

Me giró hacia él, sus ojos grises enrojecidos y brillantes de lágrimas contenidas.

—Si pudiera volver atrás, lo haría todo de otra manera, Ivie. Sé que esta disculpa llega con años de retraso y que no compensará ninguna de las cosas que he hecho, pero por favor, déjame usar el resto de mi vida para compensarte.

Parpadeé, incapaz de procesar sus palabras.

—Dante, ¿qué estás diciendo?

Dante me acarició las mejillas con delicadeza con el pulgar.

—Por favor, démonos otra oportunidad, Ivie. Vuelve a ser mi compañera.

No necesitaba escuchar los latidos de su corazón para saber que Dante hablaba en serio.

—Lo siento. —Las palabras dolieron al salir de mis labios—No puedo. No otra vez.

Sus manos se apartaron de mi cara, la angustia y el odio a sí mismo reflejados en su mirada.

Pensó que no le había perdonado por el pasado. Tal vez era lo mejor.

Pero no me pareció lo mejor cuando me alejé de él, llorando en silencio mientras me dirigía a mi habitación.

Me sentí fatal mientras me duchaba para eliminar el aroma de Dante y dejaba que mis damas me vistieran para la ceremonia de apareamiento.

Me quedé quieta en mi silla manteniendo la apariencia externa de una novia ansiosa mientras en el fondo sólo podía pensar en Dante y en la decisión que había tomado.

¿Era demasiado tarde para volver a su habitación y decirle que había cambiado de opinión?

No. Eso nunca podría pasar. No podría...

Por fin llamaron a mi puerta.

Una de mis damas abrió la puerta y me volví para mirar a la recién llegada.

—Lady Sinclair —dije, y ella hizo una pequeña reverencia.

—Su noble escolta, milady —repuso en un tono distante y aburrido, como si fuera lo último que quisiera hacer.

Era costumbre que una reputada dama de buena posición en la corte Licántropa me escoltara a mi ceremonia de apareamiento.

Mis damas se inclinaron mientras yo me levantaba tomando el brazo que Lady Sinclair me ofrecía.

Caminamos por los pasillos casi desiertos, una al lado de la otra, en un silencio agradable.

Cuando me aseguré de que no había nadie cerca, bajé el tono de voz todo lo que pude, apenas por encima de un susurro.

—¿Está todo listo?

Lady Sinclair no se inmutó, sus facciones tan serenas como siempre.

—¿Estás lista para tu ceremonia de apareamiento? —preguntó.

¿Lo estaba?

No era momento para dudas.

—Por supuesto —respondí.

Lady Sinclair asintió una vez y me dio un breve abrazo.

—Entonces no queda nada por decir.

Salimos del palacio más rápido de lo que me hubiera gustado e iniciamos el corto trayecto hasta el bosque, donde se celebraría mi ceremonia de apareamiento.

En mi antigua manada, las ceremonias de apareamiento ocurrían de noche bajo la luna llena, pero para los Licántropos era diferente.

A plena luz del día, en un lugar privado al aire libre a la que sólo asistían los íntimos, un pequeño altar y un miembro del consejo que la presidía.

En el momento en que Lady Sinclair y yo entramos en el claro, miré a los allí reunidos.

Dante no estaba presente.

Céntrate, Ivie, concéntrate.

Sin embargo, Miranda estaba allí, con sus venenosos ojos azules entrecerrados como rendijas, como si intuyera lo que yo había hecho con su compañero la noche anterior.

Todos los miembros del consejo estaban también, tal y como había esperado, junto con un pequeño grupo de damas Licántropas y sus homólogos masculinos.

También me fijé en los guardias apostados alrededor. Los que podía ver y los que sentía ocultos a nuestro alrededor.

Lady Sinclair retrocedió y me permitió acercarme al altar, donde mi futuro compañero estaba de pie con una sonrisa radiante, sus ojos castaño oscuro brillando de alegría.

—Hola —me saludó Jordan, y yo le devolví la sonrisa con facilidad.

—Hola.

Volví a preguntarme qué tipo de persona era yo para ser capaz de sonreírle cuando pocas horas antes...

Céntrate, Ivie. Concéntrate.

Jordan tomó mi mano entre las suyas y nos giramos al mismo tiempo hacia el anciano Hardt, que estaba preparado para officiar la ceremonia.

Su voz retumbó por el claro.

—Hoy estamos aquí para la ceremonia de apareamiento de Jordan Orion con su pareja elegida, Ivie Westfield.

Dejé de prestar atención al resto de frases ceremoniales que le quedaban por decir.

Era casi el momento de dar un paso adelante para la mezcla de sangre, que consistía en abrirnos las palmas de las manos a Jordan y a mí con una daga ceremonial y luego mezclar nuestra sangre.

Dante seguía sospechosamente ausente, y el corazón se me aceleró en el pecho.

¿Era por lo de anoche o le había pasado algo?

¿Era posible que Lady Sinclair me hubiera traicionado?

El anciano Hardt estaba terminando.

—Si hay algún testigo que tenga alguna objeción a esta unión, que hable ahora o...

—Alto. —La voz atronadora de Dante hizo que todo se detuviera.

Me quedé helada, pero él aún no había terminado.

—Me opongo a esta unión.

Mi mano se soltó de la de Jordan mientras me apartaba del altar para mirar a Dante, con el corazón acelerado en el pecho.

Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas, como si hubiera venido corriendo y aquellos ojos grises me miraban fijamente negándose en silencio a aceptar mi decisión.

Me sonrojé, con las mejillas encendidas.

Un segundo después, Miranda estaba junto a él.

—Dante, no puedes hacer esto —suplicó, sin importarle que los allí reunidos presenciáramos aquella escena.

Dante le entregó unos papeles que yo ni siquiera había notado que llevaba en la mano hasta ese momento. La miró, inexpresivo.

—Ya estamos divorciados, Miranda.

Ella agarró los papeles y se apartó dando tumbos, conmovida.

Sin embargo, no fue la única que se sorprendió.

Dante lo había hecho de verdad. Había dejado a Miranda.

Se acercó hasta el altar y mi respiración se aceleró con cada paso que daba. El mundo se desvaneció hasta que estuvo a pocos pasos de mí.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué...?

—Yo, Dante Orion, te acepto a ti, Ivie Westfield Morgan, como mi compañera —dijo sin apartar sus ojos de los míos.

Me sobresalté. Aquellas palabras desencadenaron algo dentro de mí, y mi Diana loba se hizo presente en mi cabeza, instándome a acortar la distancia que nos separaba para aceptarle y hacer que nuestra familia volviera a estar completa.

Pero estaba tan conmovida que no podía ni moverme.

Como si se percatado de ello, Dante dio otro paso hacia mí, pero se detuvo cuando la voz de Miranda resonó en el claro.

—Da un paso más hacia ella y mataré a tu hijo.

Fue entonces cuando se desató el infierno.

CAPÍTULO 20



IVIE

Mi peor pesadilla se había hecho realidad.

Miranda estaba de pie a poca distancia de mí, su pelo rubio cayendo por su espalda en ondas perfectas y las locura reflejada en sus ojos. Entre sus brazos sujetaba a Mason y sus garras estaban peligrosamente cerca de la garganta de mi hijo.

Mason tenía los ojos grises muy abiertos por el miedo y la cara cubierta de lágrimas.

—Mamá —sollorzó.

Pensé que había cubierto todos los flancos, que la seguridad de Mia sería suficiente para mantener a Mason a salvo. Me equivoqué y mi error había puesto a mi hijo en peligro.

Bajé del altar y me dirigí hacia ella, olvidándome de todos mis planes.

—Por favor, no le hagas daño, Miranda —supliqué—. Puedes hacer lo que quieras conmigo.

El olor a sangre llenó de repente mis fosas nasales y Mason gimió en el firme abrazo de Miranda.

Le había abierto la mejilla.

—Ni un paso más, zorra —advirtió, sus labios torcidos en una sonrisa burlona.

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer, temblando de miedo y rabia.

Si no hacía lo que decía y me lanzaba contra ella, podría matar a Mason antes de que la alcanzara.

Dante se puso delante de mí, con la mano extendida y un tono medido y cuidadoso.

—Miranda, suelta al niño. No tiene nada que ver con esto —pidió.

—¿Nada? —Miranda soltó una risotada similar a un graznido que hizo temblar todo su cuerpo—. Es tu hijo, Dante. Tiene *todo* que ver con esto.

De todas las formas en las que Dante podía haber descubierto la verdad, esta era la peor.

—Te equivocas—rechazó Dante—. Él no es mío.

La sonrisa de Miranda se ensanchó en un gesto maniaco, tocó la sangre de la mejilla de Mason con la mano libre y se la tendió a Dante como una ofrenda.

—Huele su sangre y dime que no es de la realeza Licántropa —le instó, y él olfateó el aire.

Vi cómo se quedaba inmóvil al darse cuenta de que Miranda decía la verdad.

Dante se giró hacia mí y yo le miré, con las lágrimas nublándome la vista.

—Lo siento —murmuré, sabiendo que mis palabras no bastaban.

Pero él me cogió la mano y sonrió. Una genuina expresión de aceptación en su rostro que me aceleró el corazón. Luego se volvió hacia Miranda.

—Miranda, suéltalo —repitió

La mirada de ella se clavó en nuestras manos unidas y su rostro se contrajo con furia.

—La perdonaste —se burló, incrédula—. Claro que la perdonaste. Me amaste hasta el momento en que la viste, no importaba lo que yo hiciera. Tuve que fingir un embarazo para darnos una oportunidad, ¡pero sigues eligiéndola a ella!

Se me paró el corazón.

¿Miranda acaba de confesar que el embarazo que había hecho que Dante me rechazara era falso?

Me estremecí, atónita.

Aquello me hizo preguntarme qué más había hecho Miranda por mantenerse junto a Dante. ¿Qué nos quedaba por descubrir?

Dante estaba tan cerca de mí que podía oler su furia, pero no se reflejó en su voz cuando se dirigió a Miranda.

—Miranda, por favor —pidió—. Sabes que no saldrás de aquí con vida si le haces daño. No lo hagas.

Miranda echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, sujetando a Mason con fuerza.

—Mira a tu alrededor —replicó, burlona—. El único que no saldrá vivo de este claro eres tú.

Salvo los ancianos, los Sinclair y los Ashford, todos los demás nobles Licántropos se habían marchado y los guardias reales que habían estado vigilando la boda, junto con los que yo había oído ocultos, se habían agrupado y se acercaban despacio a Dante, que maldijo en voz baja.

Fue entonces cuando comprendió que aquella boda era una trampa para eliminarlo, y él había caído en ella.

Todo sucedió muy rápido.

En un momento yo estaba un paso detrás de Dante, con mi mano en la suya, y al siguiente Jordan me había agarrado por la cintura con la daga de plata para nuestra ceremonia de apareamiento en el cuello.

—Sin rencores, Ivie —dijo con su misma voz cálida y jovial de siempre.

Si me hubiera tomado un momento para pensarlo, me habría enfadado al no sospechar que Jordan pareciera ignorar que se estaba produciendo una rebelión para asegurarse de que Dante no

heredara el trono.

Especialmente cuando él era el otro candidato.

Más aún, debería haberme preguntado qué probabilidades había de que el primo de Dante apareciera sangrando y medio muerto cerca de mi casa, en otro continente.

Pero, sobre todo, de no estar en estado de shock tras el ataque a Mason y a mí cuando intentábamos salir de la ciudad, me habría preguntado cómo Jordan había aparecido justo a tiempo para salvarme de ambos ataques.

Dante se acercó a Jordan al oír sus palabras, con los ojos oscuros de incredulidad y furia y las garras desnudas.

—Traidor —gruñó.

Jordan me apretó contra él, la daga de plata brillando en mi garganta.

—Atrás, primo —ordenó en el mismo tono cordial.

La mirada de Dante viajó de la daga a de plata a Jordan, su cuerpo temblando de rabia contenida. Dio un paso atrás mientras los guardias reales le rodeaban.

El Anciano Hardt ocupó su lugar junto a los demás ancianos, su expresión tan solemne como cuando celebraba la ceremonia. Dante desvió la mirada hacia él, sus ojos grises reflejando una ira letal.

El anciano Hardt no se inmutó.

—Habrías llevado a la familia real a la ruina, príncipe Dante. Este es el mejor camino para la continuidad de la raza Licántropa.

Dante no respondió, pero no le hizo falta. La expresión de su rostros aseguraba que no perdonaría aquella traición.

Yo sólo necesitaba saber una cosa.

—¿Cuánto de nuestra amistad fue mentira? —pregunté a Jordan.

—Nada —respondió sin dudar, en tono serio y casi convincente—. Puede que me acercara a ti para llegar a Dante, pero mis sentimientos por ti eran genuinos.

—Tan genuinos que tienes una daga en mi garganta —repliqué, mordaz.

Solté una carcajada y sentí la fría plata quemándome la piel.

Jordan se echó a reír conmigo. Debíamos hacer una pareja curiosa, riendo mientras el mundo se desmoronaba a nuestro alrededor.

Su risa se apagó y me dio un beso a un lado de la cabeza. Su abrazo pasó a ser casi una caricia.

—Me gustas mucho, Ivie —murmuró con voz cargada de sentimiento—. Quizá en otra época en la que no estuvieras enamorada de mi primo y yo no tuviera que elegir entre tú y el trono que me ha costado años conseguir, podríamos haber sido algo.

Miré a Lady Sinclair y asentí.

—Está bien, Jordan. Sin rencores.

Ella hizo un gesto y, de repente, la mitad de los guardias se dirigieron hacia los miembros del consejo mientras Dante derribaba con rapidez a los que aún quedaban a su alrededor.

Jordan se sobresaltó, confundido.

—¿Qué estás...?

Su voz se entrecortó y me soltó cuando saqué la daga de plata de su costado. La misma daga de plata que Lady Sinclair me había entregado antes, cuando me abrazó mientras caminábamos hacia el claro.

Luego recogí la daga ceremonial que había caído de la mano de Jordan y la arrojé lo más lejos que pude antes de volverme hacia Miranda, que aún parecía distraída por la repentina deserción de los guardias reales.

A diferencia de ella, Mason se había dado cuenta de que me había liberado, y permanecía muy quieto y había dejado de llorar. Le hice un gesto con la cabeza y, respirando hondo, lancé a Miranda la daga de plata que tenía en las manos.

Se apartó instintivamente para evitar que la alcanzara, que era justo lo que yo quería.

Cuando Miranda retrocedió, aflojó los brazos que rodeaban a Mason y antes de que ella pudiera detenerlo, huyó a la velocidad que a menudo nos dio más de un quebradero de cabeza a su niñera y a mí.

Corrí hacia él, nos encontramos a mitad de camino, lo levanté y lo abracé.

—Mamá —sollozó mientras lo acunaba.

—Buen chico —canturreé, con los ojos aún clavados en Miranda, que se acercaba a nosotros a toda velocidad con la mirada llena de ira.

Lady Sinclair corrió a mi lado y le entregué a Mason.

—Por favor, cuida de él —pedí, mirándola a sus perspicaces ojos.

—Es mi seguro. Por supuesto que lo haré —replicó con sorna antes de darse la vuelta para marcharse—. Intenta no morir, mi Reina.

Entonces Lady Sinclair desapareció como si nunca hubiera estado allí, moviéndose a una velocidad casi vertiginosa.

Había tomado la decisión correcta al decidir unirme a ella tras regresar de la Residencia Hamilton.

Aquel día, cuando escuché aquella conversación sobre la rebelión, me sorprendió ver a Miranda en aquella habitación, pero más aún me sorprendió ver a Jordan allí.

Jordan, en quien había confiado plenamente. Jordan, con quien me iba a casar en cuestión de días.

Todo había sido mentira y si Mia no hubiera descubierto el lugar a tiempo, habría caído en su trampa.

No tenía forma de saber quién seguía de mi lado o del lado de Dante y confiar en la persona equivocada habría sido fatal.

Por ello me dirigí a la única persona que sabía con certeza que cambiaría de bando, la única con influencia y poder suficiente y le hice una oferta mejor.

El consejo nunca le daría un asiento a una mujer Licántropa, aunque hubiera jugado un importante papel en la coronación de un nuevo rey. A lo sumo, le concederían un favor o dos y algunas propiedades de Licántropos que se hubiera puesto del lado de Dante.

Pero si se ponía de mi lado, junto al legítimo heredero al trono que ya tenía un heredero a diferencia de Jordan, podría eliminar los miembros corruptos del consejo de un plumazo y ganarse no sólo un favor, sino la audiencia y el apoyo continuo de Dante.

Lady Sinclair sólo exigió una cosa para unirse a mí: una futura alianza de un Sinclair y Mason. Al principio estuve en desacuerdo, pero luego me di cuenta de que era una propuesta inteligente.

Al unir nuestros futuros, aseguraría la lealtad continua de los Sinclair a través de esta rebelión y después. Por lo tanto, acepté un compromiso con la condición de que, si tras alcanzar la madurez tanto Mason como la Sinclair elegida querían romperlo o encontrar a sus verdaderas parejas, el acuerdo quedaría roto.

Lady Sinclair estuvo de acuerdo y me dio todos los detalles del plan para la rebelión.

Debíamos actuar en el momento adecuado, dijo. Ni siquiera ella sabía con certeza todos los que estaban a favor del intento de rebelión.

Si Jordan o cualquiera de sus aliados se enteraba de que ella se había vuelto contra ellos, o de que yo era consciente de lo que estaba pasando, nuestro plan fracasaría.

Por ello tuve que seguir con la boda como estaba previsto. Por supuesto, tampoco podía decírselo a Dante.

De hacerlo no sólo corría el riesgo de que alguien nos escuchara y se enterara de nuestro plan. También sabía, desde aquella noche en que Dante me abrazó mientras lloraba, que él nunca me permitiría arriesgar así mi vida para atrapar a quienes conspiraban contra él, y se hubiera condenado a sí mismo.

No, el plan no podía cambiar.

Pero lo de anoche no fue parte del plan. Tampoco que Miranda secuestrara a Mason.

Todo ello nos llevó a donde estábamos ahora.

A mi alrededor se libraban diferentes batallas. Los Ancianos luchaban contra los guardias desertores en incluso los guardias luchaban entre ellos, Dante estaba luchando con el último de los guardias que le había rodeado y Jordan ya no estaba en el suelo. Se había transformado en su enorme forma Licántropa, sus ojos marrones fijos en Dante.

Tal vez yo debí tratar de acabar con Jordan en lugar de centrarme en Miranda.

No. Eso habría puesto la vida de Mason y la mía en riesgo.

Dante se encargaría de él. Yo, además, tenía que luchar mi propia batalla.

Miranda llegó hasta mí, con las garras desnuda y una falsa sonrisa en los labios.

—Debiste pensar que habías ganado, enana. Ibas a romper mi apareamiento con Dante y conseguir el trono. Pero yo nací para ser reina. Planeé mi apareamiento con Dante durante años, desde nuestro primer encuentro hasta mi falso embarazo.

Sus ojos brillaban mientras hablaba, y me di cuenta de que estaba disfrutando al hacerlo. Por fin dejaba a un lado su fachada y presumía de sus logros ante alguien, le daba igual quien, aunque mejor si era yo, la mujer que se había atrevido a interponerse entre ella y sus planes.

—He invertido demasiado tiempo y esfuerzo para permitir que una advenediza como tú venga a arruinarlo todo. Tú y tu precioso hijo bastardo seréis ejecutados mientras yo me convierto en la pareja de Jordan y la nueva reina Licántropa.

Me quedé estupefacta, pero no caí en su trampa. Tenía una pregunta más importante que hacer.

—¿Qué le has hecho a Mia?

Frunció el ceño.

—¿Quién es Mia?

Apreté los dientes e insistí.

—Mi amiga.

—Oh —su expresión se iluminó al comprenderlo y esbozó una mueca burlona—. Te refieres a la loba enclenque a la que le quité a tu hijo. Está muerta.

Muerta. Muerta. Muerta. La palabra resonó en mi cabeza y sentí que me quedaba sin fuerzas. Mia no podía estar muerta. No podía...

—En mi opinión, no debería haber luchado tanto por un cachorro que ni siquiera era suyo —añadió, encogiéndose de hombros con indiferencia.

Lágrimas de dolor rodaron por mis mejillas.

—Te mataré.

Miranda soltó una carcajada divertida y luego cambió a su forma Licántropa.

En el momento en que lo hizo, empujé a Diana al frente y cambié yo también.

Esto no era bueno.

En mi forma humana podía con a Miranda, pero mi forma de lobo era otra historia. Como omega, era mucho más pequeña que la mayoría de las mujeres lobo y más aún que un Licántropo. Pero no cambiar habría sido una sentencia de muerte segura.

Apenas había terminado de cambiar cuando la Licántropa Miranda se lanzó sobre mí, y sus garras desgarraron mi costado. Rodé para apartarme y reducir la profundidad del corte, pero ya

estaba herida y la lucha aún no había empezado.

La forma Licántropa de Miranda era enorme e increíblemente rápida para su tamaño.

Se movió a la misma velocidad que yo con toda facilidad y esquivó la mayoría de mis ataques, lo que me obligaba a mantenerme a defensiva. Ni siquiera se inmutaba cuando yo la atacaba.

Poco a poco, me empecé a sentir agotada. Si no se me ocurría pronto cómo acabar con ella, no podría evitar su siguiente golpe.

Giré y me lancé contra ella, que esquivó mi ataque. Aprovechando mi punto ciego, su zarpazo me golpeó de lleno, y salí volando a varios metros de distancia hasta chocar con un árbol, que amortiguó mi caída.

Miranda caminó despacio hacia mí, una depredadora acechando a su presa. No podía moverme; mi cuerpo aún se estaba recuperando del golpe.

Me enseñó los dientes con una sonrisa feroz de victoria. Entrecerré los ojos. No podía morir así.

Miranda acortó rápidamente la distancia entre nosotros y de pronto estaba sobre mí. Cuando se inclinó para rematarme arrancándome la garganta, vi mi oportunidad.

Le abrí el cuello de un tajo con mis garras al tiempo que me transformaba.

Miranda aulló de dolor y lanzó sus garras hacia mí, pero yo ya no estaba allí. Mi cuerpo se había reducido a mi tamaño humano y sólo parte de mi mitad inferior seguía atrapada bajo ella.

Mi mano agarró la daga de plata que había arrojado antes y que había alcanzado a ver justo antes de que Miranda saltara hacia mí.

Miranda notó el brillo de la plata y se movió para quitármela de la mano, pero sus movimientos eran lentos debido a la lesión en el cuello.

Le clavé la daga en el pecho con toda la fuerza que me quedaba. Luego la saqué y lo hice una y otra vez hasta que dejé de oír los latidos de su corazón.

Me alejé cojeando de las sombras de los árboles, desnuda y completamente cubierta de la sangre de Miranda y de la mía, con la mano apretada contra la herida del costado que se negaba a dejar de sangrar.

No me sentía victoriosa a pesar de haber vengado a Mia. La muerte de Miranda no podía resucitar a mi mejor amiga.

Mi visión se nubló por las lágrimas mientras me acercaba al claro para ver el resultado de la batalla.

Diosa, no podía permitirme perder a nadie más. Por favor.

Di otro paso, pero las piernas me fallaron y caí.

Dante me cogió antes de que llegara al suelo y me estrechó entre sus fuertes brazos, mientras más guardias entraban en el claro.

Me tensé en sus brazos hasta que vi quién los guiaba. Antes me había equivocado. No todos los

ancianos del consejo habían estado presentes en la ceremonia de apareamiento.

El Anciano Frey se había ausentado y ahora dirigía al grupo de nuevos guardias para arrestar a los miembros del consejo que aún no habían muerto en la pelea.

Entre todos los Licántropos caídos, mis ojos alcanzaron a ver a Jordan con el cuello torcido en un ángulo incómodo y los ojos muy abiertos y vacíos.

Sentí una punzada de dolor en el pecho. Me había traicionado, engañado e intentado matarme, y aun así sentía que había perdido a otro amigo.

Todo había terminado.

—¡Que vengan los médicos! —gritó Dante.

Su voz teñida de desesperación me hizo volver en mí. Me sonrojé al darme cuenta de que los dos estábamos desnudos tras habernos transformado y él seguía abrazándome.

—Ya... ya me estoy curando —tartamudeé intentando soltarme, pero Dante no me lo permitió.

—No me importa —gruñó de forma protectora, y por alguna razón eso hizo que me sonrojara aún más.

Traté de tranquilizarme antes de mirarle a los ojos, lista para enfrentarme a lo que tuviera que decirme ahora que todo había terminado.

—Lo siento... por Mason —murmuré.

Dante negó con la cabeza.

—Si alguien debe lamentarlo, soy yo. —Su mirada era tan tierna que me desarmó—. Te hice sentir tan insegura que mentir te pareció mejor alternativa que decirme la verdad.

Mi corazón se derritió por completo ante sus palabras.

Si tenía alguna duda de que Dante ya no era el hombre con el que me había apareado, se había disipado.

Ahora era un hombre mejor.

Un hombre del que ahora podía admitir que estaba enamorada. Aunque hubiera tenido que derrumbarse nuestro mundo para darme cuenta.

Me ardían los ojos de lágrimas no derramadas.

—Mentí sobre otra cosa. —Mi voz se entrecortó al hablar—. Sobre que Jordan me hacía feliz.

Dante se quedó completamente inmóvil, con aquellos hermosos ojos grises escrutando cuidadosamente los míos, con la incredulidad reflejada en ellos.

—Ivie.

El corazón se me aceleró en el pecho y por un momento me sentí en caída libre.

Si decía esas palabras, no habría vuelta atrás. Pero no había vuelta atrás para mí de todos modos.

ya. Tenía que confiar en que Dante me atraparía.

—Te quiero, Dante.

Apenas había terminado de decirlo cuando Dante cubrió mis labios con los suyos. Si todos nuestros besos anteriores habían sido fruto del deseo, este era el perdón y una emoción aún más delicada, la esperanza.

Cuando se apartó poniendo fin al beso, sus mejillas estaban mojadas por lágrimas que podrían ser suyas o mías.

—Yo también te quiero, Ivie, creo que siempre te he querido. —Levantó mi mano manchada de sangre hasta sus labios y dejó caer un beso sobre ella, sus ojos grises fijos en los míos—. Haré todo lo que pueda para ser digno de tu amor.

Le creí. Hubo un tiempo en que, arrastrando aún las heridas de nuestro pasado, no lo habría hecho.

Pero ese tiempo había quedado atrás, y aunque siempre llevaría conmigo las lecciones que aprendí entonces, elegí dejar ir el dolor. Elegí ser feliz.

Esbocé una sonrisa, lo que había entre nosotros me parecía tan frágil e imposiblemente precioso.

—Más te vale.

El pulgar de Dante recorrió los bordes de mis labios, su toque adictivo hizo que mis ojos se cerraran de golpe cuando se inclinó y...

—¡Mamá! —gritó Mason corriendo hacia nosotros. Lady Sinclair iba un paso por detrás con mantas en las manos.

Aún quedaban muchas cosas por hacer, traidores que expulsar, promesas que cumplir a Lady Sinclair y, sobre todo, presentar a Mason a Dante como su padre.

Pero mi familia volvía a estar unida, y superaríamos juntos lo que fuera.

Eso era lo único que importaba.

Cinco años después

—Y fue entonces cuando le dije que si este también salía igual que él, nos separamos.

Se acariciaba la barriga, que parecía agitarse aún más cuanto más hablaba de ella. Luego se bebió su cuarto vaso de zumo de naranja con un poco de vodka.

—No me mires así, Ivie. Mi madre bebió durante todo el embarazo y yo salí bien —dijo en cuanto intenté convencerla de que dejara la segunda copa.

A nuestro alrededor, el baile de los Sobrenaturales estaba en plena efervescencia, con una orquesta tocando al fondo, parejas girando en la pista de baile y multitud de conversaciones a la

vez.

Habíamos hecho un gran trabajo con la decoración y la planificación, pero yo estaba demasiado ocupada consolando a mi hormonal coorganizadora de eventos como para disfrutar de todo ello.

Miré a mi alrededor en busca de Ronald, el compañero de Mia, pero no estaba por ninguna parte. Probablemente se estaba escondiendo de la ira de su compañera.

Me aclaré la garganta y ofrecí a mi mejor amiga una sonrisa comprensiva.

—Entiendo tus preocupaciones, pero ¿no te parece un poco... drástico?

Aunque tenía sus momentos, nunca dejaría de agradecer tener a mi mejor amiga de nuevo a mi lado, viva y cáustica como siempre.

Basta decir que Miranda había mentido. Impactante. Nunca sabré si lo dijo porque creía que era cierto o sólo para confundirme.

Miranda había atacado a Mia cuando secuestró a Mason y la dejó malherida, pero la rescató su compañero, que sintió su dolor a través del vínculo de pareja.

Y yo cada día daba gracias a la Diosa por mantenerla con vida.

Los ojos de Mia se entrecerraron con fastidio, como si se diera cuenta de que aquello me divertía.

—Para ti es fácil decirlo. Tus dos hijos se parecen a ti.

Bueno, no estaba equivocada, aunque Mason se parecía más a Dante cada día que pasaba.

Puse la mano sobre mi vientre plano y se me escapó una sonrisa.

—Este puede que no.

Los ojos de Mia se abrieron como platos y se posaron en mi vientre.

—¿Estás embarazada? —preguntó sin aliento.

Los invitados que nos rodeaban se giraron para mirarnos, y aparté a Mia de la mesa del bufé antes de que me descubriera ante toda la fiesta.

—Shhh, aún no se lo he dicho a Dante —la reprendí con suavidad.

—¿Qué no me has dicho?

La voz de Dante sonó justo detrás de mí y me sobresalté.

Me giré para ver a mi compañero ataviado con un esmoquin gris marengo hecho a medida, una camisa de vestir blanca impecable, una pajarita negra y un chaleco a juego que resaltaba el gris de sus ojos, y se me secó la boca.

Había algo en Dante con traje que me hacía pensar en cosas... extremadamente inapropiadas.

Sonrió como si pudiera leer la dirección exacta que habían tomado mis pensamientos.

Me sonrojé mirando a cualquier parte menos a él. ¿Cómo podía Dante seguir haciéndome sentir tan avergonzada con una sola mirada cuando llevábamos tanto tiempo juntos?

Mia se aclaró la garganta, con una mirada traviesa en los ojos.

—Veras Dante, Ivie...

—Quiere bailar —la interrumpí antes de que pudiera terminar.

Mia frunció el ceño, pero yo ya estaba tirando de Dante hacia la pista de baile.

Ya tenía un elaborado plan para revelar el embarazo y por la Diosa que Mia no lo arruinaría.

—¿Quieres contarme de qué iba todo eso?— bromeó Dante, acercándose tanto a él que prácticamente estábamos fundidos el uno con el otro, y su mano se posó posesivamente en mi culo.

—¡Dante! —susurré, con las mejillas encendidas por la vergüenza—. Es el baile de los Sobrenaturales y hoy somos los anfitriones. No puedes hacer *eso* aquí delante de todos.

Dante me besó en un lado del cuello sin molestarse siquiera en fingir que bailaba.

—Es mi palacio, puedo hacer lo que quiera.

Le di un codazo, pero podría haber golpeado una pared por todo el efecto que tuvo en él.

—Nuestro palacio, capullo —corregí.

Dante me hizo girar para que mi espalda quedara contra la suya antes de dejar caer otro beso sobre mi cuello.

—Mis disculpas, mi reina —sonrió, sus manos ahora en mi cintura—. ¿Te he dicho que estás impresionante con este vestido?

Resoplé, girando en sus brazos. No le perdonaría tan fácilmente.

—Tus halagos no te llevarán a ninguna parte.

Dante levantó una ceja y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso no es lo que decías anoche.

—¡Dante!

Hace doce años, cuando me arriesgué y asistí a un baile sobrenatural al que ni siquiera estaba invitada, nunca hubiera imaginado que llegaría un día como hoy.

Un día en el que estaría celebrando mi propio baile al lado de mi compañero al que quería estrangular sólo de vez en cuando.

Me moría de ganas de ver qué más nos deparaba el futuro.